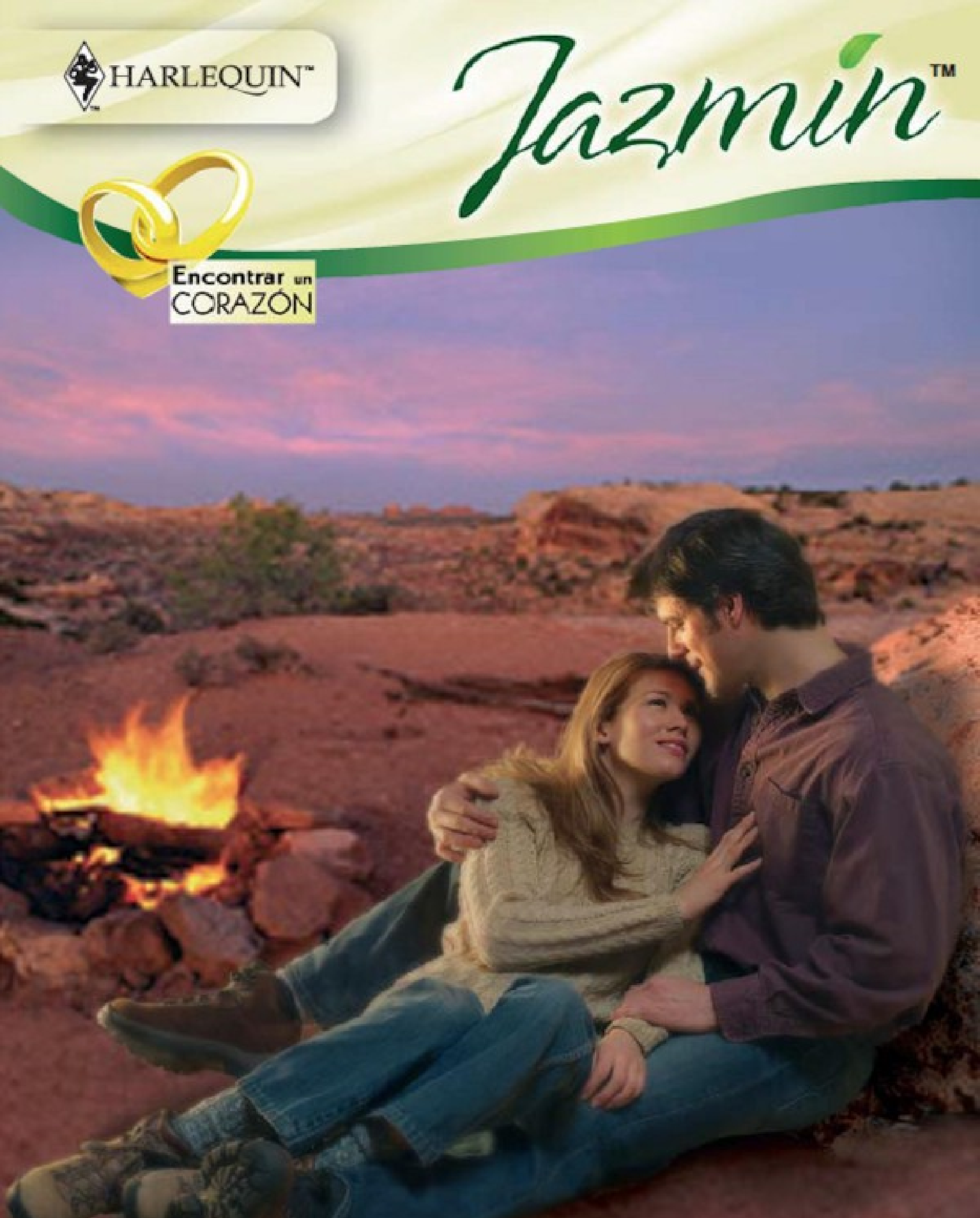


La rosa de su jardín

BARBARA HANNAY

Barbara Hannay

Jazmín Miniserie, 39

1º Encontrar un corazón

La rosa de su jardín (2010)

Título Original: The cattleman's English rose (2004) **Serie:** 1º Encontrar un corazón

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Jazmín Miniserie 39

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Kane Mckinnon y Charity Denham ***Argumento:***

Encontraron el amor en la zona más salvaje de Australia.

Charity Denham nunca pensó que tendría que viajar hasta una calurosa y remota explotación ganadera australiana para encontrar a su hermano, del que no sabía nada desde hacía varias semanas. Pero no pensaba irse de allí hasta que averiguara dónde estaba Tim. Kane Mckinnon había nacido y crecido en aquella dura región de Australia y, cuando Charity apareció en su casa con su delicado acento británico, toda su vida dio un giro de ciento ochenta grados. Pero no podía desvelarle el secreto que guardaba, aunque parecía que ella estaba a punto de descubrirlo por su cuenta.

Capítulo Uno

—¿Quién es ésa?

La mujer sentada en el taburete de al lado miró a Kane McKinnon y le dio un impaciente golpecito en el muslo mientras miraba hacia la puerta del bar.

—¿Quién es quién? —repuso él sin mirar.

Concentró toda su atención en la cerveza que tenía delante.

—Esa chica —insistió la mujer.

Sabía que estaba deseando que mirara a la persona que acababa de entrar en el bar de Mirrabrook. No quiso darle esa satisfacción y siguió con la mirada fija en el vaso.

No había nada en el mundo tan importante como disfrutar de la primera cerveza fría del día. Sobre todo con el calor que estaba haciendo y después de haber pasado tres semanas trabajando muy duro con el ganado. Además, le molestaba lo posesiva que se mostraba Marsha con él. No le gustaba que lo tocara de ese modo.

La verdad era que llevaba de mal humor todo el día por culpa de la noticia que su hermana pequeña le había dado esa mañana.

Su hermano Reid y él habían vuelto al rancho de Southern Cross antes de que amaneciera, listos para desayunar. Habían soñado con poder disfrutar de comida casera, quizás huevos y salchichas. Pero se habían encontrado la cocina vacía y una nota apoyada en el azucarero de la mesa.

Habían tenido que leer dos veces la carta de su hermana antes de poder entender y asimilar lo que les decía. Annie había decidido irse a la ciudad para pasar allí una semana, quizás dos. Según les comentaba en la misiva, tenía allí una «cita con su destino».

Les pedía además que no se preocupasen por ella ni por su seguridad. Iba a quedarse en casa de Melissa Browne.

No le había parecido propio de Annie que se largara de esa manera, sin hablar antes con ellos. Creía que merecía salir un poco de allí e ir a la ciudad, pero ella sabía que sus hermanos necesitarían algún tiempo para encontrar a alguien que se encargara de llevar la casa mientras ella estuviera fuera.

Había tenido que perder algunas horas yendo a Mirrabrook para

intentar contactar con alguna mujer que pudiera quedarse unos días en la casa. La marcha de su hermana sin previo aviso complicaba las cosas y no había conseguido encontrar a nadie disponible para cocinar y limpiar. Sólo había algunas chicas que se harían una idea equivocada si les ofrecía el trabajo. No quería que alguna de ellas malinterpretara su necesidad de ayuda y comenzara a soñar con casarse con Reid o con él.

—Nunca la había visto —le comentó Marsha—. ¿Y tú?

La joven no parecía nada contenta con la recién llegada. Veía a todas las mujeres como competencia y así parecía tratarlas. Kane pensó que quizás por eso los pantalones de Marsha eran cada vez más cortos y, sus escotes, más profundos. Miró de reojo la blusa que se había puesto ese día. Era tan pequeña que parecía haberla comprado en la sección infantil.

La actitud de Marsha no hacía sino acrecentar su mal humor. No le gustaban las mujeres demasiado recatadas, pero el gusto para vestir de su acompañante iba de mal en peor. Tampoco le agradaba que lo tratara como si fuera de su propiedad.

Parecía estar desesperada y no había nada que lo atrajera menos del sexo opuesto.

—¿Por qué te está mirando de esa manera? —susurró entonces Marsha.

—No tengo ni idea —repuso él de mala gana.

No hizo nada por ocultar lo poco que le interesaba lo que le decía.

—Bueno, parece que estás a punto de descubrirlo —le dijo Marsha mientras se ponía en pie y se acercaba a él.

Estaba tan cerca que le dio con el trasero. Vencido, decidió girarse para ver a la recién llegada.

Vio que todos los clientes del bar, la mayoría ganaderos curtidos por el sol y vestidos con sucia ropa de trabajo, la miraban con la boca abierta.

Entendió enseguida por qué.

Para empezar, la joven llevaba un vestido. Era de una tela ligera y suave. Le llegaba por la rodilla y era de un verde intenso.

Su piel era muy blanca. El pelo, largo y algo ondulado, le recordó al color del coñac.

El bar estaba lleno de ganaderos, cervezas y taburetes. Esa mujer parecía venir de otra galaxia, como si acabara de salir de una película antigua y romántica y hubiera entrado en el plato equivocado para rodar otra escena.

Pero lo que más le llamó la atención fue ver que iba

directamente hacia él. Lo miraba con sus ojos verdes mientras caminaba con seguridad. Pensó entonces en Juana de Arco y en cómo la heroína se había enfrentado con valentía a los ingleses.

Parecía una mujer muy segura.

Sintió la necesidad de ponerse en pie. Había estado sujetando el vaso de cerveza con la mano derecha y la tenía algo húmeda. Se la secó disimuladamente en la parte de atrás de sus vaqueros.

—¿Kane McKinnon? —preguntó la joven cuando llegó frente a él.

Miró brevemente a Marsha y después le ofreció su blanca y delicada mano.

—Soy Charity Denham —se presentó la mujer—. Creo que conoce a mi hermano Tim.

Era la hermana de Tim Denham. No podía creerlo. Sus ojos verdes lo observaban con detenimiento, pero él se esforzó por disimular su desconcierto. No se parecía a su hermano, aunque los dos tenían el mismo acento británico.

—¿Tim Denham? Claro, lo conozco —repuso él.

Se dieron la mano con algo de suspicacia.

—Creo que mi hermano trabajó para usted en el rancho de Southern Cross.

—Así es. Estuvo trabajando con los arreadores de ganado. ¿Ha venido a pasar unos días?

—No —repuso ella mientras bajaba la mirada.

Le dio la impresión de que intentaba reunir el coraje necesario para decirle algo desagradable. Se dio cuenta de que no era tan fuerte como le había parecido a primera vista. Después de unos segundos, la joven volvió a mirarlo a los ojos.

El verde de su mirada le recordó al de las hojas de los eucaliptos. Su piel era tan fina y clara que parecía casi transparente.

—Estoy buscando a mi hermano —le confesó ella entonces.

—¿Por qué?

Pareció sorprendida por la pregunta, como si la respuesta tuviera que ser obvia para todos. Tan obvio como el escote de Marsha.

—Tim ha desaparecido. Hace más de un mes que ni mi padre ni yo sabemos nada de él —le dijo.

Marsha se rió al escucharla.

—¿Un mes? Eso no es nada. Tim Denham es lo suficientemente mayor como para cuidar de sí mismo. No necesita a una hermana que venga a buscarlo desde el otro lado del mundo.

—Le presento a Marsha —intervino él entonces.

Las dos mujeres se sonrieron con frialdad.
—¿Quiere tomar algo?
—Una cerveza amarga con lima, por favor.
—Yo se la pido —se ofreció Marsha.
Le sorprendió el entusiasmo de la mujer, pero no se detuvo a analizar su generoso ofrecimiento.
—Gracias, Marsha —le dijo mientras se terminaba su cerveza de un trago.
—No creo que ese tipo de cerveza australiana sea apropiada para usted —le comentó Marsha a la recién llegada—. Le pediré una ginebra con tónica. ¿No es eso lo que bebéis las inglesas?
Charity Denham se quedó boquiabierta, parecía confusa.
—De acuerdo, pero una copa pequeña, por favor.
Marsha fue hasta la barra y Charity se quedó observándola.
—Tome un taburete —le sugirió él.
Ella se sentó en uno de los que quedaban libres y colocó sus manos blancas sobre el regazo de manera primorosa. Él volvió a sentarse como solía hacerlo. Con una de las botas descansando en el travesaño del taburete y la otra pierna completamente estirada.
—¿Cómo me ha encontrado? —le preguntó.
—Entré en la oficina de correos para que me indicaran cómo llegar hasta el rancho de Southern Cross. La mujer que atiende la oficina me dijo que hoy estaba usted en el pueblo y que podría encontrarlo aquí.
No le extrañó la historia. Era imposible sonarse la nariz en esa ciudad sin que lo descubriera Rhonda y se lo contara a todo el mundo.
—Señor McKinnon, he venido a verlo con la esperanza de que me ayude a encontrar a mi hermano —le dijo la joven entonces con gran determinación.
Parecía claro que su visita no era de cortesía, sino que tenía un objetivo en mente y no iba a irse de allí sin conseguirlo.
—No debería preocuparse por él. Puede cuidar de sí mismo.
—Pero hace más de un mes que no sabemos nada de él y Tim sabe muy bien cuánto nos preocupamos. Mi padre le hizo jurar sobre la Biblia que nos mantendría informados en todo momento sobre su paradero.
—¿Sobre la Biblia? —repitió con estupefacción.
—¿No le contó Tim que nuestro padre es el reverendo de la iglesia de Saint Alban?
—No —repuso sin poder esconder su sorpresa.
—Nuestro padre aceptó pagarle el billete de avión para que

viniera a Australia a condición de que estuviera siempre en contacto con nosotros. Hasta hace un mes, nos escribía de manera regular. Pero no sabemos nada de él desde entonces.

—No debería preocuparse. Seguro que está bien.

Sus ojos brillaron al escuchar sus palabras. Parecía estar a punto de perder la paciencia.

—¿Cómo puede estar tan seguro? ¿Sabe acaso dónde está mi hermano?

—Se fue hace cuatro o cinco semanas, pero no puedo decirle a dónde ha ido.

—¿No puede o no quiere?

Su rápida pregunta le sorprendió, pero supo reaccionar a tiempo.

—No puedo decírselo —repitió el con firmeza—. Todo lo que sé es que se ha ido de la zona.

La joven frunció el ceño.

—No me parece normal. ¿No le comentó Tim nada sobre sus planes o a dónde iba?

—Es un país libre —repuso mientras se encogía de hombros.

Charity Denham sacudió la cabeza y suspiró con impaciencia.

—Por estas tierras, la gente puede ir y venir como les plazca —agregó él—. Es siempre así. La gente viaja de un lado a otro. De eso se trata, de tener la libertad de irse cuando surge una oportunidad mejor —añadió mientras la miraba con intención—. Puede que su hermano estuviera deseando separarse un poco de las faldas de su madre.

La joven lo fulminó con la mirada, pero él se limitó a sonreír.

—No puede pretender que un joven como Tim se deje controlar toda la vida.

—Eso es más o menos lo que me dijo la policía, pero no puedo aceptarlo — repuso ella.

—Entonces, ¿ya ha hablado con la policía?

—Por supuesto, en Townsville. Han registrado a Tim como desaparecido, pero me dio la impresión de que no le dieron importancia a mi denuncia. Me dijeron que los jóvenes desaparecen a menudo y que la mayoría de ellos lo hacen de manera voluntaria. Pero yo sé que mi hermano no haría algo así.

—¿Cómo puede estar tan segura?

Vio un atisbo de ira en sus ojos verdes.

—Conozco a mi hermano. Cuidé de él desde que murió mi madre, cuando él sólo tenía siete años.

Aquello le sorprendió mucho.

—Pero usted misma sería muy joven para asumir tanta responsabilidad.

—Tenía catorce años.

—Bueno, ha hecho un buen trabajo —repuso él mientras se concentraba de nuevo en su cerveza—. ¿Qué más le ha dicho la policía?

—Poco más —confesó ella con un suspiro—. Han comprobado la cuenta bancaria de Tim y no ha sacado dinero de ella. Dicen que es buena señal que nadie haya vaciado su cuenta y que parece indicar que no ha habido nada ilegal. Pero, si Tim no ha usado nada de dinero, puede que sea porque haya sufrido un accidente.

Puede que haya muerto y esté tirado en algún sitio sin que nadie lo haya visto.

—No creo que haya motivos para dejarse llevar por el pánico —le aseguró él con algo más de amabilidad—. Yo le pagué en efectivo, así que se fue con bastante dinero de mi rancho.

Escuchó el taconeo de Marsha sobre el suelo de madera. Llegó a la mesa poco después y les ofreció las bebidas. Lucía una amarga sonrisa.

Todos bebieron durante unos segundos y el silencio lo rompió otro suspiro de Charity Denham.

—Sé que debo parecerles una madre histérica y controladora, pero no puedo evitar estar preocupada —les dijo—. Tim es muy joven, acaba de cumplir diecinueve años.

Marsha no pudo ocultar su sorpresa y él la miró con el ceño fruncido.

—Por estas tierras, un joven de diecinueve años es lo suficientemente mayor como para votar, beber alcohol e incluso luchar y morir por su país —dijo él.

—Puede que sí, pero voy a encontrarlo esté donde esté. Si no puede ayudarme, ¿podría al menos sugerirme por dónde debería empezar a buscarlo? —le preguntó ella.

—Podría estar en cualquier sitio —repuso Kane encogiéndose de hombros.

—Seguro que se le ocurre algo mejor que eso —insistió Charity.

Fue él entonces el que suspiró. Nada más verla entrar en el bar, le había parecido que era una mujer fuerte que no se rendía con facilidad. Y estaba descubriendo que había estado en lo cierto.

—Muy bien, le diré lo que pienso —le dijo él—. Puede que su hermano haya conseguido otro trabajo como arreador de ganado en algún rancho. Podría ser cerca de aquí o mucho más al norte, cerca de Cape. Si ése es el caso, estará entre seis y ocho semanas montado

a lomos de algún caballo. Podría estar pescando en el golfo o haber aceptado un trabajo en algún barco —enumeró sin dejar de mirarla —. ¿Quiere que le dé más opciones?

Ella no dijo nada, así que decidió continuar.

—Puede que esté buscando oro en el río Croydon o zafiros en Annakie. O

quizás esté ahora mismo en algún bar de la isla Magnetic, hablando con alguna sueca de viaje por Australia.

Mientras escuchaba, Charity se mordía el labio inferior… un labio suave y rosado. Kane no pudo evitar fijarse en su boca.

—Podría estar haciendo cualquiera de esas cosas, pero no es normal que no nos haya llamado, escrito ni mandado siquiera un correo electrónico.

—Puede que esté demasiado ocupado o en algún sitio demasiado remoto como para comunicarse con nadie —le dijo él.

Charity se quedó mirando el vaso, lo agitó y contempló cómo se movían los hielos. Después le dio un buen trago a su bebida. Parecía muy pensativa.

—Hágame caso —agregó él con seriedad—. Seguro que su hermano está bien.

—Pero, ¿cómo puede saberlo?

Frustrado, se terminó su segunda cerveza del día.

—Mire, será mejor que no se quede aquí, no es el sitio más apropiado. Creo que debería volver a la costa. ¿Por qué no viaja un poco y conoce algo más de Australia?

No estaría de más que se tomara unas vacaciones. Tengo la dirección de Tim en Inglaterra. Si sé algo de él, me pondré en contacto con usted.

Sabía que a esa mujer no le iba a hacer gracia que la despachara tan pronto, pero había hecho todo lo posible por contestar sus preguntas y empezaba a perder la paciencia.

Le sorprendió ver que parecía aceptar sus palabras.

Se terminó con nerviosismo su ginebra con tónica.

—Gracias por la bebida —le dijo—. Esperaba que pudiera ayudarme, señor McKinnon, pero veo que no es así. Intentaré encontrar a alguna otra persona en esta región que haya conocido a Tim.

Se puso en pie y vio que parecía algo inestable. Se preguntó cuánta ginebra le habría puesto Marsha en su combinado.

Charity Denham alargó hacia él su mano.

—Gracias y perdone las molestias.

—Recuerde mi consejo —le dijo él mientras tomaba su mano—.

No se quede por aquí. Vuelva a la costa y diviértase un poco.

Notó la delicada y suave piel de su mano.

—Encantada de conocerla, Marsha —le dijo entonces a la otra mujer.

—Igualmente —repuso Marsha mucho más animada al ver que se iba.

Charity se giró con la cabeza muy alta y fue andando despacio y con cuidado hasta la salida del bar. Kane recordó la decisión y fuerza que había visto en su mirada al entrar y no le agradó ver que había conseguido desanimarla tan fácilmente.

«Gracias por nada, señor McKinnon», pensó Charity.

En cuanto salió del bar, se dejó caer en el banco que había en el vestíbulo. Se sentía tan desilusionada como enfadada.

Había sido un viaje muy largo y había puesto todas sus esperanzas en la ayuda que Kane McKinnon pudiera darle para encontrar a su hermano. Pero lo único que le había dicho era que se largara de allí.

Le había parecido que lo envolvía un halo de misterio. Se preguntó si se había mostrado poco colaborador porque ésa era su naturaleza o si tendría algo que ocultar. Le había dado la impresión de que había intentado advertirla de algo. Sus palabras le habían parecido casi una amenaza.

Estaba claro que ese hombre no iba a ayudarla y no sabía qué hacer ni a quién dirigirse. Su visita a la comisaría de la policía tampoco le había servido de mucho y no tenía a nadie más. Estaba sola en un país enorme que no conocía. Se sentía fuera de lugar y perdida.

Kane McKinnon pensaba que Tim estaba tan ocupado o pasándoselo bien que no había tenido siquiera tiempo para ponerse en contacto con ellos. Se preguntó si tendría razón. Quizás esperara demasiada responsabilidad y sentido común de un

chico tan joven. A lo mejor se había enamorado y no podía pensar en nada más. Aun así, no entendía que no los hubiera llamado.

—Ese Tim era una auténtica monada.

Levantó sorprendida la cabeza. Era Marsha.

—¡Ah! Hola de nuevo.

—Era todo un caballero —agregó la mujer mientras se acercaba más.

—¿Lo conoció bien?

—Lo suficiente —respondió Marsha con amabilidad sentándose a su lado—. Si quieres que te diga la verdad, creo que Kane ha sido algo brusco contigo. Después de todo, vienes desde muy lejos y aquí no conoces a nadie.

Abrió sorprendida los ojos.

—¿Por qué no vienes conmigo? Podemos hablar un poco de lo que te preocupa, de mujer a mujer.

—Eres muy amable —repuso Charity intentando ocultar su sorpresa.

Marsha era muy distinta a sus amigas. La última persona de la que esperaba recibir ayuda era de la chica de Kane McKinnon, porque se había figurado nada más entrar en el bar que estarían juntos. Aunque se imaginó que un hombre como él tendría más de una novia. Se imaginaba que muchas encontrarían atractivo en sus ojos grisáceos y en su cuerpo musculoso y esbelto.

—¿Por qué no nos tomamos algo en la terraza? —le sugirió Marsha con una sonrisa.

—Gracias.

No podía negarse. Tenía tan pocas opciones que habría sido absurdo rechazar su ofrecimiento. Charity se puso en pie y la siguió. Abrieron una puerta que daba a un agradable patio. El suelo era de cerámica blanca y negra y las mesas estaban protegidas del sol con una pérgola cubierta por parras. Tenían muchas cestas colgadas del techo con helechos que aportaban una gran sensación de tranquilidad y privacidad al lugar.

—Este sitio es más tranquilo —le dijo Marsha mientras saludaba con la cabeza a una pareja sentada en otra de las mesas.

—Es muy bonito.

—Siéntate, iré a por las bebidas.

—Por favor, deja que pague yo —le pidió mientras sacaba el monedero.

Pero Marsha le hizo un gesto con la mano.

—Tú puedes pagar la siguiente ronda —le dijo con una sonrisa.

No creía que fuera a ser capaz de ir a por una tercera ronda de bebidas. Quizás fuera por culpa del calor, pero la copa que había tomado la había mareado un poco.

Marsha volvió rápidamente con las bebidas.

—Salud —le dijo la mujer mientras brindaba con ella.

—Salud —repuso ella—. ¿Trabajas aquí en Mirrabrook?

—Así es. Tengo mi propia peluquería y muchas clientas. Apenas tengo tiempo libre.

—Debes de ser muy buena —comentó mientras tomaba un sorbito de su bebida—. ¿Querías comentarme algo sobre mi hermano?

Los grandes aros de plata que Marsha llevaba en las orejas tintinearon cuando la mujer se acercó más a ella y bajó la voz.

—Entre nosotras, la verdad es que estoy un poco preocupada por el chico. Tim prometió que iría a verme el día de mi cumpleaños, pero no apareció.

—¿Te prometió que iría a verte? —preguntó sin poder ocultar su asombro.

Tomó el vaso y le dio un buen trago a su bebida.

—¿Te sorprende? —le preguntó Marsha con una sonrisa.

—Bueno… La verdad es que sí.

No quería ni pensar en por qué Tim querría visitar a alguien como Marsha.

Decidió que era mejor quitárselo de la cabeza.

—Me extrañó mucho que desapareciera —le dijo Marsha.

—Entonces, ¿crees que le puede haber pasado algo?

—No estoy segura —repuso Marsha con cara de preocupación—. Pero me gustaría ayudarte a encontrarlo.

—Eres muy amable —le dijo ella.

Le pareció que había juzgado demasiado deprisa a esa mujer y que tenía buenas intenciones.

—Bebe, bebe —la animó Marsha entonces—. Seguro que entre nosotras dos podemos llegar a alguna conclusión.

Capítulo Dos

Charity buscó a Tim por todas partes.

Miró en cada habitación, en cada armario y debajo de todas las camas. Subió deprisa al ático. Después volvió a bajar a la cocina y miró en la despensa. Su último recurso fue mirar en el despacho, aunque sabía muy bien que su hermano pequeño nunca se atrevería a entrar sin permiso en ese lugar sagrado, la habitación donde su padre escribía los sermones.

Pero Tim tampoco estaba allí.

Una tremenda tormenta arreciaba ese día. Los truenos sacudían los cristales y los marcos de las ventanas y podía escuchar las ramas de los árboles golpeando rítmicamente el tejado.

Corrió a una de las ventanas e intentó ver algo en medio de la oscuridad de esa noche. Le pareció ver entonces luz dentro de la iglesia de Saint Alban.

Se puso el abrigo y salió de la casa. Llamó a su hermano a gritos, pero la lluvia y el fuerte viento se llevaban sus palabras. Se le había olvidado tomar una linterna antes de salir y tuvo que ir hasta la iglesia sin poder ver casi nada.

—¡Tim! ¿Dónde estás? Estoy muy preocupada, Tim. ¿Dónde te has metido?

De repente se le ocurrió dónde podía estar. Supo que estaba en lo cierto. Lo más seguro era que su hermano estuviese en el cementerio.

Un relámpago iluminó en ese instante el camposanto, indicándole el camino hacia allí. Se acercó con piernas temblorosas, fue sorteando las tumbas y buscando a su hermano mientras intentaba no pensar en fantasmas.

No tardó en encontrarlo. Estaba tumbado sobre la tumba de su querida madre.

Se le encogió el corazón al ver a un niño tan triste y tembloroso abrazado a un pedazo de mármol. Su pelo negro estaba empapado y pegado a su cara, igual que su pijama.

Lo tomó en brazos y Tim se le abrazó con fuerza.

—Quiero a mi mamá —le dijo entre sollozos—. Quiero que venga, quiero que vuelva…

—Lo sé, cariño…

No podía enfadarse con él. Se limitó a abrazarlo muy cerca de su corazón y a cubrir con besos su carita.

—Yo estoy aquí, cariño. Te quiero, Tim. Tienes que dejar que sea tu nueva mamá.

Horrorizada, sintió que Tim se separaba de ella y salió corriendo de nuevo.

—Tú no vales como mamá. ¡Siempre me estás perdiendo! —le gritó Tim.

Y volvió a desaparecer, atrapado por la negra noche.

—¡Tim! ¡No! ¡No te vayas! ¡Vuelve!

El grito que dio en ese instante la despertó por completo. Había sido un sueño.

La brillante luz que se colaba entre las cortinas la devolvió a la realidad. La pesadilla había sido angustiosa, pero la realidad no era mejor. Recordó que estaba en Australia y que su hermano había desaparecido de verdad.

Lo siguiente que notó fue un horrible dolor de cabeza. Tenía además muy mal sabor de boca.

No entendía qué podía haber pasado.

Todo lo que recordaba de la noche anterior era haber estado hablando mucho tiempo con Marsha. Aunque en realidad había escuchado más que hablado. La había atendido mientras esa mujer le hablaba de Tim, de lo encantador que era y de cómo lo había conocido.

Marsha había insistido en que siguieran tomando copas.

No sabía si esa joven le había dicho algo importante sobre su hermano o dónde podría estar, apenas recordaba lo que le había contando. En algún momento del monólogo, Marsha se había puesto a hablar de Kane y de su hermano Reid. De lo que sí se acordaba con claridad era de la advertencia de esa mujer: no quería volver a verla cerca de Kane.

Se sentía fatal. Se imaginó que estaba sufriendo una fuerte resaca. Era la primera vez que le pasaba. Lo peor de todo era no saber siquiera dónde estaba.

Sin abrir los ojos, se tumbó boca arriba en la cama. Fue tocando con las manos a su alrededor. Estaba sobre un colchón, con una almohada bajo su cabeza y una sábana cubriendo su cuerpo. Con mucho cuidado, se giró para darle la espalda a la luz que entraba por la ventana. Abrió despacio un ojo y miró a su alrededor.

Parecía claro que estaba en un dormitorio, pero no sabía dónde.

Abrió con valentía los dos ojos y miró con más atención. Era una habitación decorada con sencillez. Había una cómoda de madera

con un jarrón sobre él. Las paredes estaban pintadas de blanco y una horrorosa alfombra con rayas amarillas y marrones cubría el suelo. Vio una puerta que debía de dar a otro cuarto.

Se imaginó que era un baño porque podía escuchar el sonido del agua.

Se quedó sin aliento al entender qué significaba ese sonido. Si el grifo estaba abierto era porque había alguien dentro.

Antes de que pudiera asimilar la idea, oyó cómo se cerraba el grifo.

Durante unos segundos no escuchó otra cosa que las fuertes palpitaciones de su corazón. Después oyó pasos y la figura de alguien fuerte y alto apareció en el umbral de la puerta.

Kane McKinnon.

Estaba estupefacta. No entendía cómo podía haber terminado en un dormitorio con ese hombre.

Sólo llevaba sus pantalones vaqueros y, sin poder evitarlo, se fijó en su fuerte y bronceado torso. Su piel parecía brillar como si hubiera sido pulida y no había visto nunca a nadie con músculos más perfectos.

Kane entró en el dormitorio, se acercó a los pies de la cama y la miró.

Quería preguntarle qué estaba haciendo en su dormitorio. Y también por qué estaba ella allí. Pero abrió la boca y comprobó que no le salía la voz.

—Buenos días —masculló él.

—Buenos…

Tragó saliva y lo intentó de nuevo.

—Buenos días —le dijo con la boca seca—. ¿Dónde estamos?

Vio que Kane estaba intentando contener una sonrisa.

—En una cabaña que hay en la parte de atrás del bar de Mirrabrook. ¿No se acuerda?

—No.

Le dolía tanto la cabeza que tuvo que cerrar un momento los ojos. Pero se sentía demasiado vulnerable con los ojos cerrados y con él tan cerca de su cama. Los abrió con cuidado.

—¿Qué es lo que está haciendo en mi habitación? —le preguntó entonces.

—Perdóneme, señorita Denham, pero creo que esa pregunta no tiene sentido.

—¿Por qué? —repuso ella con miedo.

—Porque ésta es mi habitación.

Abrió mucho los ojos.

—Pero, ¿cómo…? —preguntó ella—. ¿Por qué estoy aquí? ¿Cómo llegué aquí?

—La traje yo en mis brazos.

«Dios mío», pensó ella.

Kane la miraba sonriente.

—La encontré en la terraza del bar con Marsha. Estaban bebiendo sin parar. Ella está acostumbrada al alcohol, pero usted parecía a punto de desmayarse. Ésta era la única habitación que había libre. Así que… —le explicó Kane mientras se encogía de hombros.

—Entiendo. Bueno, supongo que entonces debo darle las gracias.

Kane se acercó a la cabecera de la cama y ella se quedó una vez más sin aliento.

Era desconcertante tenerlo tan cerca y con tan poca ropa.

No terminaba de entender qué hacía él allí ni recordaba qué había pasado la noche anterior.

Se estremeció pensando en que ese cuerpo tan masculino hubiera dormido a su lado toda la noche. No creía que hubiera pasado nada entre ellos, pero no podía estar segura.

Se preguntó si habría llegado a tocar la piel suave y bronceada de su torso.

Vio entonces que se había acercado a ella para darle un vaso de agua y dos pastillas. Parecían analgésicos.

—Supongo que necesitará esto.

—Gracias —repuso ella.

Pero no las tomó. Tenía aún muchas preguntas.

—Pero usted no ha dormido aquí conmigo, ¿verdad?

Se fijó en sus ojos, entre el azul y el gris, que tenían la apariencia del cielo al amanecer. Parecía estar divirtiéndose mucho con la situación.

—No me quedó más remedio. Ya le he dicho que ésta era la única habitación que quedaba libre.

—Pero, ¿por qué no se fue a su casa? ¿Por qué se tuvo que quedar aquí?

—Quería asegurarme de que estaba bien.

Se preguntó si le estaría diciendo la verdad. De ser así, Kane McKinnon esperaría que le diera las gracias, pero no sabía si podía confiar en él, apenas lo conocía. Su moreno rostro lo cruzaba una cicatriz algo más clara que cortaba en dos su ceja derecha. Se quedó mirándola con la incomprensible necesidad de querer saber cómo se la había hecho.

—Pero, ¿qué hicimos…? No hicimos… Espero que no…

No sabía cómo hacerle la pregunta, pero tenía que saberlo.

—No hicimos el amor ni nada parecido, ¿verdad? —le dijo al fin.

Vio entonces cómo sonreía con satisfacción.

—¿Qué si hicimos el amor? No, por Dios.

—Menos mal —susurró ella con gran alivio.

—Yo no lo llamaría así… —agregó Kane entonces.

Se quedó sin respiración e intentó prepararse para lo peor.

—Lo que tuvimos fue pura pasión y lujuria.

—¡No! —exclamó ella.

—Fue sólo sexo, sin complicaciones ni ataduras —añadió Kane.

Gimiendo, atrajo hacia sí la sábana y se cubrió la cabeza con ella. Cerró los ojos y se imaginó a todas las señoras que acudían con asiduidad a la iglesia de su padre.

Podía ver la reprobación en sus ojos y cómo murmuraban sobre la escandalosa vida de la hija del reverendo, llena de alcohol y sexo.

—No se preocupe, dulce Charity. Fue increíble y salvaje —oyó que decía Kane.

—¡Déjeme en paz! —le gritó.

—Estuvo fabulosa…

Se destapó entonces la cabeza para fulminarlo con la mirada.

—¡Cállese ya! Es un ser despreciable.

Lo odiaba.

Pero empezaba a sentir que quizás estuviera burlándose de ella. Bajó entonces la vista y vio que seguía completamente vestida. Sólo le faltaban los zapatos.

Suspiró aliviada.

Se giró para mirar de nuevo hacia la ventana y vio que había allí otra cama en la que parecía haber dormido alguien. El brusco movimiento aumentó su jaqueca, pero se sintió mucho mejor al ver que había sido sólo una broma cruel.

Se sentía tonta por haberse dejado engañar y también avergonzada al haber asumido que podría haber pasado algo entre ellos.

—Si esto es lo que los australianos consideran una broma, yo no le veo la gracia —le dijo ella.

—Tome los analgésicos —insistió Kane mientras los dejaba en su mano.

No le quedó más remedio que incorporarse y tomarse las pastillas con el vaso de agua. No podía mirarlo a los ojos. No quería ver cómo seguía riéndose de ella.

—Le he subido las maletas, así que sea obediente y dúchese.

Después puede tomar un buen desayuno que le ayude a recuperarse antes de irse de aquí —le dijo Kane.

—No pienso marcharme de este pueblo —repuso Charity.

Vio que Kane McKinnon seguía empeñado en echarla de allí, pero ella tenía que mantenerse fuerte y concentrada en su objetivo, encontrar a Tim.

—Claro que se va a ir —insistió él—. Debería haberse marchado ayer, cuando le dije que lo hiciera.

Se pasó las manos por el pelo intentando estar algo más presentable.

—No me voy a ninguna parte, señor McKinnon. Hablo en serio. No me voy de Mirrabrook. He venido para encontrar a mi hermano y no voy a aceptar las órdenes de nadie.

Recordó entonces algo que le había comentado Marsha la noche anterior.

—Me han dicho que tiene un hermano y una hermana. Si usted no quiere ayudarme, hablaré con ellos. Ése es mi plan.

—¿De verdad?

—Sí, eso es. Supongo que ellos también conocieron a mi hermano, ¿no?

—La verdad es que no tuvieron demasiado trato con él. Además, mi hermana está ahora mismo de viaje, no va a poder hablar con ella.

No iba a dejarse convencer por ese hombre.

—Siento decepcionarlo, pero no me voy.

Apartó la sábana y se levantó con cuidado.

—Tengo la sensación de que conseguiré la información que quiero sin moverme de Mirrabrook y no pienso irme hasta que consiga aclarar lo que pasa con mi hermano.

Sonó entonces el teléfono y no pudo ver cómo reaccionaba Kane al escuchar sus palabras.

—McKinnon al habla —dijo Kane al contestar la llamada—. Hola, Reid. Sí, sigo en el pueblo. No, hermano, no he tenido suerte. No hay nadie disponible. ¿Qué? Sí, ya lo he intentado.

Kane la miró de reojo. Ella aprovechó que estaba ocupado para correr hasta sus maletas, tomar lo primero que vio e ir con la ropa hasta el baño.

Estaba cerrando la puerta cuando oyó cómo Kane subía el tono de voz.

—¿Qué otra opción tenemos? Tendremos que apañárnoslas solos, ¿no?

Tendremos que convertimos en hombres modernos y sacar por

fin nuestro lado femenino.

Cuando se metió en la ducha, apoyó la frente en los fríos azulejos y dejó que el agua la relajara.

No sabía qué iba a hacer. Podía decirle a Kane todo lo que quisiera sobre sus planes y asegurarle que iba a quedarse en Mirrabrook y conseguir averiguar dónde estaba Tim, pero ni siquiera sabía por dónde empezar ni dónde iba siquiera a alojarse.

Se preguntó cuánto costaría alquilar una cabaña como ésa. No tenía mucho dinero, había tenido la esperanza de aclarar la desaparición de Tim en poco tiempo, pero las cosas se estaban complicando por momentos.

Salió del baño con el pelo cubierto con una toalla. Iba demasiado elegante para la ocasión, pero sus pantalones de color crema y su blusa azul habían sido lo primero que había visto en la maleta.

Vio que Kane se había puesto una camisa. Estaba sentado en la cama con expresión sombría.

—¿Pasa algo malo? —le preguntó al verlo así.

—No, pero mi hermano es muy testarudo.

Kane levantó entonces la cabeza y se quedó helada al ver el fuego que había en su mirada.

—¿Qué ocurre?

—Me preguntaba de qué color sería tu pelo cuando está mojado —le dijo Kane tuteándola por primera vez.

Sus palabras la sorprendieron mucho y se sintió algo confusa.

—No lo sé. Es rojo, simplemente rojo.

Kane se puso en pie y se le acercó. Su presencia le imponía mucho.

—No, no es rojo. Tu pelo no podría nunca considerarse «simplemente rojo».

Por un momento, pensó que iba a arrancarle la toalla, pero no lo hizo. Se limitó a quedarse allí mirándola. Le costó respirar con normalidad y su mirada hizo que se despertara algo en su interior que no habría sabido cómo definir.

—He salido a por mi cepillo —le explicó con nerviosismo.

Sabía que estaba portándose como una quinceañera, pero era la primera vez que un hombre la miraba con esa atención e intensidad. En Hollydean, donde vivía con su padre, había tenido varios novios. Unos más importantes que otros. Incluso había llegado a recibir una proposición de matrimonio. Pero ninguno de esos hombres le había hecho sentir tan consciente de su feminidad como Kane McKinnon.

Corrió a por el bolso y sacó su cepillo. Le faltó tiempo para encerrarse de nuevo en el baño.

Una vez dentro, usó el secador. En casa solía dejar que se secara al aire, lo que acentuaba aún más sus ondas, pero ese día era distinto y lo único que le preocupaba era que Kane McKinnon no volviera a mirarla como lo había hecho antes.

La intensidad que había visto en sus ojos había despertado una necesidad en su interior. Una necesidad demasiado acuciante. Temía no poder nunca llenar ese vacío.

Era la primera sorprendida por lo que ese hombre le hacía sentir. Recogió su llamativa melena en un moño y lo aseguró con varias horquillas antes de salir de nuevo del baño.

—Ahora pareces una catequista —le dijo Kane.

Lejos de sentirse ofendida, le gustó ver que la miraba de otra forma.

—Quizás sea porque lo soy —repuso ella con dignidad.

—¿En serio?

—Sí, doy catequesis los domingos en la parroquia de mi padre.

Kane inclinó la cabeza y la estudió con detenimiento.

—¿Y qué más haces?

Le molestó la pregunta y lo que parecía estar insinuando. Levantó aún más la cabeza y trató de adoptar una postura lo más digna posible. Le habría encantado poder darle una respuesta que lo dejara perplejo, pero no sabía mentir sin sentirse culpable.

Lo que hacía con el resto de su tiempo no podía impresionar a nadie.

La mayor parte de sus compañeras de colegio habían salido del pueblo para viajar, ir a la universidad o trabajar en Londres. Ella, en cambio, se había quedado en Hollydean para ayudar a su padre y a Tim. Cuando sus amigas volvían al pueblo de vez en cuando, intentaban convencerla de que debía cambiar de vida y le decían que parecía estar viviendo en el pasado.

Sabía que a Kane McKinnon no le impresionaría saber que ella dedicaba su vida a la parroquia. Su trabajo consistía en llevar la casa, participar en el coro, dar catequesis y visitar a los ancianos y enfermos de su congregación.

Tampoco le apetecía tener que decirle que era tan prescindible que las mujeres del grupo de oración se habían organizado para asumir sus tareas mientras ella estuviera en Australia.

A pesar de todo, decidió confesarle la verdad y hacerlo con orgullo.

—Soy una excelente ama de llaves —le dijo.

Kane juntó los labios y silbó.

—¿De verdad? Eso es muy interesante…

Se cruzó de brazos y lo miró con el ceño fruncido. Estaba harta de que se burlara de ella.

—¿No mencionaste algo sobre un desayuno? —le preguntó entonces.

—Así es. ¿Estás lista?

—Podría estarlo si me dijeras qué es lo que has hecho con mis zapatos.

Kane se agachó y tomó algo que había a los pies de la cama. Se levantó con sus sandalias.

—¿Te vienen bien éstas?

—Sí, gracias —repuso ella con frialdad.

Las tomó y se las puso. Le ponía nerviosa que estuviera observándola y esperando mientras se calzaba.

—Ahora ya estoy lista —le dijo después.

—Muy bien. Bajemos entonces al comedor —sugirió Kane mientras abría la puerta y se apartaba para dejarla pasar—. En cuanto comas algo, deberíamos hablar.

Tengo una oferta que podría interesarte.

—¿Tu ama de llaves? —repitió Charity.

A Kane le molestó que se mostrara tan ofendida. Le dio la impresión de que habría preferido trabajar en cualquier casa antes que en la suya.

—Me parece una buena idea, ¿no crees? —le dijo él mientras cortaba una salchicha—. Si estás decidida a buscar a tu hermano, tendrás que quedarte en algún sitio. Reid y yo necesitamos alguien que cocine y cuide de la casa.

—Creo que os vendría muy bien a los dos aprender a cuidar de vosotros mismos durante un par de semanas —le dijo Charity.

Le hablaba con un tono didáctico, pero algo petulante. Kane se imaginó que era el que usaba con sus alumnos de catequesis.

—Y yo creo que le vendría muy bien a tu hermano poder tomar las riendas de su vida sin tener a su hermana controlando cada uno de sus pasos.

—No entiendes nada.

—Parece que tú tampoco.

Se miraron a los ojos intentando contener su enfado. Después, él se encogió de hombros y siguió comiendo con apetito mientras Charity movía la comida sin probar bocado. Se había limitado a

tomar algunos sorbos de su zumo de pina y a mordisquear con cuidado una tostada. No había probado nada más.

—Será mejor que comas —le aconsejó él—. No hay nada como un montón de comida grasienta para acabar con la resaca.

A Kane le dio la impresión de que se encontraba mal, pero él siguió comiendo y disfrutando de cada bocado. Había pedido huevos revueltos, panceta frita, salchichas con salsa de tomate, una chuleta de cordero y algunas cosas más.

—Muy bien. Lo haré —le dijo Charity de pronto.

Le sorprendieron sus palabras. La miró y vio que parecía muy decidida.

—Aceptaré el trabajo de ama de llaves porque me conviene tanto a mí como a vosotros —le dijo—. Pero quiero que tengas muy claro que sólo voy a tu rancho porque necesito un sitio donde quedarme y porque creo que en esta región puedo encontrar a alguien que sepa de mi hermano.

—No puedo prometerte que vayas a conseguirlo.

—Eso ya lo has dicho antes, pero no voy a cambiar de opinión.

—Como quieras —repuso él.

—E iré a trabajar a tu casa con la condición de que…

Charity perdió la compostura antes de terminar la frase. Kane vio cómo se sonrojaba.

No podía creer que la hija de un reverendo poseyera una belleza tan pagana y sensual. Su esbelta y curvilínea figura, su melena de fuego y esos ojos verdes no dejaban indiferente a ningún hombre.

Verla sonrojada estaba desarmándolo por completo. Era una catequista que no podía estar más fuera de lugar, pero tampoco podría haberle resultado más atractiva.

Tragó saliva antes de hablar.

—¿De qué condición querías hablarme?

Charity tomó un sorbo de su zumo y lo miró por encima del vaso. Parecía pedirle sin palabras que no la sometiera a un interrogatorio.

—¿Qué condición? —insistió él.

Ella siguió sin contestar. Se sonrojó aún más y él entendió de qué se trataba.

Apartó su plato, colocó los codos sobre la mesa y apoyó en sus manos la barbilla.

—Creo que debería explicarte yo mis condiciones —le dijo después.

—¿Tienes condiciones?

—Por supuesto.

—Muy bien, dime de qué se trata.

—A muy pocas mujeres estaría dispuesto a pedirles que se mudaran a mi casa.

Charity abrió mucho los ojos y asintió con la cabeza.

—Aparte de Annie, no hay ninguna otra mujer viviendo en el Southern Cross.

Hay un viejo capataz que cuida del rancho. Él, mi hermano Reid y yo somos todos solteros. Solteros que vivimos en un aislado y remoto rancho.

—Ya… —murmuró ella como si entendiera de qué le estaba hablando.

—Tres hombres y una bella joven viviendo solos en el rancho podría hacer que la gente murmurara y se extendiera la noticia por todo el valle. Así que tengo que dejarte muy claro que no puede haber ningún tipo de… ¿Cómo podría decir esto de una manera delicada?

—No necesitas hacerlo —lo interrumpió Charity con la cara como un tomate—.

Lo entiendo perfectamente y nunca se me ocurriría…

Con seriedad, le ofreció la mano para sellar el acuerdo.

—Es un contrato estrictamente laboral —le dijo él.

—Sí, por supuesto. Eso es exactamente lo que estaba intentando decirte.

—Entonces, parece que somos tal para cual, señorita Denham.

Charity lo miraba como si acabara de tragarse un saltamontes y no supiera qué hacer o decir.

—Otra cosa, más. Te agradecería que no volvieras a acercarte a la ginebra mientras estés trabajando para mí.

Charity no podía controlar su enfado mientras ayudaba a Kane a cargar la parte de atrás de su camioneta. Le parecía completamente innecesario que hubiera querido advertirla sobre la conducta que esperaba de ella. Y sabía que Kane lo tenía también muy claro.

Sólo había pretendido reírse de ella y que viera que no le gustaba.

Tampoco eso habría sido necesario. No era difícil ver que ella no era el tipo de mujer que le atraía al ranchero. Lo había sabido desde que vio a Marsha en el bar por primera vez.

—Pensé que en el rancho sólo estabais el capataz, tu hermano y tú —le dijo al ver la cantidad de cajas que había comprado—. ¿Para cuántas personas voy a tener que cocinar?

Se había quedado estupefacta al ver la cantidad de comida que había adquirido.

Había cajas de naranjas y manzanas, sacos grandes de arroz, harina y azúcar. Vio un barril de aceite de oliva y grandes bolsas de macarrones. También cajas con latas de verduras, zumos de frutas y cervezas. Subieron todo al camión junto con su maleta.

—Creo que sólo seremos nosotros tres y tú, al menos durante los primeros días —le dijo Kane—. Pero hay que tener siempre la despensa bien provista. Estamos lejos y no se puede venir a la tienda cada cinco minutos si se nos ha olvidado algo.

—Claro…

—Y siempre cabe la posibilidad de que lleguen antes de tiempo los trabajadores que vienen a reparar el vallado. Los esperamos para fin de este mes —comentó Kane—. Pero todo depende de cómo les vaya en sus trabajos anteriores. Podrás cocinar para algunas personas más si llega el caso, ¿no?

—Por supuesto —repuso ella con tanta seguridad como pudo reunir.

Se sentía algo más animada al ver que iba a estar en Southern Cross. Tendría entonces la oportunidad de hablar con Reíd McKinnon y quizás pudiera llegar a ganarse la confianza de Kane y sacarle algo de información. Estaba segura de que no le había contado todo lo que sabía sobre Tim.

Lamentaba que no estuviera allí Annie, la hermana, pero creía que podría encontrar gente en esa región que contestara sus muchas preguntas.

Kane colocó una lona sobre la carga y la aseguró muy bien con cuerdas.

—Esto protegerá las cajas del polvo —le dijo cuando terminó—. Muy bien.

Vámonos, Chazza.

—¿Cómo? ¿Quién es Chazza?

Kane agachó la cabeza y sonrió.

—Lo siento, se me ha escapado. Somos un país de lo más bruto y les hacemos cosas terribles a los nombres. Barry se convierte en Bazza, Kerry en Kezza, etcétera.

Puede que la gente empiece a llamarte Chazza. ¿O preferirías Chaz?

—¿Tienes algún problema con mi nombre verdadero?

—No. Pero me temo que aquí los sobrenombres no los controla uno. La gente empieza a llamarte como quiere sin que puedas hacer nada al respecto.

—En ese caso, y si puedo elegir, creo que me quedaré con Chaz.

—Muy bien, Chaz.

Kane volvió a sonreír. Ella trató de responder con el mismo gesto, pero no le salió.

Se estaba dando cuenta de que los australianos eran afables y muy directos. Tim ya se lo había comentado en sus cartas. Le había dicho que sus compañeros de trabajo solían gastarle bromas continuamente para ver cómo reaccionaba. Él era fuerte y podía enfrentarse a ellos.

Ella, en cambio, era demasiado seria y formal como para contestar de la misma forma.

Murmuró la palabra «Chaz» sin que él la oyera. Le gustaba cómo sonaba.

Chaz Denham. Le pareció el nombre de alguien moderno y optimista. Ella nunca había seguido las modas y le gustaba tener un nuevo nombre, aunque no pensaba admitirlo.

Se metió en la furgoneta, cerró la puerta y se abrochó el cinturón.

—Tengo que admitir que un hombre anticuado como Charity es a veces una carga. Tim tuvo suerte de no haber nacido niña.

—¿Crees que de haber sido niña le habrían puesto el nombre de otra virtud? Si tu nombre significa «caridad», ¿a tu hermana la habrían llamado Fe o Esperanza?

—Puede que sí —repuso ella mientras se preparaba para darle a probar su propia medicina—. Si mi nombre propio es malo, mi segundo nombre es aún peor.

—¿Sí? —preguntó Kane con curiosidad—. ¿Cuál es?

—Castidad.

Kane abrió la boca.

—Estás de guasa…

Se pasó casi un minuto con una mano en el volante y la otra en la llave de contacto. La miraba con intensidad, intentando asimilar lo que le había dicho. Pero entonces sonrió.

—Me estás devolviendo la jugada, ¿verdad, catequista?

—¿Lo dices por lo mal que me has tratado esta mañana?

—¡Tonterías! Te traté con mucho respeto.

—¿Sí? Pues no me di cuenta, señor McKinnon.

Kane sonrió y encendió el motor.

—¿Vas a decirme entonces cuál es tu segundo nombre?

Le molestó que creyera que iba a decírselo, sobre todo cuando él no había sido capaz de contarle nada sobre Tim, algo mucho más importante. Sabía que no era lo mismo, pero le gustó mucho verse

con el poder suficiente para decidir si iba a satisfacer o no su curiosidad.

—Nunca —le dijo finalmente.

Capítulo Tres

Bajaron por la calle principal de Mirrabrook y Charity se entretuvo mirando por la ventanilla. Pasaron una pequeña iglesia de madera, la comisaría de policía y la oficina de correos. Había también varias tiendas y oficinas, un restaurante cuya fachada acababa de ser pintada y un edificio algo más grande que el resto. Allí estaba la biblioteca y Mirrabrook Star, el periódico local.

Pasaron después al lado de unas cuantas casas de madera con tejados de hierro y espesos jardines repletos de flores. De repente se acabaron las casas y los dos lados de la estrecha carretera se llenaron de eucaliptos. Era como entrar en la selva.

Poco después, se encontraron con un poste y dos señales. Una indicaba el camino al rancho Breakaway y, otro, al Southern Cross. Giraron y se metieron por un camino lleno de polvo y baches. Era un día caluroso y despejado. El paisaje pasaba delante de sus ojos como un grupo de manchas marrones y caquis. Había plantas, árboles y tierra rojiza que asomaba entre la poca hierba que cubría el suelo. A la distancia, pudo ver algunas imponentes montañas de granito. El Valle de las estrellas no era como se lo había imaginado y no entendió cómo alguien podía haberle puesto un nombre tan bello a un lugar tan árido y salvaje. Los valles que conocía eran de suaves y verdes colinas, como los de su país.

Ya se había imaginado que todo en Australia iba a ser distinto. Tim le había hablado en sus cartas de lo duras que eran las vastas regiones del interior del país, muy despobladas y poco desarrolladas. Pero no había podido imaginarse cómo eran en realidad.

Se estremeció al ver lo inhóspito del paisaje. Era allí donde su hermano pequeño estaba, en algún lugar. Cada vez estaba más preocupada. No podía aceptar que hubiera desaparecido sin más. No podía dejar de pensar en qué le había pasado.

La furgoneta pasó por un profundo surco en la carretera y tuvo que agarrarse a la puerta y plantar con fuerza los pies en el suelo del coche. No entendía por qué Tim se había empeñado en ir a ese país. Ella, de haber tenido la oportunidad de viajar, habría elegido alguna elegante ciudad europea como París, Venecia, Viena o Praga.

Nunca se le habría ocurrido ir a un sitio perdido y salvaje como

aquél.

Recordó entonces el artículo que había leído en el avión. Australia era veinticuatro veces más grande que Inglaterra. Y su hermano podría estar en cualquier sitio de ese enorme país.

Viajaron durante kilómetros y kilómetros por ese camino de tierra. Bajaron por laderas para cruzar arroyos secos y rocosos, subieron después colinas y siguieron viajando hasta llegar a otro arroyo más.

Lo que más le estaba impresionando era ver que no había por ninguna parte señales de que aquél país estuviera habitado. Pero lo estaba, alguien tenía que haber puesto la señal por la que acababan de pasar y que los avisaba de que tuvieran cuidado con las reses sueltas.

Poco después, se encontraron con algunas reses que no se parecían en nada a las vacas que había en su país. Estaban reunidas bajo la sombra de los eucaliptos y la hierba a su alrededor parecía estar más muerta que viva.

—¿Cómo se puede criar ganado en un país como éste? —murmuró.

—Las razas británicas no sobreviven aquí, pero tenemos animales que están acostumbrados a climas tropicales.

—Pero, ¿qué es lo que comen?

—La hierba, aunque esté seca, sigue teniendo nutrientes. Supongo que es como nosotros cuando comemos fruta deshidratada. Además, les damos vitaminas y minerales. Lo más duro es asegurarse de que tienen suficiente agua. Tenemos que sacarla de los arroyos y conducirla hasta los abrevaderos. El problema es cuando las presas y los arroyos se secan por completo.

—Debe de ser muy duro vivir aquí.

—Sí. Pero, ¿a quién le interesa tener un trabajo cómodo y aburrido?

Tener un trabajo así con el que además poder ganar bastante dinero era el sueño de todos los hombres que había conocido en su vida. Todos querían un buen puesto y una bella esposa.

Pero estaba descubriendo que Kane McKinnon no quería ni una cosa ni la otra.

—Además, estás viendo este país en su peor momento. Es el final de la estación seca.

—¿Es muy distinto este paisaje después de la época de lluvias?

—No lo reconocerías —le aseguró Kane—. No mantenemos las vacas aquí durante mucho tiempo. Estas propiedades son para la cría de ganado. No pretendemos que engorden aquí. Los animales

más jóvenes los enviamos a nuestra otra propiedad, cerca de Hughenden.

—No, está claro que aquí no podrían engordar demasiado —comentó ella mientras dejaba que su pensamiento volviera al tema que más le preocupaba.

Se imaginó a su hermano perdido por esas secas tierras y muerto de hambre.

—A Inglaterra llegan noticias a veces de gente que muere en estas extensas e inhóspitas tierras del interior.

—Puede pasar —repuso Kane sin mirarla—. Es duro vivir aquí, pero las personas que mueren son normalmente las que no conocen esto. Gente que no debería nunca salir de sus ciudades. Tu hermano aprendió muy rápido. Estoy seguro de que está bien.

Se quedó de nuevo absorta mirando el paisaje. Vio en la distancia un canguro grisáceo saltando con rapidez. Era la primera vez que veía uno, pero la preocupación no le dejaba disfrutar de esos momentos.

—¿Cómo se encontraba Tim cuando lo viste por última vez? —le preguntó entonces—. ¿Parecía estar contento?

—Estaba bien. Mira, lo que más me gustaba de él era que iba a lo suyo.

Trabajaba sin pausa y no necesitaba ser el centro de atención. Al poco tiempo, se convirtió en uno más. Estoy seguro de que está bien.

Parecía tan seguro que le dio la impresión de que sabía más de lo que le estaba contando. Se preguntó si le estaría ocultando algo. Se giró hacia él y lo estudió con atención. Kane la miró entonces y sonrió para tranquilizarla. Se dio cuenta de que le gustaba que le sonriera. No intentaba burlarse de ella ni le estaba tomando el pelo.

Se pararon bajo unos árboles para beber algo de agua.

—Al menos aquí estarás a salvo de Marsha —le dijo Kane cuando vio que tomaba otro analgésico para su dolor de cabeza.

Le sorprendió que hiciera un comentario así sobre su novia.

—¿Cuánto falta para llegar a Southern Cross?

—Llevamos media hora dentro de la propiedad. Ya no queda mucho para llegar a la casa.

No se había hecho una idea de cómo sería la casa del rancho, pero se quedó helada al ver la edificación que tenía delante. Pararon al lado de una casa que era una especie de cabaña en mal estado. Kane bajó del coche y empezó a desatar la lona de la parte de atrás.

Se le encogió el corazón al ver la casa. No podía creer que eso

fuera el rancho de Southern Cross. Estaba en mal estado, no había sido pintada desde hacía muchos años y todo estaba deteriorado o en proceso de estarlo muy pronto.

Comenzó a dolerle más la cabeza mientras bajaba de la furgoneta. El calor hizo que se le pegara la ropa y se sintió más fuera de lugar aún con su elegante conjunto.

Con cada paso, sus sandalias se llenaban de polvo, que estaba metiéndosele ya entre los dedos de los pies.

Kane levantó dos cajas de comida y se las colocó sobre los hombros.

—¿Te ayudo?

—¿Podrías llevar dentro la caja con las latas de comida?

—Por supuesto.

Lo siguió y subieron las crujientes escaleras de madera del porche. Oyó un ladrido y vio entonces un perro atado a uno de los postes.

—Buenas, *Bruiser* —lo saludó Kane—. ¿Está el jefe en casa?

El perro lo ignoró y volvió a cerrar los ojos mientras Kane abría de un codazo la puerta.

Se estremeció al ver el interior de la casa. No podía creer que la hermana fuera la responsable de tener en esas condiciones la vivienda. Hacía mucho que nadie barría esos suelos. La mesa de centro estaba llena de latas de cerveza, revistas y ceniceros llenos. No había cortinas en las ventanas y alguien había colocado un cartón para sustituir un cristal roto en una de ellas.

El suelo del pasillo que llevaba a la parte de atrás de la casa estaba cubierto con linóleo en pésimas condiciones. Kane llevó la comida a la cocina y dejó las cajas en una mesa antes de abrir el frigorífico.

—¡Está lleno de cervezas! —exclamó ella al ver el interior.

Kane la fulminó con la mirada.

—Los tipos que trabajan en estas duras tierras tienen sus prioridades muy claras.

—Pero, ¿y tu hermana? ¿Cómo puede vivir aquí?

Kane cerró el frigorífico, se giró para mirarla y colocó los brazos en jarras.

—Parece, por tus palabras, que no te ha impresionado demasiado este sitio, ¿no?

Tragó saliva. No podía soportar la idea de vivir allí, pero había aprendido desde pequeña a tener buenos modales y sabía que debía tener tacto. No quería ofender a Kane.

—Puede que no tengas lo que se necesita para cuidar de un sitio

como éste —le dijo entonces él.

—Haré todo lo que pueda —repuso ella—. Pero la verdad es que no parece que nadie haya cuidado antes de esta casa.

Kane se echó entonces a reír con todas sus ganas. Era la primera vez que lo veía así. Le entraron ganas de darle un puñetazo. Llegó incluso a hacer puños con las manos y apretó los dientes. Tenía calor, le dolía la cabeza y estaba enferma de preocupación. Pensar en que iba a tener que vivir y trabajar en esa sucia y vieja cabaña había sido el colmo.

—Relájate, Chaz.

—¿Qué me relaje? —repitió ella fuera de sí.

—Cálmate. Ésta no es la casa del rancho. Sólo es un refugio donde acampan los jornaleros cuando están con el ganado. Uno de ellos se ha quedado aquí para vigilar esta parte de la propiedad y le estaba dejando algo de comida.

—¡Dios mío! —exclamó ella muy enfadada—. No puedes resistir la tentación de burlarte de mí, ¿verdad?

Quería pegarle, no podía más.

—Lo siento —repuso Kane con poca convicción—. Me temo que estoy acostumbrado a gastarle bromas a mi hermana desde que era pequeña. Es una pésima costumbre.

—Pues sí. Lo siento mucho por tu hermana y te agradecería que dejaras de burlarte de mí.

—Annie tiene mucho sentido del humor.

—Me alegro por ella. El mío desapareció junto con mi hermano.

Sus palabras hicieron que dejara por fin de sonreír.

—Bueno, parece que Ferret no está por aquí —comentó Kane—. Dejaré esto en la mesa y seguiremos camino.

—¿Hasta Southern Cross?

—Así es.

Esa cabaña había hundido su frágil confianza y subió de nuevo al coche con la sensación de que aquélla no iba a ser la única sorpresa del día. Se imaginó que la gente allí no sentía la necesidad de tener una buena casa para recibir a los amigos ni nada parecido. Todos vivían muy aislados. No podía entender cómo soportaría esa vida una joven como Annie McKinnon.

—Estamos a punto de llegar —dijo Kane entonces.

Miró con atención y la pareció ver algo de césped y una edificación blanca en la distancia.

Giraron poco después y se encontró con grandes verjas de hierro pintadas de blanco. Al otro lado de ellas había una gran extensión de césped rodeada de palmeras y buganvillas de color blanco.

Vio entonces la casa principal del rancho de Southern Cross.

Era una gran casa de una planta, construida en madera y pintada de blanco. La rodeaba un largo porche y decenas de arbustos con flores blancas.

—Es precioso… —susurró.

Estaba atónita. No podía creer lo que veía.

—¿Te gusta más este sitio? —le preguntó Kane.

Era como entrar en un oasis en medio del desierto.

—Es fantástica —repuso sin poder esconder su sorpresa—. ¿Cómo podéis mantener este césped así de verde?

—De ese trabajo se encarga el viejo Vic —respondió Kane mientras señalaba el canal de agua que transcurría paralelo a la carretera—. Saca agua de ese arroyo para regarlo. Pero nos quedamos sin césped cuando baja el nivel del agua.

—Y, ¿ocurre eso muy a menudo?

—Sufrimos sequía cada pocos años. Si este año no hay suficientes lluvias, tendremos serios problemas.

Condujeron hasta la parte de atrás de la casa para poder descargar la comida y meterla directamente en la despensa. Los recibieron varios perros ladrando al mismo tiempo. Kane la miró con preocupación.

—¿Te dan miedo los perros?

—No, me encantan. Tenemos uno en casa, es un collie.

Los McKinnon también tenían uno de la misma raza que se acercó a la furgoneta, los olfateó y se marchó poco después.

—Ésa se llama *Lavender* —le dijo Kane—. Es la perra de Annie. Siempre está triste cuando no está su dueña.

—Pobrecita…

Se bajaron del vehículo a la vez.

—Ese perro blanco con manchas negras es mío, se llama *Roo*.

—Hola, *Roo* —lo saludó ella mientras acariciaba su cabeza.

—Y el labrador se llama *Gipsy*. Es la perra de Reid.

— *Gipsy*, eres preciosa —murmuró ella a la recién llegada.

Un hombre arrugado y quemado por el sol se les acercó. Kane se lo presentó, se trataba de Vic. Tenía las piernas algo arqueadas, debía de llevar toda la vida montando a caballo. Lo felicitó por el maravilloso jardín que tenía y él le agradeció sus palabras con una gran sonrisa.

—Si desea tener flores en la casa, puede cortar las que quiera, señorita —le dijo el hombre.

—Será tu eterno admirador si sigues halagando su trabajo —comentó Kane después de que se fuera Vic—. Bueno, tenemos

mucho que hacer. ¡Fuera, perros! — les gritó a los canes.

Kane y ella vaciaron la carga de la furgoneta. Aprovechaba cada viaje a la despensa para curiosear un poco e intentar ver algo más de la casa. Era más fresca de lo que se podría haber imaginado y la decoración, aunque simple, era bastante elegante. Los techos eran altos y los suelos de madera estaban relucientes. Se fijó también en los muebles antiguos y en las bellas alfombras.

Esa casa era toda una sorpresa y mucho más de lo que había esperado. Pero sabía que no iba a poder disfrutar de su estancia allí, estaba demasiado preocupada por su hermano.

Kane encontró a su hermano en el cobertizo de las herramientas. Estaba reparando el motor de una de las furgonetas del rancho.

—He encontrado un ama de llaves, ya no tienes que preocuparte por tus manos, no habrá que fregar —le dijo nada más llegar.

Reid lo miró y se echó a reír.

—Menos mal, estaba muy preocupado por mis manos —repuso mientras tomaba un trapo y trataba de limpiarse la grasa de motor de los dedos—. ¿No me habías dicho que no encontrabas a nadie?

—Así es, pero surgió la oportunidad cuando menos la esperaba.

—No me digas que es una de las chicas de tu club de admiradoras.

Hizo una mueca al escuchar a su hermano.

—No, no es eso. Deja de meterte conmigo. Es nueva en el pueblo y estaba buscando trabajo temporal.

—¡Qué suerte hemos tenido! ¿Tiene experiencia?

—Es una inglesa que ha trabajado como ama de llaves de un reverendo.

Reid sonrió con satisfacción.

—Suena muy bien. ¿Será buena cocinera?

—Supongo —repuso él encogiéndose de hombros—. Lo descubriremos esta misma noche. Pensé que era mejor no agobiarla con demasiado nada más llegar, así que para comer tomaremos unos bocadillos de queso. De hecho, venía a avisarte para que entraras a comer.

—Genial, estoy muerto de hambre.

Reid tiró el trapo y salieron juntos del cobertizo. Cruzaron la pradera que los separaba de la casa principal.

Eran hermanos mellizos y los dos tenían la misma altura y corpulencia. Pero no había más similitudes entre los dos. Kane tenía ojos azules y el pelo claro, del mismo rubio ceniza de su hermana

pequeña. Reid, en cambio, era moreno y tenía los ojos grises.

Según su madre, Reid había nacido unos minutos antes. Era algo que no había olvidado y que le recordaba a Kane cada vez que tenía ocasión. Le gustaba ser el primogénito.

—¿Cómo me dijiste que se llamaba esa mujer? —le preguntó entonces.

—Bueno… Chaz.

—¿Chaz?

—Sí —repuso él de mala gana—. Chaz Denham. En realidad, Charity Denham.

—¿Denham? ¿No era ése el apellido de…?

Sabía que no habría podido mantener en secreto la identidad de Charity durante mucho tiempo y que habría sido sólo cuestión de tiempo. La joven ya le había dicho que su intención era preguntarle a Reid sobre su hermano.

—Es la hermana de Tim Denham —le confesó.

Reid se quedó parado y lo miró.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Está buscando a su hermano.

—¡Maldita sea! —maldijo Reid mientras sacudía la cabeza—. ¿Qué le has dicho?

—Le he dicho que Tim podría estar en cualquier sitio.

—Pero tenías que darte cuenta de que te estás arriesgando mucho al traerla aquí.

—Estaba harto de oír tus quejas, necesitábamos a alguien que se encargara de la casa.

—No me eches a mí la culpa de eso, Kane. Sabes de sobra que no estaba tan desesperado.

—¿No? Pues cualquiera lo diría… —repuso él—. La verdad es que creo que es mejor tenerla aquí que haciendo demasiadas preguntas por Mirrabrook.

—Supongo que tienes razón —concedió Reid—. Y, ¿cómo es?

—Bueno…

No sabía cómo definirla. Miró hacia el porche trasero de la casa y vio a Charity en la puerta.

—Mira, ahí está. Juzga por ti mismo.

Observó a su hermano para ver cómo reaccionaba. Sonrió al ver el silbido de Reid.

—¿Estás seguro de que estás haciendo lo correcto, hermanito?

No le gustó el comentario, le recordaba a las dudas que ya tenía él.

Charity se había cambiado de ropa. Llevaba un vestido azul de

algodón sin mangas. El sol se reflejaba en su melena cobriza y su piel parecía aún más delicada y luminosa. Le pareció salida de un cuadro.

La joven pareció darse cuenta entonces de que los dos hermanos la estaban observando y, con timidez, levantó la mano para saludarlos. Era un gesto inocente, pero había algo en el movimiento de su delicada mano y en la curva de su cuerpo que a Kane le pareció de lo más seductor.

—Deja que me ocupe yo de ella y todo saldrá bien —le dijo a Reid.

Pero no estaba tan convencido como sus palabras daban a entender.

No había nada de brisa que aliviara el calor abrasador del mediodía mientras los hermanos comían sus bocadillos en el porche.

Charity no había tenido intención de comer con ellos, pero insistieron y aceptó su invitación. Reid McKinnon le pareció un hombre encantador y muy educado. La hablaba con respeto y sin burlarse de ella. Estaba deseando poder charlar con él a solas. Le dio la impresión que de Reid podría sacar algo de información sobre el posible paradero de su hermano. Creía, al menos, que sería más sincero que Kane.

Pero aún no había llegado el momento de indagar y se limitó a hacerles algunas preguntas relacionadas con el que iba a ser su trabajo.

Cuando terminaron y los hermanos estaban a punto de irse, Reid se giró de repente hacia Kane, como si acabara de recordar algo importante.

—¿Ya le has dado a Charity todo lo que va a necesitar para protegerse?

Kane frunció el ceño.

—Mírala —agregó Reid—. Es tan blanca como la nieve, una flor exótica. Tiene la tez muy pálida, ojos claros, es pelirroja…

Kane la miró a los ojos y ella no pudo evitar sonrojarse.

—La pobre mujer no duraría ni un minuto en este sol si no se viste de manera apropiada. Encárgate de que tome todo lo que vaya a necesitar de la habitación de Annie.

—No, no os molestéis por favor. Seguro que no me pasa nada —les dijo ella.

No le gustaba ver cómo conversaban sobre su piel delante de

ella, como si no estuviera presente.

—Querida —le dijo Reid con tono paternal—, hazme caso, necesitas más protección que ese simple vestido. Annie tiene un montón de cosas. No quiero ser responsable de que te quemes la piel o te dé una insolación por no llevar la ropa adecuada mientras estés trabajando para nosotros.

Después miró a Kane.

—Encárgate de ello —le ordenó antes de irse.

—Bueno, Chaz, ya lo has oído —le dijo Kane con una sonrisa—. Será mejor que siga las órdenes de mi hermano mayor.

—Creo que tengo ropa que me puede servir. Traje unos pantalones vaqueros y unas botas.

—No te preocupes —le aseguró Kane mientras le hacía una seña para que lo siguiera dentro de la casa—. Ven conmigo. Annie tiene mucha ropa y creo que sois más o menos de la misma talla.

La habitación de huéspedes que le habían dado tenía pocos adornos y estaba muy ordenada. La de Annie, en cambio, estaba llena de cosas.

No tenía ventanas, sino puertas por las que salir directamente al porche de la casa. Había un escritorio con un ordenador y multitud de papeles, libros y lápices. En un corcho sobre la mesa, Annie había colocado decenas de fotos de amigos y familiares. También vio algunos carteles de actores famosos que debían de llevar en las paredes desde su época de adolescente.

Se preguntó por qué se habría ido la joven a la ciudad. Le había dado la impresión de que Annie se había ido casi sin avisar, pero había visto que sus hermanos no parecían muy preocupados con ello. Sólo les había incomodado tener que buscar a otra mujer que los ayudara con la casa.

—Vamos a ver qué hay por aquí… —murmuró Kane mientras abría las puertas del armario.

Charity ahogó una exclamación. No había esperado ver bonitos vestidos de fiesta.

—¿Cuándo tiene Annie la ocasión de ponerse cosas así? —le preguntó mientras rozaba la delicada seda de una falda rosa.

—Tenemos vida social en estas regiones, aunque te sorprenda. Hay fiestas, bailes… Pero creo que esto no es lo que necesitas ahora mismo.

Abrió otro armario en el que había un montón de camisas de algodón de manga larga.

—Esto sí te valdrá. Elige unas cuantas, tendrás que llevar siempre cubiertos los brazos.

Kane bajó un sombrero de ala ancha de un altillo y se lo puso en la cabeza.

—¿Qué tal? ¿Te sienta bien? —le preguntó él mientras se lo ajustaba—. Parece que sí.

—Está bien. Gracias.

—Y ahí hay más pantalones vaqueros si los necesitas —le dijo Kane mientras señalaba unas estanterías.

Después se agachó y le sacó unas botas.

—No las necesito. He traído unas de montaña que están muy bien. Con ellas subí al monte Snowdon.

—Entonces me imagino que serán botas para clima frío. Estas botas de montar son de piel de canguro.

—Pero no voy a montar.

—Aun así. Este tipo de piel es mucho más ligero y transpirable. Mantendrá frescos tus pies. Pruébatelas —le pidió mientras le ofrecía además un par de calcetines de algodón.

Era la segunda vez que Kane la miraba mientras se calzaba y se sintió observada. No sabía por qué se sentía así, sólo se estaba probado unas botas.

Pero cuando vio la expresión en los ojos de ese hombre, se quedó sin aliento.

Era casi como si le doliera tener que mirarla, pero no dejó de hacerlo ni un momento.

—Me quedan bien —susurró ella.

Sin saber muy bien por qué, se sonrojó.

—Estás de suerte —comentó Kane con algo de incomodidad—. Bueno, ahora que ya tienes la ropa apropiada, te enseñaré rápidamente la propiedad para que sepas dónde está todo.

Se estaba dando cuenta de que allí les gustaba hacerlo todo con rapidez.

Salieron de la casa y tuvo que andar deprisa para mantener su ritmo. Le mostró los aseos de los trabajadores, el cobertizo con la maquinaria y las herramientas y el prado de los caballos.

Se quedó mirando esa parte de la propiedad. Una hilera de árboles crecía al otro lado del prado.

—¿Te gustaría ver el arroyo? —le preguntó Kane.

—Sí, por favor.

Le atraía la idea de tener un río cerca. Se imaginó que sería un sitio agradable para estar sola y dar paseos cuando necesitara algo de tranquilidad.

Vio al llegar que se trataba de un lugar muy agradable. Había árboles por todas partes y el aire era mucho más fresco. El agua

corría a borbotones sobre lisos cantos.

A ambos lados del arroyo crecían los helechos y los juncos. Pudo distinguir libélulas y otros insectos sobre el agua.

—Me encanta este sitio —le dijo mientras cruzaban el arroyo saltando de una piedra a otra.

Le agradaba ver que había lugares como ése en mitad del inhóspito paisaje de la región. Allí podría ir a relajarse con la única compañía del canto de los pájaros y el sonido del agua.

—¡Estate quieta! —murmuró de repente Kane mientras la agarraba del brazo.

Se sobresaltó como si nunca la hubiera tocado un hombre y eso hizo que se sintiera más absurda y confusa aún.

—¿Qué pasa? —preguntó asustada mientras intentaba apartarse —. ¿Qué estás haciendo?

—Ven por aquí —le dijo.

—¿Por qué?

—Hay una serpiente. Está allí, ¿la ves?

No podía creerlo. Vio al animal de reojo. Estaba muy asustada.

Se trataba de una enorme serpiente negra que iba rápidamente hacia ellos.

Supuso que la habían despertado.

—Ven… —insistió Kane.

Estaba demasiado aterrada como para escuchar sus indicaciones. Echó a correr con todas sus fuerzas. Necesitaba poner distancia entre la serpiente y ella.

Era la primera vez que veía una serpiente en libertad.

Kane corrió a su lado.

—No te asustes —le dijo—. No va a seguirte hasta aquí. Ya estás a salvo.

Dejó de correr y Kane la agarró por los hombros. Seguía temblando y el corazón le latía con rapidez. Miró hacia donde estaba la serpiente. No podía dejar de observarla.

—¿Qué tipo de serpiente es?

—Una serpiente negra de tripa roja.

Vio cómo se alejaba por fin el animal. Estaba tan asustada como fascinada.

—¿Es peligrosa? —murmuró.

—Hay otras mucho peores en Australia —le dijo Kane—. Pero es una de las más peligrosas.

—¿De las que más matan? —preguntó estupefacta.

—Así es.

—Dios mío…

Kane la miró a los ojos y acarició con ternura su mejilla.

—¿Estás bien?

—Sí, claro.

Kane apartó la mano y ella consiguió sonreír.

—Estoy bien, pero no sabes cuánto me alegro de que estuvieras aquí. Me habría muerto de miedo si hubiera estado aquí sola. Cuando ha aparecido la serpiente, estaba pensando en lo agradable que sería venir a este sitio a relajarme. Pero he cambiado de opinión.

—Estarás a salvo si traes uno de los perros.

—No, yo no podría hacerlo —le dijo ella—. ¿Cómo puedes soportar vivir en un sitio como éste, Kane? Hace calor, está alejado de todo, es peligroso…

No se le ocurría nada positivo sobre esa zona del país. No entendía tampoco por qué su hermano había tenido la necesidad de ir hasta allí.

Vio cómo se apagaba algo en sus ojos. Kane apretó los labios y apartó la vista.

—No puedo explicártelo. Supongo que es una de esas cosas que nunca entenderás —le dijo con frialdad—. Como comentó mi hermano, eres una flor exótica y nunca podrías vivir aquí. Es una suerte que no necesites quedarte mucho tiempo.

—Sí, es verdad… —repuso ella.

Volvieron en silencio hasta la casa. Había herido los sentimientos de Kane con sus comentarios y no se sentía contenta, sino triste y muy confusa.

Estaba a punto de atardecer cuando Kane volvió a la casa después de haber estado ayudando a Reid en el cobertizo. Entró por un lateral y fue a ducharse en el baño más alejado de la cocina. No sabía por qué estaba intentando evitar a Charity ni por qué se puso después unos pantalones de color caqui y una camisa. Normalmente se pasaba todo el día con pantalones vaqueros y una camiseta.

Cuando entró por fin en la cocina, fue un alivio ver que Reid también se había esforzado por estar algo más elegante esa noche. Su hermano sacó dos cervezas de la nevera y le ofreció una mientras señalaba con la cabeza el homo.

—Algo huele muy bien ahí dentro.

Estaba de acuerdo con su hermano mayor. Deliciosos aromas llenaban la cocina.

Olía a cebollas, especias y algo más que no pudo reconocer.

—¿Dónde está Charity? —preguntó mientras abría su botella.

—No lo sé.

—Estoy aquí, en el comedor —anunció ella desde la habitación contigua—.

Pasad. Todo está casi listo.

Los dos hermanos se miraron con sorpresa y después fueron hasta el comedor.

Reid se paró en seco nada más entrar y Kane estuvo a punto de chocarse con él.

El comedor parecía listo para una fiesta. La mesa estaba cubierta con uno de los mejores manteles que tenían. La vajilla era también la de las ocasiones especiales, igual que la cubertería de plata. Se fijó en las servilletas de encaje que Charity había colocado al lado de cada plato. También había puesto un florero en mitad de la mesa.

Charity no fue consciente de su sorpresa hasta que Kane habló.

—No sabíamos que el primer ministro fuera a honramos esta noche con su presencia.

Charity frunció el ceño.

—¿No estáis acostumbrados a cenar de manera tan formal? La verdad es que no sabía cómo hacerlo…

—Normalmente cenamos en la cocina —le explicó Reid—. A no ser que sea alguna celebración especial o tengamos invitados.

—Pues es una pena —repuso Charity algo entristecida—. Tenéis cosas tan bonitas… Me he lo pasado muy bien preparándolo todo con esmero, la verdad.

—No importa —le dijo Reid con una cálida sonrisa—. Será un placer cenar aquí para variar, ¿verdad, Kane?

—Todo un placer —repitió él.

Pero no le apetecía sonreír. No le gustaba la actitud de su hermano, desplegando todos sus encantos con Charity. Recordó lo preocupado que había estado ese mediodía con la frágil piel de la joven y la posibilidad de que se quemara.

—Por favor, sentaos, iré a por la cena —les pidió Charity con una sonrisa.

No se dieron cuenta hasta que estuvieron sentados a la mesa de que sólo había colocado dos servicios.

Charity entró entonces con un delicioso guiso y lo colocó entre los dos.

—¿Y tú, Charity? —le preguntó Kane—. ¿No cenas con nosotros?

—No, no.

—¿Por qué? ¿Acaso no te fías de tu propia comida? No estarás intentando envenenamos, ¿no?

—No es eso. Ya cenaré después en la cocina.

—De eso nada —insistió Kane.

—Pero es que soy una empleada…

—No digas tonterías. Esto no es Inglaterra. No permitiremos algo así.

—Pero Vic tampoco come con vosotros.

—Vic es distinto. Tiene su propia cabaña y le gusta hacer las cosas a su manera.

Además, siempre come con nosotros los domingos.

Charity no parecía muy convencida.

—Estás aquí para sustituir a nuestra hermana. Kane y yo insistimos, siéntate con nosotros, por favor —le dijo Reid mostrándose de nuevo encantador.

—De acuerdo, lo haré —concedió ella por fin.

Charity fue al aparador a por un plato y cubiertos para ella y Reid se levantó para separarle la silla. Después destapó la cacerola y suspiró.

—Huele fenomenal.

Kane no podía creer lo lisonjero que estaba siendo Reid.

—Espero que os guste —les dijo Charity.

Le pareció que estaba algo tensa.

—Seguro que sí —repuso Reid.

Charity sirvió la comida y Kane se dio cuenta de que estaba más interesado en observar sus movimientos que en la cena.

Tenía las manos más bonitas que había visto nunca. Eran delicadas, largas y con una piel lisa y blanca. Los dedos eran delgados y no llevaba las uñas pintadas. Todo lo hacía con feminidad y elegancia.

Sintió una ola de calor en su interior cuando se imaginó esas bellas manos sobre su torso…

—¿Cómo se llama este plato? —preguntó entonces Reid.

—Lentejas al curry.

—¿Son lentejas?

El nombre del plato devolvió a Kane a la realidad. Miró la comida a su alrededor. Estaban las lentejas, una ensalada y pan recién hecho.

—¿No hay carne? —le preguntó Kane.

—No.

—¿No? —repitió Reid tan defraudado como Kane.

—No cocino nada que tenga carne.

—¿Por qué no?

—Soy vegetariana —anunció Charity con una dulce sonrisa.

Kane se quedó boquiabierto.

—¿Qué?

—El año pasado, mi padre y yo dejamos de tomar carne durante la Cuaresma y no hemos vuelto a hacerlo desde entonces.

—¿Te has molestado tanto con la mesa y todo lo demás sólo para servirnos lentejas? —le preguntó Kane.

Miró entonces a Reid.

—Nosotros no pensamos renunciar a comer carne, ¿verdad, Reid?

Pero Reid no dijo nada.

—¿Por qué no me dijiste que eras vegetariana? —le preguntó a Charity.

—No me lo preguntaste.

—¡Pero no puedes pretender que no comamos carne sólo porque tú seas vegetariana!

—Cálmate, Kane —le pidió su hermano—. Charity, entiendes que nos dedicamos a la cría de ganado y que vivimos de su carne, ¿no?

—Sí —contestó ella sin perder la sonrisa.

—Y, que yo sepa, no es pecado comer carne —intervino Kane.

—Bueno, ya hablaremos de ello más tarde. No nos vamos a morir por comer lentejas una noche y nada más —dijo Reid.

Kane esperaba que sólo fuera una noche.

La verdad era que las lentejas estaban deliciosas, igual que el pan que había hecho esa tarde.

La miró a los ojos. Charity sonrió y le pareció ver un brillo distinto en sus ojos.

No se cansaba de mirarla y le dio la impresión de que ella estaba disfrutando con todo aquello. Era su manera de devolverle la jugada después de que él se hubiera pasado el día burlándose de ella.

Y, aunque no sabía por qué, le agradaba la idea de que Charity estuviera jugando con él.

Capítulo Cuatro

Había perdido a Tim.

Era la semana antes de Navidad y estaba en Londres, en la calle Oxford, llena de gente haciendo sus compras. Su madre estaba dentro de una tienda comprando queso para su padre. Ella era la encargada de cuidar de Tim, pero se distrajo mirando los escaparates y su hermano se escapó de su lado. Era el niño más travieso del mundo. La miró con una sonrisa burlona mientras salía corriendo entre la gente.

Lo buscó por todas partes, pero no fue capaz de dar con él.

Sabía que su madre iba a llevarse un gran disgusto cuando viera que lo había perdido.

No sabía qué hacer. No podía soportar la idea de ver el bello rostro de su madre distorsionado por el dolor…

El sonido de un teléfono despertó de repente a Charity. Le latía el corazón con fuerza. No le gustaba recibir llamadas tan temprano, creía que eran siempre malas noticias y pensó de nuevo en su hermano.

Abrió los ojos y vio que ya entraba por la ventana la luz del amanecer. Recordó entonces dónde estaba.

Oyó las rápidas pisadas de alguien en el pasillo.

Reid contestó el teléfono poco después. No entendió sus palabras. Fue una conversación breve y oyó de nuevo apresurados pasos por la casa. Se quedó donde estaba sin saber qué hacer. Estaba preocupada.

Escuchó entonces las voces de los dos hermanos en otra parte de la casa. Debían de estar hablando de la llamada que acababan de recibir. No sabía si debía levantarse y empezar a preparar el desayuno.

Kane le había dicho que no necesitaba levantarse antes de las seis y para eso quedaba casi una hora, así que decidió quedarse en la cama.

Hacía calor a pesar de la hora que era. No había necesitado más que una sábana en toda la noche. Miró a su alrededor. Sobre la cómoda había un portafotos con la imagen de una joven abrazada a

un perro. Se parecía a Kane y se imaginó que debía de ser Annie. Parecía simpática.

Sentía curiosidad por saber qué estaría haciendo en la ciudad; quizás tuviera allí un novio.

No le extrañaba que quisiera salir de allí. Parecía una joven vital a la que debía de gustarle mucho pasárselo bien y estar en compañía de amigos. No debía de ser fácil llevar ese tipo de vida en Southern Cross.

Interrumpió sus pensamientos el canto de un pájaro que parecía estar en su ventana. Se levantó y abrió las cortinas. Había un pájaro negro sobre la barandilla del porche. Era muy bonito.

Oyó entonces más pasos dentro de la casa, alguien dio un portazo y escuchó poco después el sonido de un motor. Vio por la ventana cómo se alejaba una furgoneta de la casa. No pudo ver quién la conducía, pero esperaba que no fuera Kane. Aunque no sabía por qué, le desagradaba la idea de que se fuera de la casa sin decírselo. Creía que lo razonable era que quisiera lo contrario para poder así hablar en privado con Reid e intentar sacarle algo de información sobre su hermano.

Estaba claro que Reid era todo un caballero, no como Kane.

Sabía que no iba a poder seguir durmiendo, pero intentó al menos relajarse hasta que fuera la hora de levantarse. Pero sólo podía pensar en Kane.

No creía que le gustara especialmente. No era el tipo de mujer que pudiera enamorarse tan rápidamente ni solía conquistarla el físico de un hombre. Por muy atractivo que fuera éste.

Sabía que sólo podría amar a un hombre que fuera digno de admiración, alguien completamente sincero y de confianza. Por eso pensaba que no podría querer a alguien como Kane McKinnon. Nunca.

—¿No me digas que estás preparando panceta para desayunar? ¡Y huevos!

—¡Ah! ¡Eres tú! —exclamó Charity mientras se giraba para ver quién había entrado en la cocina.

—¿A quién esperabas? —le preguntó Kane con los ojos muy abiertos.

—Oí una furgoneta antes y pensé que a lo mejor te habías ido.

—No, fue Reid el que se fue. Nos llamó Mick Rogers esta mañana, el encargado de nuestras tierras en Hughenden. Su esposa tuvo un niño anoche —le comentó Kane sin demasiada alegría.

—¿Ha ido todo bien?

—Eso esperamos, pero el bebé es prematuro y lo han llevado junto con la madre al hospital de Townsville. Mick quería ir con ellos.

—Es comprensible.

Kane asintió con la cabeza.

—Así que Reid se ha ido para encargarse de todo en esas tierras.

—¿Ya se ha ido para allá? —preguntó con preocupación.

—Sí. Tenemos allí reses muy jóvenes y Reid quería asegurarse de que están bien.

—¿Cuánto tiempo va a pasar allí?

Kane la miró con los ojos entrecerrados.

—No se sabe. Depende de cómo esté el niño.

—Qué pena que se haya ido, no he tenido la ocasión de hablar con él.

Le dio la impresión de que Kane parecía estar muy tenso.

—¿De qué querías hablar con él?

—De Tim, por supuesto.

—Reid no podría haberte dicho nada más de lo que ya te he dicho yo.

«Tú no me has dicho nada», pensó ella intentando no perder la paciencia.

—Se ha ido sin desayunar —dijo ella para cambiar de tema.

—Sobrevivirá. Se parará para comer algo en el restaurante de Charter Towers —le dijo Kane mientras se acercaba para ver qué estaba preparando—. Veo que has conseguido hacer un desayuno no vegetariano.

—No ha sido fácil, pero lo he logrado —repuso ella.

—Te estoy muy agradecido, catequista —le dijo con una sonrisa mientras ella le servía una buena ración de huevos con panceta.

Kane se sentó a la mesa con su plato y comenzó a comer.

—¿Qué planes tienes para hoy? —le preguntó ella.

—Reid me ha pedido que me encargue de un problema que tenemos en una zona del rancho. Parece que algunas cabezas han conseguido salirse del vallado y entrar en el bosque. Debe de haberse roto alguna sección del alambrado.

—¿Estarás todo el día fuera?

Esperaba que Kane no hubiera notado cuánto le desagradaba la idea de quedarse sola.

—Creo que sí —repuso mirándola un momento—. No te importa estar sola, ¿no? Vic estará por aquí y también los perros. Son buenos guardianes.

—No pasa nada, estaré bien —aseguró ella.

Pero estaba mintiendo. Iba a estar en medio de la nada con la única protección de un anciano y unos perros. Le tembló un poco la mano mientras servía dos tazas de té.

—¿Seguro que estarás bien, Chaz? —preguntó Kane con el ceño fruncido.

—Por supuesto.

Decidió que aprovecharía la ocasión. Sin los hermanos McKinnon cerca, podría aprovechar para ver si el viejo Vic sabía algo de Tim.

—En caso de emergencia, marca tres ceros en el teléfono.

—Seguro que no pasa nada.

—Lo sé, pero no está de más saber qué hacer si ocurre algo —le dijo Kane—. No estás comiendo nada —añadió al ver que su plato estaba vacío.

—Es que aún tengo que prepararte el almuerzo. ¿Qué te apetece? ¿Bocadillos o algo así?

—No hay prisa. Desayuna tranquilamente o caerás desmayada.

Charity se preparó una tostada y se la tomó con mermelada. Estuvieron algunos minutos en silencio, comiendo y bebiendo té.

—Hagas lo que hagas, no hables con extraños mientras esté fuera —le dijo Kane de repente.

—¡Dios mío, Kane! ¿Estás intentando asustarme?

—No, claro que no —le aseguró él.

Pero le pareció que se había quedado demasiado serio mientras la observaba.

Había pasado de temer estar sola a asustarse al pensar que tendría que enfrentarse a algún forastero.

—¿Quién podría pasar por aquí? Estamos completamente aislados…

—Casi todo el mundo nos llama antes de venir a visitamos. Así que, si alguien se acerca sin avisar, deja que sea Vic el que trate con esas personas.

—Muy bien —prometió ella con poca convicción.

—Sé sensata y ya está.

—No te preocupes —repuso ella con una valiente sonrisa—. Soy muy sensata.

Llevo toda mi vida siendo sensata, eso es lo que la gente espera de mí.

—Una sensata y responsable catequista…

—Así es.

Pensó que Kane le dedicaría otra de sus sonrisas burlonas, pero

se limitó a mirarla con gran intensidad. Le dio la impresión de que quería preguntarle algo más, pero sacudió la cabeza, bajó la vista y no dijo nada.

—Bueno, será mejor que me ponga ya en marcha —anunció Kane levantándose.

—Te llamaré antes de que te vayas para darte los bocadillos y un termo con té.

—Gracias, Chaz —repuso él con una sonrisa—. Voy a hablar con Vic y te veo en un cuarto de hora.

Cuando Kane se fue en su moto, desapareciendo entre una nube de polvo, Charity sintió una ola de puro pánico.

Estaba sola.

Corrió a la puerta trasera, encontró a *Lavender* y se agachó a su lado. Necesitaba abrazar a alguien.

—Pobrecita mía, sé muy bien cómo te sientes. Nos han abandonado a las dos, ¿verdad? —susurró mientras le acariciaba las orejas—. A nuestro perro, *Bamabus*, le encanta que le frote así. Te caería muy bien, es un perro muy guapo…

Lavender la besó en la mejilla con su nariz fría y húmeda.

—Estamos en el mismo barco, *Lavender*. Tú esperas que vuelva Annie y yo espero tener noticias de Tim.

Roo se acercó entonces a ellas. Agitaba la cola y las miraba con atención.

—¿Estás celoso? —le preguntó mientras acariciaba también al perro de Kane.

Roo le lamió la cara. A pesar de la compañía de esos dos animales se sentía sola y demasiado lejos de su hogar.

Pero no podía dejarse llevar por esos sentimientos. Sabía que estaba a salvo y que tenía también la compañía del jardinero. Además, en caso de que ocurriera algo, siempre podía llamar al servicio de emergencias. Y Kane volvería esa noche.

Decidió concentrarse en lo que tenía que hacer, intentar averiguar lo que sabía Vic.

—¿El joven Tim? Sí, lo conocí. Era un chaval muy agradable.

Sentado en un cómodo sillón en el porche de la casa, Vic sonrió mientras tomaba otro de los pastelitos que Charity había preparado.

El jardinero se había quedado perplejo cuando lo invitó a tomar el té con ella.

—No suelo hacer descansos a media mañana —le había dicho el hombre.

Pero a ella le había bastado con decirle que había pastelitos de mermelada para convencerlo.

—Hacía años que no comía estas delicias —comentó Vic mientras mojaba otro más en su té.

—Tome tantos como desee —insistió ella mientras le acercaba la bandeja—.

Cuénteme más cosas de Tim, ¿le pareció que estaba contento?

—Sí, se lo estaba pasando fenomenal en el rancho, hija. Se adaptó a este sitio como si hubiera nacido aquí y trabajaba muy duro, de sol a sol.

—Pues sí que ha cambiado. En casa siempre se escaqueaba para no tener que hacer sus tareas.

—La vida de un vaquero no se parece a ninguna otra —le dijo Vic sin dejar de sonreír—. Se trabaja en condiciones muy primitivas y de manera muy dura, pero también hay tiempo para la diversión. Y no hay nada como dormir bajo las estrellas.

—Supongo que no —repuso ella.

Se imaginó que todo aquello habría sido una gran aventura para su hermano pequeño.

—¿No le dijo a dónde iba cuando se fue de aquí?

Vic abrió la boca como si fuera a decirle algo, pero cambió de opinión.

—No se calle, por favor —le pidió—. Estoy muy preocupada. Si se le ocurre algo que pueda darme una pista… No tiene sentido que se fuera de aquí sin contarle a nadie qué iba a hacer.

—¿Está segura de que su hermano ha desaparecido? —le preguntó Vic.

—Sí, hace más de un mes que no sabemos nada de él.

El jardinero murmuró algo entre dientes y sacudió la cabeza.

Charity dejó la taza en la mesa y se acercó más al viejo.

—¿De qué se trata, Vic?

El jardinero parecía incómodo, como si estuviera intentando controlarse, como si supiera algo que no podía o debía decirle.

—¿Qué le ha contando Kane? —preguntó por fin el hombre.

Suspiró desesperada. Si admitía que no le había dicho nada, el jardinero se limitaría a hacer lo mismo.

—Me dijo que Tim estuvo trabajando en uno de los grupos de arreadores de ganado y que debía intentar hablar con alguien que hubiera sido amigo suyo en ese grupo para ver si podía obtener más información.

No era exactamente la verdad, pero le pareció que tampoco estaba mintiendo del todo.

—¿Y ha conocido ya a alguien de ese grupo de arreadores?

—No, aún no —repuso ella sin querer darle mayor importancia —. ¿Qué me puede contar usted, Vic? He venido desde muy lejos para encontrar a mi hermano.

—Desde Inglaterra ni más ni menos —añadió él.

—Sí. Le prometí a mi padre antes de irme que lo encontraría.

—Bueno…

Se acercó un poco más al jardinero.

—Lo que puedo decirle es que Tim está bien.

—¿Y qué más?

Vic se quedó callado y tomó otro pastelito.

Le había dicho lo mismo que Kane, que su hermano estaba bien. No entendía qué querían decir con eso. Estaba hartándose del secretismo de esos hombres.

—¿Cómo puede saber que está bien?

El anciano no le respondió, se limitó a ponerse en pie.

—No puedo estar demasiado tiempo sentado, es malo para mis articulaciones.

—Pero Vic, hábleme de Tim. ¿Por qué no puede contarme lo que sabe?

—Si Kane quisiera que lo supiera… —empezó a decir, pero se detuvo abruptamente antes de terminar la frase.

—¿Quiere decirme que Kane sabe más de lo que dice?

—Debería confiar en él. Perdone, señorita, pero tengo que irme. Siento no poder ayudarla. Y gracias por el té.

Lo había asustado. El jardinero tenía tanta prisa por salir de allí que se había dejado un pastelito a medias.

Cada vez estaba más preocupada. Si Tim estaba bien, no entendía a qué venía tanto misterio y nadie le decía dónde estaba.

Recogió las tazas y platos y lo llevó todo a la cocina. Después fue a la habitación donde hacía la colada. Había mucha ropa sucia. No pudo dejar de pensar en lo que tanto le preocupaba. Se preguntó si su hermano estaría haciendo algo ilegal o amoral, algo que no quería que su familia llegara a saber.

Pensó en Marsha. Quizás estuviera teniendo una aventura amorosa, pero le parecía demasiado joven para algo así.

Cuando terminó de colgar la ropa en las cuerdas, el calor era ya abrasador. Era una suerte poder contar con el sombrero de Annie y sus camisas de manga larga. Así su piel estaba protegida, pero estaba empapada en sudor.

No quería ni imaginar cómo sería pasarse todo el día trabajando al aire libre en condiciones como aquéllas, montando a caballo, luchando con el ganado y tragando polvo.

Después de comer, fregó las pocas cosas que había usado mientras miraba absorta por la ventana.

Sólo llevaba allí un día, pero ya empezaba a acostumbrarse a ese extenso y duro paisaje. Se imaginó que con el tiempo iría descubriendo cosas sobre ese lugar que de momento se le pasaban por alto. Estaba tan absorta que tardó en registrar el rugido que sonaba en la distancia.

Se dio cuenta de que tenía que ser la moto de Kane y una ola de calor recorrió su cuerpo. Apareció poco después en una nube de polvo, atravesó la pradera y fue a pararse cerca de la simple estructura de metal que usaban como molino.

Vio a *Roo* acercándose a saludar a su amo mientras éste se bajaba de la motocicleta. Kane acarició con afecto a su perro, se quitó las botas y tiró de una palanca del molino. Comenzó a caer un chorro de agua y se quedó hipnotizada mirando la escena.

Las gotas de agua relucían bajo el sol y se imaginó lo placentero que debía de ser poder mojarse la cabeza después de haber pasado casi todo el día trabajando en el campo.

La fina tela de la camisa tardó poco en empaparse y se adhirió a su torso dibujando cada músculo, cada contorno. Después Kane echó la cabeza hacia atrás para dejar que el agua le refrescase la cara.

Recordó cómo se había sentido el día anterior al ver a Kane sin camisa, pero la visión no había sido tan excitante entonces como verlo en esos instantes con una camisa mojada. Su torso era perfecto, igual que el resto de su cuerpo, y no pudo evitar pensar en las esculturas griegas que había visto en el Museo Británico de Londres. Kane no tenía nada que envidiarles.

Y la visión que contemplaba no hizo sino mejorar cuando Kane se quitó la camisa y comenzó a lavarla bajo el chorro de agua. No podía dejar de admirar cómo se flexionaban los músculos de sus brazos y de su abdomen. No había visto nada así en su vida y era una suerte que estuviera sola y pudiera observarlo con total libertad.

Algunos minutos después, Kane cerró el grifo y fue hacia la casa. Cuando llegó al porche trasero y extendió su camisa en la barandilla, ella seguía mirando por la ventana de la cocina.

—Hola, Chaz —la saludó Kane—. ¿Podría tomar algo fresco?

Angustiada, temió que la hubiera visto observándolo. No pudo

evitar sonrojarse y se dio media vuelta.

—¿Quieres agua o prefieres una cerveza? —le preguntó ella desde la nevera.

—Me vale con agua, gracias —repuso Kane con una gran sonrisa.

Salió poco después al porche con una bandeja en la que llevaba un vaso y una jarra con agua helada y rodajas de limón. Lo dejó todo al lado de Kane, que se había sentado en un peldaño, y se apartó deprisa. Apretaba a la espalda el pulgar y uno de sus dedos para parar la sangre. Se había cortado con el cuchillo mientras preparaba demasiado deprisa las rodajas de limón.

Kane bebió directamente de la jarra. Charity observó cómo se movía su nuez al tragar y cada vez se encontraba más sofocada.

No quería comparar a Kane McKinnon con los pretendientes pálidos y formales con los que había salido. No tenían nada que ver y se sentía muy mal al fijarse sólo en el físico. Nunca se había creído una mujer superficial, sino todo lo contrario.

Creía que lo más importante era el corazón de un hombre, sus valores y su honestidad. Sabía que los músculos no aportaban nada, pero no podía dejar de mirar a Kane McKinnon.

—¿Quieres que te traiga una toalla? —le sugirió.

—No, gracias. Con esta brisa tan cálida, me secaré en un momento.

—Sí, hace mucho calor hoy.

—Sí… —murmuró Kane cerrando los ojos.

Vio cómo respiraba profundamente. No tenía voluntad para dejar de mirarlo, pero se sentía incómoda estando allí con él. Se fijó en sus largas pestañas, en sus jugosos labios…

—¿Qué tal esta mañana, Chaz? —le preguntó Kane de pronto.

—Bien… —repuso ella con nerviosismo—. ¿Y tú? ¿Pudiste terminar tu trabajo?

—Sí, encontré el hueco en la valla y pude repararla con facilidad.

—¡Qué bien! —comentó ella—. Yo invité a Vic para que tomara conmigo el té esta mañana.

—Estaría encantado.

—Sí, le encantaron mis pastelitos de mermelada.

—¿Has hecho pastelitos de mermelada? —preguntó Kane con el interés de un niño goloso—. ¿Queda alguno?

—Sí, ¿te apetece?

—Eso no tienes ni que preguntarlo.

Corrió a la cocina y volvió con un plato lleno.

—Están deliciosos —murmuró él después de probar el primero —. No te quedes ahí parada como si fueras una criada, por favor.

Era demasiado tímida para sentarse a su lado en el escalón, así que se quedó donde estaba, apoyada en la barandilla.

—Estoy bien aquí.

Kane se comió dos pastelitos y fue a por otro más.

—A Annie no le va a gustar nada que nos mimes demasiado —comentó Kane.

—¿Os ayuda con el ganado o se encarga sólo de la casa?

—Cuando era más joven le gustaba salir con nosotros al campo, pero ha ido perdiendo interés. Ahora lo que más le gusta es leer. Está suscrita a un montón de revistas y grupos de lectura. Siempre está conectada a Internet.

—No quiero ser curiosa, pero, ¿por qué ha ido a la ciudad?

—La verdad es que no lo sé. Supongo que sintió la necesidad de salir de aquí unos días y aprovechar para pasar tiempo con sus amigas, ir de compras y al cine.

Casi todas sus compañeras de clase viven ahora en Brisbane.

—¿No te interesa saber a ciencia cierta por qué se ha ido?

—La verdad es que no. Ya no es ninguna adolescente. Supongo que la llamaré esta tarde para hablar con ella —le dijo Kane sin parar de comer pastelitos—. Están buenísimos. Eres muy buena cocinera, Chaz.

Decidió que, si Kane no pensaba ser honesto y decirle la verdad, ella sí iba a serlo.

—Tengo que reconocer que hice los pasteles con un objetivo en mente. Los preparé para Vic, quería invitarlo a tomar el té conmigo y poder así preguntarle por mi hermano.

Vio cómo se oscurecía la mirada de ese hombre. Después apartó la vista.

—Ya te he dicho que no debes preocuparte por tu hermano.

—Eso es imposible —repuso ella con impaciencia.

Kane se puso en pie y recogió su camisa.

—Será mejor que lleve esto a la cesta de la colada —le dijo.

Una vez más, volvía a chocar contra el mismo secretismo. Cada vez estaba más preocupada. Esa gente estaba ocultándole algo, no podía ser de otra forma.

—Kane, ¿a qué os referís Vio y tú cuando me decís que Tim está bien? ¿Por qué no podéis decirme cómo estáis tan seguros de que está bien?

—No me fastidies ahora con eso, por favor —murmuró Kane.

—¿Por qué no ahora? No pareces muy ocupado en este

momento.

—Déjalo ya, Charity —repuso él con tono más enfadado.

—¿Cómo quieres que confíe en ti si no me dices nada?

—Si no puedes confiar en mí, no puedo hacer nada.

—Entonces, ¿te niegas a hablarme de mi hermano?

—No tengo nada más que decir.

Hasta la noche, Kane siguió igual de frío con Charity. No hubo bromas ni sonrisas. Ni siquiera pareció agradarle especialmente que ella le preparara carne para cenar. Le dio las gracias con educación, pero manteniendo las distancias. En cuanto terminó de comer, se metió en su despacho para trabajar.

Ella aprovechó para llamar a su padre y le costó controlar las ganas de echarse a llorar cuando escuchó de nuevo su querida y añorada voz. Intentó ser positiva y darle la impresión de que todo iba de maravilla. Le dijo que estaba pasándoselo bien, que tenía algunas pistas sobre el paradero de Tim y que todos le aseguraban que su hermano estaba bien.

Su padre lo creyó y no le hizo ninguna pregunta que no pudiera contestar.

Cuando colgó el teléfono, eligió una de las novelas que encontró en una estantería del salón y se la llevó a la cama. Pero no podía concentrarse en la lectura, sólo podía pensar en Kane y en cómo la hacía sentir.

Se quedó dormida poco después y volvió a tener una pesadilla…

—Estoy en casa, mamá.

Charity abrió la puerta trasera y entró corriendo en la casa parroquial. Dejó tirada la mochila en el suelo de la cocina. Por fin era viernes y tenía todo un fin de semana por delante. Olía fenomenal y vio que había en la mesa una tarta de moras recién hecha.

—¡Mamá! —llamó de nuevo en voz alta—. Mamá, ¿dónde estás?

Todo estaba en silencio.

Entró en el salón y vio entonces a su madre…

—¡Dios mío! —exclamó.

Su madre estaba tirada en el suelo del salón. Tenía los labios muy pálidos y entreabiertos.

—¡No! ¡No! ¡No! ¡Mamá!

Llorando y gritando fuera de sí, corrió al teléfono y llamó a una

ambulancia.

Esperó horrorizada a que llegara la ambulancia. Entraron enfermeros con una camilla.

—¿Has intentado reanimarla? —le preguntó un hombre.

—No —repuso llorando—. No sabía cómo hacerlo…

Lamentó entonces no haber participado en un curso de primeros auxilios que habían dado en el colegio.

El hombre frunció el ceño e ignoró sus lágrimas mientras ayudaba al resto de los enfermeros a sacar de allí a su madre.

Fue al día siguiente cuando Charity vio al forastero.

Kane se había vuelto a ir. Le había dicho durante el desayuno que estaría fuera casi todo el día. Esa vez no le dio ninguna explicación sobre lo que tenía que hacer y a ella le dio la impresión de que su prioridad era no tener que estar con ella ni soportar sus preguntas.

Estaba a media mañana limpiando el salón, pasando el polvo a los muebles y recogiendo, cuando vio por la ventana a un hombre con un sombrero negro. Cruzaba el césped hacia la parte trasera de la casa.

Las advertencias de Kane habían conseguido atemorizarla y llevaba algo nerviosa toda la mañana, desde que se despertara sobresaltada por culpa de otra pesadilla.

No sabía cómo había llegado hasta allí el forastero. No había visto ni oído ningún motor de coche y le dio la impresión de que no se traía nada bueno entre manos.

Se quedó inmóvil. No se atrevía siquiera a respirar. No sabía qué podría hacer si al hombre se le ocurría entrar en la casa.

Oyó a *Lavender* ladrando, pero alguien le habló con dulzura y consiguió tranquilizar al perro. Se dio cuenta de que quizás lo conociera. Alguien llamó a la puerta trasera y se quedó paralizada. No pensaba ir a atenderlo. Pensó que, si quería hablar con ella, tendría que ir en busca de Vic.

Estaba aterrada. Se quedó muy quieta, esperando oír cómo se alejaba, pero no oyó nada.

Algunos minutos después, se abrió la puerta trasera y oyó pasos dentro de la casa. Tenía que esconderse. Se quitó deprisa las botas y, cuando oyó al intruso en la cocina, corrió en calcetines por el pasillo para esconderse en la primera habitación que encontró, la de Annie.

Sin pensárselo dos veces, abrió el armario de la joven y se metió

entre sus vestidos de fiesta, muerta de miedo.

Intentó no dejarse llevar por el pánico, pero le dio la impresión de que cualquiera podría haber escuchado su respiración y los latidos de su corazón.

Oyó los pasos por toda la casa, de habitación en habitación.

No sabía quién sería ese hombre ni cómo había supuesto Kane que podría pasar algo así.

Temió que tuviera algo que ver con la desaparición de su hermano.

Se quedó helada cuando sintió que entraba en ese dormitorio. El tul de uno de los vestidos le estaba haciendo cosquillas en la nariz y temió estornudar. Giró la cabeza un poco para evitarlo, pero el movimiento hizo que una de las perchas golpeara la puerta del armario.

Rezó para que no lo hubiera oído. El hombre pasó mucho tiempo en la habitación. Lo oyó abriendo y cerrando cajones del escritorio y mirando papeles.

Se le hizo eterno el tiempo que pasó hasta que salió del cuarto y mucho más aún cuando lo oyó por fin fuera de la casa.

Esperó una media hora más antes de salir del armario y fue directamente a la cabaña del jardinero.

—¡Vic! ¿Dónde estás? ¡Vic!

Se asustó mucho al no encontrar al hombre. Pero *Roo* llegó entonces a su lado ladrando muy nervioso.

—¿Dónde estabas tú cuando te necesitaba? Menudo perro guardián…

El perro seguía muy inquieto. Se alejó un poco de ella, se detuvo y la miró.

—¿Quieres que te siga? ¿Qué pasa?

El animal salió corriendo hacia el molino. Charity fue tras él.

Encontró a Vic en el suelo, apoyado en uno de los postes de la estructura metálica. Estaba pálido y tenía el brazo retorcido de manera poco natural. Debía de habérselo roto.

Estaba aterrada. Había temido ese momento durante doce años, el tener que enfrentarse a otra emergencia médica. El médico de la familia le había asegurado que no podía haber hecho nada aquel día por salvar a su madre, pero ella seguía sintiéndose culpable.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Charity a Vic intentando mostrarse calmada.

—No lo sé, hija. Estaba subido a la torre para ver qué estaba bloqueando la bomba de agua cuando algo cedió y me caí.

—¿Le duele algo más o sólo el brazo?

—Tengo algunos golpes y moretones, pero el brazo se ha llevado lo peor. Creo que está roto.

—Eso creo yo también. Quédese aquí, voy a llamar a una ambulancia.

—No, no los llame.

—¿Por qué?

—Porque sólo es un brazo roto, no es tan urgente. No estaría bien que tuviera que venir hasta aquí una ambulancia sólo para esto.

Había tomado muchos cursos de primeros auxilios durante los últimos años y sabía muy bien qué hacer, pero no deseaba tener que hacerlo.

—Puedo entablillarle el brazo y hacer que se encuentre mejor, pero tiene que ir a un hospital.

—Sí, tendré que ir a Mirrabrook.

Se quedó pensativa. Los dos simulaban más seguridad y calma de la que sentían, pero no sabía cuánto tardaría Kane en volver.

—No se preocupe, Vic. Lo llevaré al médico.

—¿Sabe conducir un todoterreno?

—No —admitió ella—. Pero, si me ayuda, podré hacerlo.

No quería ni pensar en lo que la esperaba. Iba a ser el trayecto más duro de su vida, pero no había otra opción. Debía hacerlo.

—Voy a llevarlo a un sitio con sombra. Después le prepararé un buen té y le entablillaré el brazo, ¿de acuerdo?

—Gracias, hija. Eres un ángel.

Capítulo Cinco

Kane sintió que ya había vivido aquello. Llegó a casa y se encontró una nota en la mesa de la cocina, en el mismo sitio donde había dejado Annie la suya unos días antes. Se preguntó si Charity habría decidido irse también.

Angustiado, tomó la nota y la leyó deprisa.

—¡Maldita sea! —murmuró mientras iba corriendo al teléfono.

Dio su nombre en cuanto alguien descolgó el teléfono al otro lado de la línea.

—Creo que mi ama de llaves va de camino con Vic Mattocks. Parece que el hombre ha tenido un accidente.

—Hola, Kane —saludó Marión al reconocerlo.

Era la enfermera y la recepcionista de la clínica de Mirrabrook.

—¿Podrías llamarme cuando lleguen, por favor?

—Vic ya está aquí. Llegaron hace un rato.

Suspiró aliviado al ver que Charity había podido llegar a salvo hasta el pueblo a pesar de lo duro que era el camino.

—¿Cómo está Vic? —preguntó algo más tranquilo.

—Ya está bien. El doctor Gifford le ha recolocado el brazo, pero va a tener que pasar la noche en observación.

—Me parece buena idea. ¿Y la señorita Denham?

—¿Te refieres a Charity? ¿La joven inglesa?

—Sí. ¿Podría hablar con ella?

Quería decirle que se quedara allí esa noche. Tenía que evitar que intentase volver. Se imaginó que Charity no sabía lo pronto que se hacía de noche en los trópicos. No iba a poder llegar a Southern Cross antes de que anocheciera y era demasiado peligroso.

—Creo que ya se ha ido —le dijo Manon.

—¡Maldita sea! —repitió él.

No sólo era peligroso conducir por carreteras que no conocía, sino que podría chocarse con algún canguro o con alguna res que se hubiera despistado del rebaño.

—¿Podrías asegurarte de que no sigue allí aún? Si no se ha ido, dile que se quede a pasar la noche en el pueblo, por favor.

—Espera un segundo, Kane. Voy a ver si la encuentro.

—Gracias.

Esperó con impaciencia el regreso de la enfermera. Ni siquiera

podía respirar con normalidad.

—Kane, ¿sigues ahí?

—Sí —repuso él.

—Me temo que no la encuentro. Ya ha salido para el rancho. Le dijo a Vic que quería llegar antes de que anocheciera.

—¿Cuándo salió?

—Hace unos diez minutos.

—¡Vic debe de estar algo confuso con todo lo que ha pasado, debería haberle advertido que es imposible llegar al rancho antes de que se haga de noche! — exclamó fuera de sí—. Perdona, Marion. Espero no haberte roto el tímpano.

—Me recuperaré —repuso la enfermera.

—Es que me desespera pensar en lo que estará pasando Charity. Acaba de llegar a Australia y esa carretera es muy peligrosa, sobre todo de noche.

—Parece una mujer muy sensata, Kane. Al médico le llamó la atención lo bien que le había entablillado el brazo a Vic. Seguro que conduce con cuidado.

—Sí, pero no sabe nada de esta región, Marión.

Le pareció que la enfermera se reía.

—¿Qué es lo que te parece tan gracioso?

—Perdona, Kane. Es que estaba pensando que ya era hora…

—¿De qué? —preguntó con confusión.

—Charity es una mujer muy bella, ¿verdad?

—¿Qué tiene eso que ver con nada?

—Creo que mucho, Kane —repuso Marión entre risas—. Llama por la mañana y te diremos cómo va Vic y cuándo puede volver a casa.

—Sí, de acuerdo —murmuró él de mala gana.

—Deja de preocuparte por todo, Kane. Buenas noches.

—Buenas noches.

Colgó con furia y salió corriendo de la casa. Miró a su alrededor, intentando ver un vehículo a lo lejos, pero sabía que sería imposible que estuviera ya a la vista.

Charity acababa de salir de Mirrabrook.

Estaba muy preocupado. Charity tendría que conducir entre sombras, con baches y raíces por todas partes y con el peligro de los canguros que se cruzaban en el camino.

Podía quedarse atrapada en la arena, dar un giro en el lugar equivocado, el todoterreno podía sufrir una avería… Eran mil los peligros que la acechaban.

Se la imaginó tiraba inconsciente en la carretera y lo atenazó el

pánico. Nunca se había sentido así. Tenía un nudo en el estómago y le costaba mucho respirar.

No sabía qué le pasaba, pero tenía muy claro que no podía quedarse allí sin hacer nada. Fue a la parte trasera de la casa. Reid se había llevado un todoterreno y Charity el otro. Sólo quedaba la motocicleta.

Charity estaba muy cansada, demasiado como para concentrarse en lo que estaba siendo el viaje en coche más aterrador de su vida. Se había tomado un café y un bocadillo mientras el médico atendía a Vic. Eso le había dado energía al principio, pero los efectos de la cafeína comenzaban a desvanecerse y sentía ya las consecuencias de toda la tensión acumulada durante el día.

Le faltaba más de la mitad del camino por delante y empezó a dudar que pudiera conseguirlo.

Ya había sido difícil llegar a Mirrabrook con Vic, porque la carretera era completamente impredecible y llena de obstáculos. Había estado en tensión desde que salió del pueblo.

Le preocupaba ver lo bajo que estaba ya el sol. Le daba directamente en los ojos y le dificultaba mucho la visión.

Calculó que aún le quedaba una hora para llegar a Southern Cross y se dio cuenta de que, para entonces, ya sería de noche. No había ningún tipo de iluminación ni señales que indicaran el camino, sólo arbustos y curvas.

Pensó en Kane y en dónde estaría. Le había dejado una nota, pero no le había querido hablar en ella del intruso que había visitado esa mañana el rancho. No había querido que viera lo asustada que estaba. La lesión de Vic la había entretenido, pero durante ese viaje estaba teniendo mucho tiempo para pensar en ese hombre y lo inquietante que era que Vic se hubiera hecho daño esa misma mañana.

Su sexto sentido le decía que ese individuo tenía algo que ver con la desaparición de Tim.

«Concéntrate en la carretera, no pienses ahora en eso», se repetía de vez en cuando.

Una sombra apareció de repente en la carretera. Gritó y frenó al mismo tiempo.

El todoterreno se detuvo con un chirrido y vio entonces un canguro gris pasando frente a ella. Había estado a punto de atropellarlo.

El animal no parecía haber sufrido daños y se alejó dando saltos,

pero ella estaba hecha un manojo de nervios. No podía dejar de temblar.

Intentó reunir el valor necesario para encender de nuevo el motor y proseguir su marcha. Fue entonces cuando vio una luz a lo lejos. La luz subía y bajaba, pero iba hacia a ella. Se preguntó si sería el faro de un coche o una antorcha. No sabía si sería alguien de fiar o todo lo contrarío.

Oyó poco después el ruido de una moto y rezó para que fuera Kane.

Estaba anocheciendo tan deprisa que no reconoció al conductor hasta que la moto se detuvo a su lado. Cuando vio que era Kane, se echó a llorar. Abrió la puerta y estuvo a punto de caerse cuando intentó salir del coche. Por suerte, él la tomó entre sus brazos antes de que perdiera el equilibrio.

Se sintió segura de inmediato. Una mezcla de alivio y felicidad. Se sentía tan agradecida que tuvo que controlarse para no gritar de alegría.

—¿Estás bien, Chaz? —le preguntó Kane con la voz algo ronca.

—Sí —repuso ella sin abrir los ojos y apoyando la cabeza en su fuerte torso.

—Gracias a Dios… —susurró él.

Sintió cómo Kane le acariciaba la cabeza. No quería que dejara de abrazarla y deseó más que nunca que la besara. Sabía que sería increíble estar entre esos brazos y sentir sus besos…

Conmocionada por esos pensamientos tan impropios de ella, intentó recobrar la compostura. No podía haber nada entre ellos, no podía tener nada con un hombre en el que no confiaba.

Además, sabía que Kane no tenía intención de besarla, sólo quería asegurarse de que estaba bien. Todo su cuerpo se tensó y sintió que Kane la soltaba.

La vuelta a la realidad no podía haber sido más dura para ella. Estaban los dos solos en medio de la nada, era casi de noche y no podía ver nada a su alrededor.

—He estado a punto de atropellar a un canguro —le dijo entonces.

—Es muy difícil verlos a estas horas —repuso él mientras le colocaba un mechón tras la oreja—. Gracias por cuidar tan bien de Vic.

—Pude llevarlo hasta el pueblo, pero…

—Lo has hecho fenomenal, Chaz. Fenomenal —la interrumpió Kane.

Tomó su cara entre las manos y le dio un rápido y fraternal beso

en la frente.

—Pareces agotada. No te preocupes, yo conduciré.

—¿Y la moto?

—La puedo meter en el maletero.

Observó atónita la rapidez con la que Kane preparó el maletero del todoterreno, la rampa metálica y subió después la moto. Ella se sentó en el asiento del copiloto.

Era casi de noche y ya habían salido algunas estrellas.

Kane puso el coche en marcha y enseguida retomaron el camino.

—Muchas gracias por venir a buscarme —le dijo ella.

Kane murmuró algo incomprensible.

—¿Cómo se rompió Vic el brazo? —le preguntó después—. ¿Se cayó de algún sitio?

—Sí, creo que estaba intentando arreglar el surtidor de agua del molino.

—¡Qué raro! Ayer estuvo funcionando perfectamente.

Suspiró e intentó reunir fuerzas para contarle lo que había pasado esa mañana.

No le hacía gracia hablar de ello.

—Sí, pero alguien estuvo curioseando hoy por el rancho, Kane. Pasó allí mucho tiempo.

Se quedó atónita al escuchar los improperios que salieron por la boca de Kane.

—Perdona, Charity, pero es que estoy furioso. ¿Qué pasó? ¿Y los perros? ¿Lo asustaron?

—Apenas reaccionaron.

Vio que Kane fruncía el ceño. Parecía más preocupado aún.

—Debe de ser entonces alguien que ya conocían. ¿Habló contigo ese hombre?

—No. No creo que me viera. Me escondí en el armario ropero de Annie.

A pesar del susto, consiguió sonreír mientras se lo contaba.

—Buena chica —repuso él—. Siento que hayas tenido un día tan duro. Menuda manera de comenzar tu vida en esta región…

—Sí, ha sido todo un bautismo de fuego, ¿no?

—Así es, pero lo has hecho fenomenal.

Siguieron en silencio. Charity tenía muchas preguntas sobre el intruso, pero estaba demasiado cansada para hablar. Se limitó a disfrutar del resto del viaje con la seguridad que le daba tener a Kane al lado.

Pero ya no podía sentirse completamente segura. No cuando sabía que le guardaba secretos, secretos relacionados con el

paradero de Tim.

Recordó entonces cómo había sido estar en sus brazos. Le había dado la sensación de que ella le importaba de verdad. Pero no podía preocuparse por eso, iba a tener que enfrentarse a él tarde o temprano para que le dijera la verdad.

Ya sabía incluso lo que iba a hacer para conseguir las respuestas que tanto anhelaba. Era un plan algo drástico, pero debía hacerlo.

—Siempre se me olvida, Kane. Quería preguntarte cómo se llama ese pájaro negro que me despierta cada mañana —le dijo Charity mientras desayunaban a la mañana siguiente.

Sabía que estaba siendo una cobarde al no atreverse a preguntarle directamente lo que quería saber.

—Me imagino que será un *kurrawong*.

—¿ *Kurrawong*? —repitió ella—. Supongo que es un nombre aborigen, ¿no?

—Sí. Igual que *kookaburra*, canguro, *wallaby*…

Volvieron a quedarse en silencio y siguieron comiendo.

No entendía por qué no se atrevía a preguntarle. Era como si temiera saber que Kane no era como ella deseaba que fuera.

—Por cierto, he hablado con Vic y le he dicho que será mejor que se quede unos días en Mirrabrook. Ya es mayor y creo que le vendría bien descansar unos días para recuperarse del susto —le anunció Kane mientras se ponía en pie y llevaba su plato al fregadero.

Ella, que estaba limpiando la encimera de la cocina, se quedó inmóvil y lo miró por encima del hombro.

—¿No pensarás irte otra vez y dejarme sola?

—Claro que no —le aseguró Kane—. He echado un vistazo al molino y creo que alguien debió de sabotearlo.

—¡Dios mío! —exclamó ella mientras pensaba en el intruso del día anterior—.

¿Ya has llamado a la policía?

Pero Kane no contestó; se limitó a suspirar sin mirarla a la cara.

—¿Kane?

—No debería haberte traído al rancho —le dijo entonces—. Deberías haberte ido a la costa como te dije que hicieras.

Se cruzó de brazos y le dedicó su mirada más gélida.

—Y yo me alegro de no haber dejado que me convencieras. Sé que la desaparición de Tim tiene algo que ver con el hombre que vino ayer —le dijo ella con valentía—. Ha llegado la hora de decir

la verdad, Kane. Tienes que decirme qué es lo que pasa o…

—¿O qué?

—O te obligaré a decírmelo.

—¿Cómo piensas conseguirlo?

—Si es necesario, hablaré con el redactor jefe de *Mirrabrook Star*.

—¡Charity, por el amor de Dios! Deja de decir tonterías.

—¿Tonterías? ¿De verdad te parece una tontería? —le preguntó fuera de sí—.

Lo que es una tontería es lo que me has estado contando desde que llegué. Me aseguras que Tim está bien, no sabes dónde, pero sí que está bien. Quieres que confíe en ti, que me meta dentro de un armario si aparece algún intruso, pero no tengo derecho a hacer preguntas, ¿no? Puede que sólo sea una chica inglesa que no sabe nada de esta región tan dura, pero sé que merezco que se me trate como a un adulto, no como a una niña estúpida. Si insistes en ocultarme la verdad, tendré que ir a los medios de comunicación. Si tú no contestas mis preguntas, puede que el periódico se interese por la historia y empiecen a buscar de verdad a Tim.

Se detuvo cuando se quedó sin aliento.

Kane no dijo nada, ni se movió.

Se miraron a los ojos sin que ninguno de los dos quisiese dar su brazo a torcer.

Kane bajó la vista algún tiempo después y recogió el trapo que ella había tirado al suelo sin darse cuenta.

Apretó el trapo en su puño y la miró de nuevo a los ojos.

—No hace falta llegar tan lejos. Te demostraré que tu hermano está bien.

—¿En serio? —preguntó ella con incredulidad.

Kane asintió con la cabeza.

—¿Voy a poder verlo y hablar con él?

—Sí.

No sabía qué sentir. Estaba confusa y abrumada, pero también muy feliz. Se dejó caer en una silla, se había quedado sin energía.

—¿Por qué has decidido ahora que ha llegado el momento de decirme la verdad? ¿Por qué te he amenazado con ir al periódico?

—No, porque las cosas se nos están yendo de las manos y ya no puedo dejarte aquí sola. No puedo tampoco evitar que te veas involucrada.

—Entonces, ¿dónde está Tim?

—Te llevaré hasta donde está, pero será un viaje largo y muy duro por el monte.

—No me importa. ¿Cuándo?
—Hoy, ahora mismo.
Tenía tantas preguntas que no sabía por dónde empezar.
—De hecho, no deberíamos perder más tiempo —agregó Kane cuando vio la hora que era.
—Muy bien. Dime qué tengo que llevar y me encargaré de todo.
—Sólo necesitaremos comida y agua —le dijo él.
—¿Y un botiquín?
—Sí, pero tenemos uno en cada vehículo. No se necesita mucho más cuando vas a adentrarte en esa zona del monte. Te haré una lista con lo que debemos llevar.
Terminó de limpiar la cocina mientras Kane escribía rápidamente en un papel.
—Si puedes reunir todo esto, sería genial. Yo voy a buscar un par de mochilas —le dijo después.
—¿Mochilas? ¿Vamos a tener que caminar mucho?
Se moría por ver a su hermano, pero no se veía capaz de mantener el ritmo de Kane durante kilómetros y kilómetros. Especialmente con el calor que hacía esos días.
—Iremos con el todoterreno gran parte del camino, pero hay un trayecto que hay que hacer a pie —le anunció Kane mientras le daba la lista—. Recuérdame que lleve gasolina.
—Claro.
Kane se paró en la puerta antes de salir de la cocina y la miró con una sonrisa.
—¿Sabes qué? Creo que ya he adivinado cuál es tu segundo nombre.
—¡Ah! ¿Sí?
—Sí, Llamarada.
—¿Llamarada?
—Sí. Con tu color de pelo y el estallido de carácter que acabo de sufrir, ese nombre te iría muy bien.
Estaba a punto de salir tras él para defenderse cuando sonó el teléfono.
—Rancho de Southern Cross, dígame —dijo al descolgar.
—Hola, Charity. Soy Marsha.
—Hola, ¿cómo estás? —contestó de mala gana.
—Estoy bien, pero no tanto como tú. Llamo para felicitarte por el fantástico trabajo que has conseguido.
—Gracias…
—¿Cómo va todo?
—Bien, gracias.

—He oído que pasó algo con el viejo Vic y tuviste que traerlo a Mirrabrook.

—Sí, pero todo salió bien.

—También me han comentado que Reid está en Hughenden.

—Así es. El encargado tuvo que ausentarse un tiempo y Reid ha ido a ocuparse de todo allí.

—Menuda suerte. Así que Kane y tú estáis solos en el rancho…

—No sé por qué eso es una suerte.

—A mí no me engañas. Una inglesa guapa como tú con Kane McKinnon. Serás de lo más exótica para él.

—Estás equivocada, Marsha. Él no tiene ningún interés.

—Ya. Y no me digas que tú tampoco estás interesada…

—¿Querías algo más, Marsha? —preguntó con impaciencia.

—No soy tonta. No creo que se te haya pasado por alto ese cuerpo que tiene.

Los músculos…

—Sí, tiene músculos. Supongo que es un hombre fuerte, ¿qué quieres decir?

—Que seguro que estás deseando llevártelo a la cama.

Se quedó sin palabras. Lo último que iba a confesarle a esa mujer era que Kane ya había establecido reglas al respecto.

—Te prometo que no tienes de qué preocuparte, Marsha —le dijo por fin.

—Sí, claro…

No tenía energía para tratar de convencerla de que ella no era ese tipo de mujer.

—No tienes de qué preocuparte, Marsha —repitió—. No te voy a robar a Kane.

Oyó entonces pasos acercándose. Era él.

—Verás, Marsha. Estoy muy ocupada. Pero Kane acaba de entrar, si quieres hablar con él…

—No, gracias. Salúdalo de mi parte, eso es todo —le dijo antes de colgar.

Kane entró entonces en la cocina.

—¿Quién era?

—Marsha.

—¿Qué quería?

—Asegurarse de que no me estoy acostando contigo.

Kane hizo un gesto como si sus palabras le hubieran producido una descarga eléctrica y vio cómo tragaba saliva. Le llamó la atención que no bromeara con ella.

—No te preocupes, Kane. Le dije que lo nuestro es sólo una

relación profesional.

—Bueno, no deberías perder el tiempo charlando con Marsha —gruñó él de mala gana—. Lo importante es lo que escribí en esa lista. Espero que lo tengas ya todo preparado.

Capítulo Seis

Esa vez salieron del rancho por otro lado y Charity no pudo distinguir ningún camino. Kane controlaba el volante sorteando en la medida de lo posible los baches del terreno. Estaba abrumada por todo lo que estaba pasando e hipnotizada por la facilidad con la que ese hombre controlaba el vehículo sobre un terreno tan abrupto.

Imaginó que se tardaría toda una vida en conocer aquel lugar. Ella ya empezaba a notar cosas que no había visto nada más llegar.

Le apasionaba el arte. Ése era su mayor secreto. No había tenido nunca demasiado tiempo para descubrir si tenía verdadero talento o si era sólo una afición, pero le gustaba ver el mundo con ojos de artista.

Había descubierto, por ejemplo, que había distintos tipos de eucaliptos. Unos tenían troncos suaves y rosados, otros eran más leñosos y oscuros. Las hojas también eran distintas. Y cerca de los arroyos crecían los más altos. Incluso el color de la tierra cambiaba según la zona. Pasaba de beige a gris o amarillo y en algunas partes tenía un color rojizo y arcilloso.

Después de unos veinte minutos de viaje llegaron a la cima de una colina y bajaron por una planicie de tierra roja. Pudo distinguir en el horizonte una enorme cadena montañosa.

—Vamos a esas montañas —le dijo Kane entonces—. Es la cordillera de Seaview. Es parte de la sierra de Great Divide, que separa la costa de las zonas de interior.

—¿Allí está Tim? ¿En esas montañas?

—Tranquila, Chaz. Ya te lo iré contando todo cuando nos acerquemos.

—¿Por qué no me lo puedes decir ahora?

—Seguro que no es necesario ser tan precavido, pero sigo pensando que cuanto menos sepas, mejor.

—Sólo estás logrando que cada vez esté más preocupada.

—Lo único que te pido es que sigas confiando en mí.

Suspiró dramáticamente para que él la oyera.

—Si esto fuera una película, Kane McKinnon, ahora mismo tendría mi pistola en tu sien y te obligaría a decirme la verdad.

Él se echó a reír.

—Me recuerdas a mi hermana. Annie siempre imagina su vida

de una manera más dramática e importante de como es en realidad.

—Si está obligada a vivir con vosotros dos, no me extraña que desee escapar de la realidad.

No había querido ofenderlo, pero vio que dejaba de sonreír.

—Lo que quería decir es que debe de ser duro para ella vivir sin otras mujeres alrededor.

—Para eso usa Internet, se comunica con muchas amigas por ese medio —le dijo Kane—. Pero tienes razón, echa mucho de menos a nuestra madre —agregó con voz más amable.

—Tengo que admitir que he sentido curiosidad por saber de vuestros padres desde que llegué.

—Mi padre murió hace seis años y mi madre se quedó en Southern Cross un año más después de aquello. Pero no era feliz allí y la convencimos para que fuera a Escocia a visitar a su hermana.

—¿Le gustó Escocia?

—Mucho. La idea era que pasara allí algunas semanas, pero las semanas se convirtieron en meses y al final decidió quedarse a vivir.

—No me extraña que Annie la eche de menos. Escocia está muy lejos.

—Hablan a menudo, no sabes cuánto gastan en teléfono…

Charity miró por la ventanilla del coche. La planicie estaba cubierta de hormigueros que tenían las formas más curiosas y extrañas. Parecía esculturas.

Pensó en su madre. La había perdido con catorce años, una edad difícil para una niña, justo cuando más la necesitaba. Ni su padre ni Tim habían podido suplir su ausencia.

«Yo daría cualquier cosa por poder hablar con mi madre por teléfono, aunque sólo fuera una vez», pensó con tristeza.

Pero decidió que no podía dejarse llevar por ese tipo de pensamientos.

—Dijiste el otro día que ibas a llamar a Annie. ¿Cómo está?

—No tuve suerte. No había nadie en la casa. Supongo que habrían salido.

—Entonces, ¿no sabes nada de ella desde que se fue?

—No.

Le dio la impresión de que estaba algo preocupado.

—Reid tampoco la ha localizado, pero hoy va a hacer llamadas hasta que consiga dar con ella.

Le gustó oírlo, pero no dijo nada. No quería que Kane se riera de ella al ver que intentaba controlar a Tim y también a su hermana.

—Háblame de Reid y de ti. Sois casi de la misma edad, ¿no?

—En realidad, somos exactamente de la misma edad —repuso

Kane—. Somos mellizos.

—Pero si no os parecéis…

—No —concedió Kane con una sonrisa—. Casi todo el mundo piensa que Reid es mayor, pero sólo porque nació antes que yo y siempre ha asumido ese papel. Me domina desde que teníamos seis meses.

—No me lo creo. Es todo un caballero.

—Sólo con las damas.

Charity recordó entonces la llamada de Marsha.

—Espero que sigas el buen ejemplo de tu hermano —le dijo.

Se arrepintió nada más hablar. No quería ser entrometida. Pero Kane pareció no haberla oído.

Estaban bajando por la orilla de un arroyo que, al contrario de los demás, llevaba bastante agua. Kane estaba concentrado en la conducción.

Detuvo el coche y lo puso en la función de todo-terreno para que las ruedas se adhirieran mejor al suelo. Había tanta agua que casi llegaba a las puertas.

Charity contuvo el aliento mientras cruzaban. Estaba muerta de miedo y segura de que iban a quedarse atascados en medio del río.

Pero Kane consiguió salir a la otra orilla y la miró de reojo.

—Lo he hecho para poner interés al viaje. Me pareció que te aburrías.

—¡Qué considerado!

—¿Qué estabas diciendo antes de llegar al río?

—Lo he olvidado —mintió ella.

—¿No tenía algo que ver con cómo me comporto con las mujeres?

—Era una tontería. Olvídalo —insistió mientras miraba por la ventanilla—. No me interesa.

—Además, ya conoces la respuesta.

—¡Claro que no!

—Pero si he sido todo un caballero contigo.

Lo miró y vio que Kane también la estaba mirando. Dejó de sonreír y vio algo distinto en sus ojos. Era algo casi imperceptible, pero suficiente para conseguir que se derritiera.

Deseaba acercarse a él. Quería que Kane la abrazara de nuevo y poder besar sus labios.

—¡Claro que has sido un caballero! —repuso ella para intentar volver al presente—. No esperaría otra cosa. Después de todo, lo nuestro es un acuerdo puramente profesional.

Esperaba que Kane no pudiera notar un atisbo de

arrepentimiento en su voz.

Pero él detuvo de repente el coche y ella se quedó sin saberlo. El motor hizo un extraño sonido y se apagó.

—¿Qué ha pasado?

—Es el aceite, no hay nada de presión —mascullo Kane—. Y el motor está recalentado.

—¿Puedes arreglarlo?

Kane se quedó callado. Bajó del coche y levantó el capó. Lo oyó maldiciendo de nuevo y le llegó el olor a quemado. Debía de venir del motor.

Salió del coche y se acercó a Kane. El motor seguía haciendo ruidos y el calor era tan intenso que tuvo que apartarse.

—Está destrozado… No lo entiendo.

—¿Qué quieres decir? ¿Se ha recalentado?

—Sí, pero porque hemos perdido todo el aceite —repuso él—. Voy a mirar debajo.

Le preocupó verlo tan confuso. Sabía que era buen conductor y buen mecánico.

Vic le había dicho que los dos hermanos eran los que se encargaban del mantenimiento de los vehículos.

—Es el tapón del cárter. ¡No está! —anunció Kane después de mirar los bajos.

—Pero llevas más aceite, ¿no?

—Sí. Pero es demasiado tarde. No sé cómo, pero hemos perdido el tapón del cárter y se ha salido todo el aceite de golpe. Por eso se ha recalentado el motor.

—¿Vas a poder encenderlo?

—No —confesó Kane mientras se pasaba la manga de la camisa por la frente—.

El motor está muy mal, no vale para nada. Tendremos que encargamos de remolcar el estúpido todoterreno de vuelta al rancho y arreglar el motor —añadió mientras le daba una patada a una rueda—. No es normal que se desenrosque por completo ese tapón.

—A lo mejor fue cuando cruzamos el río.

—Puede que eso lo aflojara, pero habría producido un escape más lento y el coche me habría avisado. ¡Eso sí podría haberlo arreglado! ¿Cómo ha podido suceder?

—No creerás que…

Kane la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué ha sido saboteado?

—Estaba pensando en lo del surtidor del molino.

—Sí, lo sé. Creo que tienes tazón. Alguien aflojó el tapón y lo

dejó colgando para que cayera.

Kane se colocó la mano a modo de visera y miró a su alrededor.

—¿Qué buscas? —preguntó con preocupación.

—Si alguien nos está intentando detener, puede que nos esté siguiendo.

—¿A nosotros? ¿Aquí?

Se imaginó que no había podido ocultar su miedo, porque Kane se acercó y le pasó el brazo por los hombros.

—No te preocupes, Chaz. No nos pasará nada.

Se apartó demasiado pronto de ella; le habría gustado que la abrazara.

—¿Podemos avisar a alguien? ¿No tienes móvil o una radio en el coche?

—Me temo que no. Aquí no hay recepción y le di la radio satélite a Reid para que se la llevara.

No tenían coche ni manera de contactar con nadie. Charity intentó calmarse y pensar con claridad, pero no podía.

—¿Qué podemos hacer? Estamos atrapados.

—Podemos ir andando hasta el escondite de Tim.

Kane tragó saliva y miró hacia las montañas. Aún estaban muy lejos y temía que los estuvieran siguiendo.

—Pero, ¿estaríamos a salvo?

—Podríamos mantenemos siempre a cubierto —le dijo Kane mientras acariciaba su nuca y le daba un beso en la coronilla—. Estaremos bien, ya verás — añadió con una sonrisa.

Creía que, si Kane seguía sonriéndole de esa manera, sería capaz de convencerla para cruzar Australia de una costa a la otra.

—Lo siento mucho —le dijo él—. Lamento que te hayas visto implicada en todo esto. No debería haberte llevado a Southern Cross ni haberte sacado hoy del rancho.

—Recuerda que te coaccioné para que lo hicieras —repuso ella con otra sonrisa.

Kane se quedó callado unos segundos sin apartar la mano de su nuca.

—Eres muy comprensiva, Chaz.

Fue después al maletero y comenzó a sacar cosas.

—Necesitaremos sombreros, agua y algo de comida. También chaquetas para cuando caiga el sol —le dijo Kane—. Y será mejor llevar esto —agregó mientras sacaba un rifle y se lo colocaba al hombro.

—Dios mío, Kane. Espero que no tengas que usarlo.

—Hay que ser precavidos.

Siguieron el curso de un arroyo seco que estaba flanqueado por espesos árboles que les proporcionaban sombra y escondite.

A Kane no se le había pasado por alto la preocupación de Charity al ver que llevaba el rifle consigo, así que intentó distraerla hablándole de otras cosas.

—¿Me dijiste que habías cuidado de Tim desde que tenía siete años?

—Sí, desde que murió nuestra madre. Traté de ocupar su vacío cuidando de él y de mi padre.

—Debió de ser muy duro. Aún estabas en el colegio, ¿no?

—No fue fácil llevar la casa y el colegio al mismo tiempo, pero eso me mantuvo ocupada y creo que me ayudó a superar la muerte de mi madre.

—Entonces, has tenido que vivir con hombres, como le ha pasado a Annie.

—Sí. Y, aunque no la conozco, la compadezco —repuso Charity con una sonrisa.

A pesar de los árboles, el sol era abrasador. Kane no dejaba de mirar a su alrededor para ver si alguien los seguía, pero lo hacía de manera disimulada para no alarmar a Charity.

—Siempre pensé que era como mi madre, a lo mejor porque teníamos una complexión parecida.

—Es un legado muy especial —dijo él.

Pero se arrepintió enseguida. Habría deseado que no supiera cuánto le gustaba su pelo. Tuvo suerte y Charity no lo oyó. O fingió no haberlo hecho.

—Creo que quería ser como ella para poder mantenerla viva dentro de mí —le confesó ella.

Tímidamente, lo miró de reojo.

—Pero bueno, seguro que te he contado más de lo que querías saber.

Era una suerte para él que Charity no supiera cuánto le interesaba y cuánto quería saber de ella. Tenía la cabeza llena de preguntas y quería respuestas para todas. Necesitaba saber cuál era su comida vegetariana preferida, qué tipo de perfume usaba de vez en cuando, cómo dormía, cómo era su pueblo natal o cuál era su segundo nombre.

—Yo tenía casi treinta años cuando murió mi padre —le contó —. Pero también fue muy duro.

—¿Tuviste entonces que hacerte cargo de su trabajo?

—Sí, pero todo era distinto sin él por allí, viendo cómo trabajaba y dándome palmadas en la espalda…

Sonó algo entre las ramas y Charity se sobresaltó.

—Es un canguro —le dijo él—. Estaría durmiendo la siesta y lo hemos despertado.

Se quedaron un rato callados.

—A Reid le afectó mucho la muerte de mi padre. Fue el que peor se lo tomó.

Pensé que iba a sufrir una depresión o algo así. Pero, después de que se fuera nuestra madre, teníamos tanto trabajo que no había tiempo para lamentar las ausencias. Creo que el trabajo duro ayuda.

—Es verdad.

Se miraron entonces y él tragó saliva. Los ojos de Charity eran dos lagos verdes de lo más tentadores. Se sentía atrapado.

Pasado el mediodía, llegaron a una peña de granito y pararon para comer. Se imaginó que Charity estaría casi sin fuerzas.

Comieron bocadillos y naranjas. El calor era sofocante y no corría nada de aire.

Vio que Charity estaba comiendo muy poco. Parecía estar muy tensa.

—¿Lista para seguir?

—No.

—¿Qué pasa? ¿No te encuentras bien?

—Estoy bien, pero no pienso moverme de aquí hasta que me digas donde está Tim y por qué.

—Pero…

—Nada de peros, Kane —lo interrumpió Charity con el ceño fruncido—. No quiero que me distraigas con más preguntas, no soporto esta tensión. Nos acercamos a las montañas y cada vez estoy más nerviosa. La preocupación me está matando. O

me dices lo que pasa o…

Sin aviso, hizo una mueca con la boca y todo su rostro se descompuso. Sus ojos se llenaron de lágrimas que rodaron por sus mejillas y Charity se tapó la cara con las manos.

Se sentía fatal. Kane tocó uno de sus hombros y ella lo miró.

—Tienes razón, ha llegado el momento de que te lo cuente.

Charity se limpió la cara con las manos.

—Lo siento, no estaba usando las lágrimas a propósito para convencerte, no me gustan esas armas supuestamente femeninas. Es que no he podido controlarme.

—Fuera a propósito o no, siempre funciona. Siéntate y te lo explico —le dijo él con una sonrisa—. Supongo que ya has

imaginado que Tim está en esas montañas.

Permanece en un escondite que sólo conoce nuestra familia. Está a salvo.

—¿A salvo de qué?

—De volver a meterse en un lío —le confesó Kane—. Verás, Tim estaba un día en el monte con el ganado cuando encontró por casualidad un enorme cultivo de drogas.

—¿Drogas? Dios mío, no cultivaréis droga en Southern Cross, ¿verdad?

—Claro que no. Era de un vecino nuestro. A veces el ganado se escapa por huecos del vallado y va hasta allí. Le encargué a Tim que fuera a buscar cabezas que estuvieran perdidas y lo que se encontró fue un gran cultivo de marihuana. Tuvimos que denunciarlo a la brigada de drogas y estos detuvieron a unos cuantos.

—¿Necesitan a mi hermano ahora para que testifique?

—Así es. Esos criminales se las saben todas y la policía quiere mantenerlo como testigo sorpresa hasta el último momento.

—¿Por eso tuvisteis que esconderlo?

—Así es.

—Pero, ¿por qué en estas montañas? ¿No es un poco radical?

—En condiciones normales, lo sería. Pero la situación de tu hermano es complicada. Un par de personas en Mirrabrook averiguaron lo que pasaba y a la policía le preocupaba que los grandes narcotraficantes de la ciudad intentaran silenciarlo o, al menos, asustarlo.

Charity no pudo ahogar una exclamación.

—Pero, si Tim es un testigo tan importante, ¿por qué no le han ofrecido protección?

—Se la ofrecieron, pero creo que la testarudez es la seña de identidad de tu familia —le dijo él—. Tim no aceptó el ofrecimiento de la policía.

—No fue una decisión demasiado inteligente…

—No, pero cambió de opinión cuando alguien le disparó mientras arreaba al ganado.

—¿Qué? —exclamó Charity con preocupación—. ¡Dios mío, Kane!

—No le hicieron daño, pero al menos así conseguí convencerlo para que se escondiera en nuestro campamento secreto.

Charity se abrazó las piernas y se quedó ensimismada mirando la tierra. Kane supuso que intentaba asimilar las noticias.

—¿Por qué no me contaste todo esto cuando me conociste? —le preguntó ella de repente.

Parecía fuera de sí.

—Échale la culpa a tu hermano. Nos hizo jurar que no os diríamos nada a ti ni a tu padre.

—Pero sabías que estaba muerta de preocupación…

—Sí, pero Tim también estaba preocupado por ti. Creía que lo mejor era que no supieras nada.

—Aun así, creo que deberías habérmelo dicho —insistió Charity.

—Mira, fue Tim el que tomó la decisión. No quería que ni mi familia ni la policía os lo dijeran. ¿Qué es lo que te molesta de verdad? ¿Qué tu hermano pequeño

haya tomado una decisión sin tu permiso por una vez en su vida? Le di a tu hermano mi palabra, lo sellamos con un apretón de manos.

—¿Quieres decir que me has mentido y has permitido que sufriera más de la cuenta por un simple apretón de manos?

—Un momento, Chaz. Dejemos las cosas claras. Yo no te mentí. Y, para que lo sepas, un apretón de manos tiene mucho valor aquí. Así se pactan compraventas de grandes propiedades, se promete a un vecino que estarás a su lado si necesita ayuda o incluso se acepta ayudar a un chaval inglés que está metido en un buen lío, pero que tiene más sentido común que su familia.

Vio que Charity estaba conteniendo una sonrisa.

—No hace falta que te pongas a la defensiva, Kane. Ya puedes bajar.

Avergonzado, se dio cuenta de que, mientras hablaba, se había subido a una de las peñas de granito para dar más ímpetu a su discurso. Bajó de mala gana hasta donde estaba ella.

—¿Cuándo viste a Tim por última vez? ¿Estás seguro de que está bien? —le preguntó Charity.

—Completamente seguro.

—No estaré tranquila hasta que lo vea. ¿Cuándo es el juicio?

—Mañana.

—¿Mañana? —repitió con confusión—. ¿Mañana? Pero es horrible… ¿Cómo va a ir hasta allí?

—Mi plan era venir a buscarlo hoy y llevarlo directamente a Mirrabrook. En el todoterreno. Pero todo se ha torcido. No puedo contar con Reid ni con Vic y el coche está estropeado.

—Entonces, ¿no podrá prestar declaración después de todo?

—Tiene un caballo. Me temo que tendrá que usarlo. Pero para llegar a tiempo tendrá que salir esta tarde.

Charity gimió con desesperación.

—Todo saldrá bien —le aseguró él.

Ella se puso en pie de un salto.

—¿Qué demonios estamos haciendo aquí de charla? Venga, Kane. Pongámonos en camino.

Sin avisar, Charity comenzó a andar el doble de rápido que antes. Él recogió sus cosas y la siguió.

—Espera, Chaz. No durarás mucho si pretendes mantener ese ritmo —le avisó.

Pero se equivocaba.

No salió de su asombro al ver que Charity mantuvo el mismo ritmo durante las dos horas siguientes. Ni siquiera se detenía para beber.

Y no era una caminata sencilla, sino llena de piedras, raíces y otros obstáculos.

Pero Charity se movía con la energía de una leona que tenía que salvar a una de sus crías. Vio que estaba sudando, tenía el pelo empapado, pero siguió adelante sin flaquear.

—Ahora sí que me creo que escalaras el Snowdon —le dijo él.

—¿Acaso no me creíste cuando te lo dije?

—Es que no tienes aspecto de escaladora. Pareces tan delicada…

—Eso son tonterías —repuso ella con una endiablada sonrisa—. Mi complexión y apariencia pueden engañar. No soy tan delicada. El resto de mi cuerpo…

No terminó la frase y Kane vio que dejaba de sonreír. Avergonzada, se cubrió mejor la cara con el sombrero y siguió andando.

Le divirtió verla tan abochornada y confusa. Y sabía que lo estaría aún más si supiera en qué estaba pensando él en esos momentos.

Nada le habría gustado más que comprobar hasta qué punto era o no una delicada flor. Empezaría probando la delicadeza de sus labios y seguiría bajando por su cuello hasta llegar a sus pechos…

Enfadado consigo mismo, intentó no pensar en eso. Creía que no tenía sentido torturarse de esa forma. Sabía que nunca podría tenerla.

Decidió centrarse en lo que tenían entre manos y se acercó a ella.

—Espero que las botas de Annie se ajusten bien o acabarás con ampollas en tus delicados pies.

Charity ignoró su comentario. Era una mujer muy sensata.

A media tarde, dejaron atrás el arroyo seco por el que habían estado andando y cruzaron unos pastos hasta llegar al pie de una de las montañas. Por allí transcurría un riachuelo de agua cristalina

que formaba cascadas al descender por la roca.

—No queda mucho, pero la última parte es cuesta arriba.

Charity miró hacia la cima.

—¿Cuánto tenemos que subir?

Antes de que pudiera contestar, oyeron un grito parecido al de los pájaros.

Charity agarró su brazo al escucharlo.

—¿Has oído eso? Es Tim, ¿verdad?

—Eso parece —repuso él con una sonrisa—. No ha conseguido dominar aún la llamada de aviso, pero cada vez lo hace mejor. Creo que nos ha visto y podría estar bajando a nuestro encuentro.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Charity con lágrimas en los ojos—. Vamos, Kane.

—No, Charity. Tienes que seguirme tú a mí si no quieres perderte.

Pero Tim Denham apareció entre la maleza antes de que empezaran a subir.

Charity gritó y fue hacia él. Y Tim se quedó con la boca abierta al ver quién era.

—¡Charity! ¿Qué demonios haces aquí?

Ella no se molestó en contestar y fue a abrazarlo.

Tim lo miró por encima del hombro de su hermana.

—¿Qué ha pasado, Kane? ¡Prometiste que no meterías en esto a mi familia!

—No es culpa suya, Tim. No tuvo elección. ¿No te alegras de verme?

—Claro… claro que sí.

Capítulo Siete

El encuentro de Charity con su hermano fue un poco decepcionante. Su primera reacción fue de alegría, pero después tuvo que asimilar todo lo que había pasado.

Había estado muy preocupada por su hermano y cuando pensaba en Tim se lo imaginaba siempre como un niño pequeño, perdido y asustado al que tenía que proteger.

Pero verlo allí cambió por completo la idea que tenía de él. Estaba muy guapo con sus vaqueros, su camisa y su sombrero. Era el mismo Tim, pero parecía más alto y fuerte. Le pareció por primera vez un hombre hecho y derecho.

Tenía algo de barba y el pelo negro más largo de lo habitual. Se estremeció al ver que también llevaba un rifle al hombro.

—No puedo creer que estés aquí, Charity —le dijo Tim después de que Kane le explicara todo lo que había pasado—. Al verte llegar con él, pensé que eras Annie.

—Tenía que venir. Estaba tan preocupada…

Sabía que su hermano se alegraba de verla. Se abrazaron largo rato, pero ella tuvo que controlarse para no llorar, no quería abrumarlo más.

—Lo siento mucho, pero no podía decirte dónde estaba. Le prometí a papá que llamaría y me imaginé que estaríais muy preocupados, pero nunca pensé que vendrías hasta aquí para buscarme —le dijo Tim—. ¿Cuánto sabe? —le preguntó después a Kane.

—He tenido que contárselo todo, amigo. Los mismos que sabotearon el coche estuvieron en el rancho y le dieron un susto de muerte.

Tim gimió con desesperación.

—Y el pobre Vic se rompió un brazo al intentar arreglar el molino después de que alguien lo estropeara.

Los dos hombres se pusieron a hablar de lo que Tim debía hacer. Ella, mientras tanto, aprovechó para observar a su hermano. Lo veía distinto y no eran sólo los cambios físicos.

Parecía más seguro de sí mismo y más fuerte. Se preguntó si sería consecuencia del duro trabajo, de la situación de peligro en la que estaba o de la influencia de los hermanos McKinnon.

Vio que se había preocupado por nada. Podía valerse por sí mismo y tendría que hacerse a la idea de que ya no la necesitaba.

No pudieron pasar mucho tiempo juntos. Tim los llevó hasta una repisa de la montaña y Charity se alegró al ver que la cueva en la que había estado escondido era más acogedora de lo que se había imaginado.

Su hermano les ofreció algo de la comida que había hecho ese día, pero no había tiempo que perder. Kane lo ayudó a prepararse para volver al rancho.

—Ve hasta la cabaña de los arreadores y encárgate de que Ferret te lleve hasta el sargento Jackson, en Mirrabrook —le dijo Kane a Tim—. La policía te llevará a Townsville para que asistas al juicio. Creo que podrás atravesar la parte más dura del viaje antes de que se haga de noche. Pero hay luna llena, así que también tendrás después bastante luz. No vayas por el camino de la frontera, sino por el diecisiete.

Así podrás atajar bastante. Y dile a Ferret que venga mañana con un todoterreno para recogemos.

Había estado tan ensimismada con Tim que le costó entender lo que iba a pasar.

—¿Cómo? ¿Vamos a tener que pasar aquí la noche? —le preguntó a Kane con preocupación.

Vio un brillo especial en los ojos de ese hombre. Le sonrió lentamente y guiñó un ojo.

—No te preocupes, Chaz. Serás una buena cavernícola, estoy seguro.

Se estremeció al escucharlo. Había estado tan preocupada con la seguridad de su hermano que no se había parado a pensar en ella misma y en la noche que iban a pasar en la cueva.

Pero no había más remedio, no tenían manera de salir de allí. Tendrían que dormir en el saco de Tim y sobre el suelo de la cueva. E iban a estar ellos dos solos.

Se dio cuenta demasiado tarde de que Tim los estaba observando. Imaginó que no se le había pasado por alto ni la perversa sonrisa de Kane ni su cara sonrojada.

Vio que abría la boca como si quisiera preguntarle algo, pero después se calló.

Tragó saliva avergonzada. Lo último que necesitaba era que a su hermano pequeño le preocupara dejarla allí con Kane.

Tim la observó con sus ojos de color avellana. Quería decirle que

no se preocupara, que no había nada entre ellos, pero habría sido ridículo decirle algo así, sobre todo con Kane delante.

—Siento dejarte tan pronto, Charity —le dijo Tim—. Pero estás en las mejores manos. Este hombre es toda una leyenda.

Oyó cómo carraspeaba Kane detrás de ella.

—No te preocupes por ella, Tim —le dijo el otro hombre—. Es una recién llegada, pero ha tenido que luchar desde el principio y ha sido muy fuerte.

—Ya lo imagino —repuso Tim con orgullo—. Hay pocas tan valientes como ella.

Vio cómo los dos hombres se miraban con seriedad a los ojos, como si estuvieran retándose. No podía aguantar esa tensión por más tiempo.

—No te preocupes por mí, Tim. Y cuídate mucho —le dijo mientras lo abrazaba—. Llama a papá en cuanto puedas, ¿de acuerdo?

—Lo prometo. Y deja tú también de preocuparte.

—No podré relajarme hasta que termine esta pesadilla y puedas seguir con tu vida.

—Esto no ha detenido mi vida, me lo estoy pasando en grande.

Esperó a la entrada de la cueva mientras Kane acompañaba a Tim hasta donde lo esperaba el caballo.

Se sintió algo desinflada. Había cumplido su misión. Había encontrado a Tim aunque él no quisiera que lo encontrara.

Había ido hasta el otro lado del mundo, atravesado montes y luchado con uñas y dientes para encontrarlo. Y todo para descubrir después que Tim no la necesitaba.

Todo había terminado y la esperaba una larga noche que tendría que pasar en medio de la nada y en compañía de un hombre del que se había sentido atraída desde el primer momento.

Pensó en Marsha y en lo celosa que se pondría al saber que iba a pasar la noche en una cueva con Kane. Era irónico que esa mujer pudiera sentirse así cuando ella había sido siempre la virtuosa y ejemplar hija del reverendo de Saint Alban, no alguien capaz de pasar una noche de pasión con el hombre más atractivo del mundo.

Sin saber por qué, comenzaron a rodar por su cara las lágrimas que había estado conteniendo desde que vio a su hermano. Era muy duro separarse de él tan pronto. Pero más duro todavía era ver que encontrarlo no había devuelto el equilibrio a su vida.

No quería llorar.

Se secó las lágrimas para que Kane no la viera así.

Estaba muy cansada y le dolían los pies. Se imaginó que tendría

rozaduras y ampollas. Se quitó las botas y vio que estaban mejor de lo que cabía esperar.

El riachuelo que bajaba por la montaña formaba una especie de pequeño estanque natural al lado de la cueva. Se sentó a la orilla y metió los pies en el agua.

La cueva era mucho más cómoda de lo que se había imaginado. Era espaciosa y tenía buena luz. Había visto un contenedor metálico lleno de comida deshidratada y en lata. Vio que su hermano había estado bien cuidado.

Se echó hacia atrás y se apoyó en los codos. Miró al cielo azul. Allí reinaba la paz. Sólo le llegaba el sonido de los pájaros, era una experiencia casi espiritual.

Esa región, que le había parecido tan inhóspita al principio, comenzaba a atraerla poco a poco. No era todo polvo y calor.

Los paisajes de Inglaterra eran bellos de una manera más obvia con sus colinas, los verdes pastos y los encantadores pueblos. Esa región de Australia, en cambio, escondía su belleza natural como si fuera un tesoro secreto. Y, cuando alguien descubría parte de esa belleza, como ese estanque natural con vistas al Valle de las estrellas, el efecto era indescriptible.

Lamentó no tener con ella sus pinturas. Le habría encantado retratar ese mágico lugar.

—¡Qué pensativa estás!

Sobresaltada, se dio la vuelta y vio que se acercaba Kane.

—No te oí llegar. ¿Ya se ha ido Tim?

—Así es. Si miras bien, podrás ver el polvo que levanta su caballo —le dijo Kane agachándose a su lado y señalando un punto a lo lejos—. Fíjate bien, allí está.

Se estremeció al sentirlo tan cerca.

Se quedaron observando el rastro de su hermano hasta que estuvo demasiado lejos para distinguirlo.

—Es una vista increíble, ¿verdad?

—Maravillosa. Me encantaría haber traído una cámara para llevarme a casa fotos de este sitio.

Kane se quedó callado unos segundos.

—Cuando volvamos a Southern Cross, recuérdame que te enseñe mis fotografías. Tengo muchas hechas desde aquí mismo y puedes llevarte las que quieras.

—Gracias. Me encantaría —repuso ella con una sonrisa.

Pero la sonrisa se esfumó pronto. No podía imaginarse de vuelta en casa, pero tendría que irse pronto. Su trabajo en Southern Cross no era imprescindible y su padre la necesitaba.

Pero le entristecía irse de allí y decidió cambiar de tema.

—¿Cómo es mirar todo esto y saber que es tuyo?

—No es cuestión de propiedad, sino más bien de agradecimiento. Éste es mi hogar y me siento afortunado al poder vivir y trabajar aquí —confesó Kane.

—Amas este lugar, ¿verdad?

—Sí. Puede que sea mi sangre escocesa. Fueron los inmigrantes escoceses los que decidieron abandonar las zonas más civilizadas y cómodas de Australia y adentrarse en estas regiones del interior.

—Mi sangre es sólo inglesa, pero también me gusta este sitio y me habría encantado poder pintar estos paisajes.

—¿De verdad? ¿Eres artista?

—Bueno, yo no diría tanto, pero me gustaría serlo. El problema es que… Sé que parece una excusa muy manida, pero nunca tengo tiempo.

—Tus obligaciones como catequista y ama de llaves ocupan cada minuto de tu tiempo, ¿no? —repuso él con una sonrisa—. Es una pena, Chaz. Te mereces tener tiempo para hacer lo que te gusta.

Le agradó ver lo comprensivo que estaba siendo con ella.

—Cuando estaba en el colegio, los profesores de arte siempre me animaron a seguir por ese camino. Algún día volveré a pintar.

—En cuanto encuentres un marido rico.

Se quedó sin palabras al oírlo. Se ruborizó sin poder evitarlo, se sentía muy tonta.

—¿Un marido rico? Es buena idea. Debería habérseme ocurrido antes. Sería genial tener un marido rico que pudiera darme todos los caprichos.

—Pensé que era lo que querían todas las mujeres, un marido que les dé caprichos.

No se atrevía a mirarlo, pero sabía que estaba riéndose de ella.

—Supongo que tengo que cambiar de prioridades. Debería estar buscando un marido, no a mi hermano pequeño.

—Recuérdalo cuando vuelvas a Inglaterra y busca un hombre culto y refinado con mucho dinero. Alguien que te ponga un piso en Londres y una casa en el campo.

—Eso suena más a amante que a esposa.

—Bueno, supongo que ésa sería otra opción. Puedes buscar un hombre rico y casado y ser su querida.

Notó algo en su voz que hizo que levantara la cara. Y dejó de respirar al ver cómo ardían sus ojos. Kane bajó después la mirada y movió la cabeza como si estuviera pensándoselo mejor.

—No, puede que no seas ese tipo de mujer, ¿verdad, Chaz?

Ella sacó deprisa los pies del agua y recogió las piernas a un lado del cuerpo.

Estaba muy incómoda.

—Esta conversación es la más ridícula que he tenido en mi vida —replicó ella con nerviosismo—. ¡Estábamos hablando de que quiero pintar este paisaje!

¿Cómo hemos terminado hablando de maridos ricos, queridas y casas en el campo?

Kane se quedó callado un buen rato. Pasó por encima de sus cabezas una bandada de pájaros. Ya estaba atardeciendo.

—Bueno… —dijo Kane algún tiempo después—. Si de verdad quieres pintar todo esto, puedes volver cuando quieras.

No parecía una invitación muy sentida, sino el tipo de ofrecimiento que se podría hacer a cualquiera. No podía entender por qué, pero sus palabras no hicieron sino apenarla aún más.

Capítulo Ocho

La luz parpadeante de las llamas iluminaba las oscuras sombras de la cueva.

Kane se inclinó sobre ella.

—¿Te han besado alguna vez en una cueva, Chaz?

Charity estaba tumbada en el suelo y lo deseaba como nunca había deseado a nadie.

—No —susurró—. ¿Y a ti?

—Tampoco.

Kane sonrió y ella sintió que debía besar esos labios, saborear su dulce boca.

—¿No crees que necesito ampliar mi repertorio de experiencias? —le preguntó ella con coquetería—. Un beso en una cueva sería una buena forma de empezar.

—Eso estaba pensando yo.

Kane se acercó más y ella no podía dejar de temblar. Cuando la besó, lo hizo con ternura. No había sentido nada igual.

En cuanto sus labios se unieron, sintió que era la mujer más sexy del mundo.

Echó la cabeza hacia atrás y se entregó a él completamente. El deseo la dominaba y entonces…

Y entonces Charity se despertó.

Estaba helada. Apenas quedaban unos rescoldos encendidos del fuego que habían hecho. Se ajustó mejor la chaqueta y abrió los ojos. La luz de la luna iluminaba el interior de la cueva. Se sentía desolada. El sueño había sido muy excitante, pero sólo había sido un sueño.

Vio que no estaba Kane a su lado y se incorporó deprisa.

Tocó su saco de dormir y notó que estaba frío. Había estado tan cansada que se había quedado dormida nada más cenar. No recordaba haber visto a Kane acostándose a su lado.

Se puso en pie y lo llamó en voz baja. Tenía miedo. Nadie contestó, pero le pareció ver algo moviéndose a la entrada de la cueva. Abrió la boca para gritar, pero vio que era él.

—¿Kane? —lo llamó de nuevo.

—¿Qué estás haciendo levantada? —le preguntó él al verla fuera de la cueva.

—Me desperté porque tenía frío. ¿Y tú? ¿Por qué no estás durmiendo?

—Quería vigilar.

—¿Vigilar? ¿Es que has estado aquí toda la noche?

Kane no contestó. Se limitó a mirarla de una manera que le hizo sentir escalofríos.

—Vuelve a dormir —le dijo poco después.

Pero no podía hacerlo, no después de ver que Kane estaba allí vigilando. Se imaginó que estaría tan cansado como ella después de la caminata del día anterior.

Con los brazos alrededor de su cintura para darse calor, salió algo más de la cueva y se quedó boquiabierta al ver el cielo.

—¡Dios mío! Ahora sé por qué lo llaman el Valle de las estrellas.

El firmamento resplandecía con miles de puntos luminosos.

—Nunca había visto nada igual… —susurró ella—. Parece que aquí las estrellas brillan más. Y hay tantas…

Miró a su alrededor. Esa región era de noche como una gigantesca catedral.

Todo ese lado de la montaña parecía estar labrado en plata.

—¡Mira! La luna se refleja en el estanque —le dijo—. Es precioso…

Kane no dijo nada. Cuando lo miró, vio que la observaba con atención. A pesar de la luz plateada y fría de la luna, sus ojos parecían estar en llamas. Sintió sobre su cuerpo su intensa mirada como la más íntima de las caricias.

Recordó entonces el sueño que había tenido y se quedó sin aliento. Todo su ser lo deseaba.

«Tócame, Kane. Bésame, por favor», le dijo sin palabras.

—¿Sabes…? ¿Sabes qué hora es? —le preguntó después para intentar recuperar la compostura.

—Las cuatro de la mañana. Así que vuelve dentro y duerme un poco más — repuso Kane.

Pero sabía que no iba a poder dormir, sólo conseguiría seguir pensando en lo mismo. Prefería hablar con él, era mucho más seguro.

—¿Por dónde crees que irá Tim?

—Cabalga bien y a buen ritmo, así que supongo que ya habrá podido llegar a la cabaña donde está Ferret. Puede que ya vaya de camino a Mirrabrook.

Suspiró con impaciencia.

—Ya no tengo sueño. Me quedaré aquí y te haré compañía —le dijo ella mientras se sentaba en una piedra—. No creo que vuelva a

ver un cielo como éste, así que tengo que aprovechar cada momento. Es increíble pensar que hace miles de años, los aborígenes vivían en esta misma cueva y contemplaban de noche estas mismas estrellas.

Kane se rió al escucharla.

—Parece que te apetece mucho hablar, ¿no?

«La otra opción es mucho más peligrosa», pensó ella.

Se quedó en silencio y contempló el cielo tratando de no pensar más en el sueño que había tenido. No podía pensar en cuánto deseaba que la abrazara y le hiciera el amor.

—Ahora que lo comentas, los aborígenes tienen una leyenda sobre el origen de las estrellas.

—¿La conoces? —le preguntó ella.

—Más o menos. Dicen que un viejo raptó a dos bellas mujeres, pero una de ellas escapó y se escondió en las ciénagas. Él la persiguió con un palo de fuego en la mano.

Cuando el palo tocó las aguas salieron miles de chispas que subieron y se esparcieron por el cielo, convirtiéndose en estrellas doradas.

—Me gusta esa leyenda. Y es verosímil, las estrellas parecen chispas —comentó ella sin dejar de contemplar las estrellas—. ¿Qué la pasó a esa mujer? ¿Consiguió capturarla?

—No. Se sumergió en las aguas y logró escapar.

—¿Y la otra?

—El viejo se quedó con ella y la convirtió en el lucero del alba.

—Supongo que hay destinos peores —comentó ella con una sonrisa.

Se quedaron después en silencio. Pensó en lo que solía ocurrir cuando un hombre perseguía a una mujer y al final la conseguía. No entendía qué le pasaba, pero no podía pensar en otra cosa. Se puso en pie y oyó entonces un chillido que la estremeció.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó mientras se acercaba a él.

—Un búho.

—¿Un búho? Sonaba como una bomba. Como esas que aparecen en las películas de la Segunda Guerra Mundial, ¿sabes de lo que te hablo? Ésas que caían sobre Londres…

—Sí, Chaz, sé de lo que me hablas. Pero lo que has oído era un búho —le aseguró Kane con una sonrisa.

Esa sonrisa estaba acabando con ella. Se sentía como una quinceañera enamoradiza.

—¿Cómo puedes estar toda la noche despierto? Estarás agotado. No creo que sea necesario, Kane. Tim estuvo viviendo en esta cueva

sin ningún guardián.

—No es la primera vez que paso una noche sin dormir —repuso él—. No te preocupes, estoy bien.

—¿Crees que alguien podría habernos seguido hasta aquí?

—Es posible. El caso es que no quiero correr más riesgos.

—Eres todo un caballero.

—No es eso, Chaz. Lo hago por puro sentido común.

Ella llevaba toda la vida dejándose guiar por su sentido común y ya estaba harta. Le entraron tantas ganas de acercarse a él y darle un beso en la mejilla que actuó sin pensar. Pero, antes de que sus labios pudieran tocar su rostro, Kane se apartó.

—¡No! —exclamó como si acabara de abofetearlo.

—Sólo quería darte las gracias…

—Vuelve a acostarte, Charity.

—No creo que merezca que me trates así —repuso ella.

—¡Deberías tener más sentido y no lanzarte a los brazos de un hombre cuando estás a solas con él en medio de la nada! —exclamó Kane fuera de sí.

—¿Qué? ¿Por qué iba a querer lanzarme a tus brazos?

Se sentía avergonzada y muy dolida, pero nunca había estado más enfadada.

—Sólo iba a darte un beso de agradecimiento en la mejilla. Pero no te preocupes, no volveré a hacerlo.

Estaba a punto de girarse para entrar en la cueva cuando Kane atrapó su cara entre las manos.

No pudo ahogar una exclamación de sorpresa.

Sus bocas estaban a pocos centímetros de distancia. Sabía que debía apartarse y decirle que no tenía derecho a tratarla así, pero no podía hacerlo cuando creía que Kane estaba a punto de besarla.

Podía notar que estaba en tensión y que respiraba con dificultad. Parecía estar luchando contra las mismas sensaciones contra las que luchaba ella.

Cerró los ojos y separó los labios. No podía dejar de temblar.

—Chaz… —gimió Kane con desesperación mientras la soltaba.

Abrió de golpe los ojos.

—Si sabes lo que te conviene, deberías irte ahora mismo —masculló él.

—¿Irme?

—Entra de nuevo en la cueva y no salgas de allí hasta que amanezca.

Estaba tan confusa y perpleja que no pudo reaccionar. Entró en la cueva y corrió a su saco de dormir. Estaba tan avergonzada que

deseaba que se la tragara la tierra.

En esos instantes, habría preferido que alguien la raptara y convirtiera para siempre en una estrella antes que tener que ver de nuevo a Kane McKinnon.

«Sólo iba a darte un beso de agradecimiento», recordó Kane con desesperación.

No entendía nada. Estaba claro que Charity no sabía cuántas horas pasaba cada día pensando en ella ni hasta qué punto la deseaba.

Llevaba toda la noche fuera de la cueva para no tener que sufrir la indescriptible tortura de dormir tan cerca de su dulce cuerpo. Sólo podía pensar en hundir los dedos en su melena de fuego y probar el sabor de su tentadora boca.

Sabía que un beso, por muy casto que fuera, era demasiado peligroso. Estaba haciendo esfuerzos sobrehumanos para controlarse y no quería ni pensar en tenerla cerca. Sabía que le faltaría tiempo para entrar con ella en esa cueva y no dejar que saliera de allí hasta que su virtud no fuera más que una parte de su pasado.

Y no podía permitir que pasara algo así. Ella era la hija de un reverendo, un alma inocente al que su propio hermano había dejado a su cuidado.

Sabía que, aunque no hubiera ocurrido nada, todo serían rumores y suposiciones en cuanto volvieran a Southern Cross. Reid, Ferret, Vic y Tim estarían pendientes de los dos, tratando de adivinar qué habría pasado esa noche en las montañas.

Lo peor de todo era que la deseaba, pero Charity Denham nunca podría ser una aventura de una noche. Sabía que, si las circunstancias y el momento hubieran sido otros, le habría gustado cortejarla de verdad, con citas, cenas y bailes.

Pero no era el momento de pensar en esas cosas. Y las circunstancias eran aún peores. No habría tenido sentido intentar nada con ella. Charity ya no tenía nada que hacer en Australia y nunca querría quedarse en un sitio tan remoto y peligroso como aquél cuando tenía una vida ya hecha en Inglaterra.

Sabía que estaría encantada de salir de allí, igual que le había pasado a su propia madre.

Amaneció por fin. Calentaron algo de té en el fuego y tostaron el pan sobre las llamas. A Charity le sorprendió lo bueno que estaba

con la miel silvestre que su hermano había recogido. Pero terminaron demasiado pronto.

Fue un día difícil y demasiado largo, pero tenían que matar el tiempo hasta que llegara Ferret a buscarlos. Hacía mucho calor y se bañaron en la piscina natural. Kane se quedó en calzoncillos, lo que aceleró su pulso y subió aún más las temperaturas.

Ella se quitó los vaqueros, pero no la camisa. Era lo suficientemente larga como para que estuviera decente.

Se sentó después en una piedra para que el sol secara su ropa.

Los dos mantenían las distancias y sólo hablaban de temas poco espinosos, como el juicio de Tim, el bebé prematuro del capataz de Lacey Downs o Annie.

Hablaron de cualquier cosa menos de ellos mismos.

Era como si no quisieran saber demasiado de la otra persona, quizás para no tener que descubrir cuánto se gustaban. Kane ni siquiera le hizo ningún comentario sobre el color de su pelo mojado.

Creía que Kane había sido muy sensato al rechazarla la noche anterior. Se había engañado al pensar que sólo quería darle un beso en la mejilla. Aunque nadie

hablaba de ello, los dos sabían que no habrían podido controlarse y que no tenía sentido que pasara nada entre los dos. No cuando ella estaba a punto de volver a casa. Una casa que estaba al otro lado del mundo.

Fue un alivio para ambos que llegara por fin Ferret cuando acababan de terminar el almuerzo.

Kane insistió en conducir.

—Estarás más cómoda al lado de la ventanilla —le sugirió a ella —. Ferret puede sentarse en medio.

Quedó claro así que Kane no quería tener su cuerpo cerca mientras conducía por caminos llenos de baches. Ferret, en cambio, parecía encantado y pasó todo el trayecto con su muslo bien pegado a ella. Y estuvo sonriendo casi todo el tiempo.

No era un gran conversador y, como su furgoneta no tenía aire acondicionado, tuvieron que bajar las ventanillas. El ruido hacía que fuera imposible mantener una conversación y se alegró de que así fuera. Estaba deseando volver a Southern Cross, darse una ducha y llamar a su padre para decirle que volvía a casa.

Al atardecer, Kane fue a la cocina a por una cerveza. Se dio cuenta demasiado tarde de que Charity estaba hablando con su padre.

—Podré volver a casa en cuanto termine el juicio —le estaba

diciendo.

Quería darle privacidad. Estaba a punto de salir cuando notó que parecía alterada.

—¿Por qué? —preguntó Charity con nerviosismo—. Pero me necesitas, ¿no?

Estaba de espaldas a él y Kane se imaginó que ni siquiera había advertido su presencia. Notó que parecía muy tensa. Agarraba con fuerza el auricular y tenía la otra mano sobre su pecho, como si acabaran de darle una mala noticia.

Se acercó a ella con preocupación.

—¿Alice? —preguntó ella entonces—. ¿Alice Bainbridge? —añadió con sorpresa—. ¿De verdad?

Vio que se dejaba caer en una silla.

—¿Cómo? —exclamó entonces—. Bueno, claro que es una sorpresa. Pero, bueno… Es… Es una noticia excelente, por supuesto.

Sabía que debía dejarla sola, pero se había quedado paralizado al ver que estaba sufriendo. Si las noticias eran tan excelentes como aseguraba, no entendía por qué parecía tan angustiada.

—Me alegro mucho por ti —aseguró Charity con la voz cargada de emoción—.

No, no estoy llorando. Estoy bien, papá. Sí, claro que me alegro por ti… Muy bien, lo pensaré y te llamaré cuando decida algo. Adiós, papá. Saluda de mi parte a… a Alice.

Charity colgó el teléfono y se quedó inmóvil. Parecía hundida.

—¿Qué pasa? ¿Te han dado malas noticias?

Ella no lo oyó y tuvo que acercarse y tocarle el hombro.

—Chaz…

Levantó de pronto la cabeza y vio que sus enormes ojos verdes estaban llenos de lágrimas.

—¿Qué pasa? ¿Son malas noticias? —repitió él.

—No… —le aseguró Charity.

Pero comenzó a temblarle la barbilla y supo que estaba a punto de echarse a llorar.

No sabía qué hacer, esperó a que ella le hablara. Pero no abrió la boca.

—No estás bien, ¿verdad?

—No…

Charity cerró los ojos y se llevó las manos a la cara. Después sollozó y salió corriendo de la cocina.

Tuvo que seguirla. Charity había salido al porche y tenía las manos apoyadas en la barandilla y la mirada perdida en el horizonte. Vio que le temblaban los hombros.

Se sentía impotente y decidió dejarla sola. Le incomodaba ver a alguien llorando, pero era Charity y se sentía responsable de su bienestar.

—¿Puedo ayudarte?

—No, Kane —repuso Charity—. No debería llorar. No tiene sentido… Se me pasará pronto.

—¿Quieres que me quede?

—No —replicó ella—. Bueno, sí. Sí, quédate —agregó mientras se daba la vuelta hacia él.

Vio que intentaba sonreír, pero no lo consiguió.

—Mi padre va a volver a casarse —le dijo—. Como ves, no debería estar triste…

—Pero lo estás.

Charity asintió.

—Aunque no sé por qué.

—Entiendo que esto es una sorpresa para ti, ¿no?

—Sí. Se casa con Alice Bainbridge. Tiene gracia porque fui yo quien la llamé para que me sustituyera mientras estuviera en Australia. Quería que cuidara de la casa y de mi padre.

—Parece que lo ha hecho muy bien —repuso él con una sonrisa.

—Demasiado bien —le dijo Charity—. Ahora que lo pienso, creo que se presentó voluntaria para ocuparse de todo. Y lo hizo con mucho entusiasmo.

—Vaya, parece que tenía a tu padre en el punto de mira.

—Supongo que sí.

—¿No te gusta esa mujer?

—Sí, es perfecta. Es encantadora, una viuda con dos hijos mayores. Tiene una buena posición económica, es atractiva y va a la iglesia todos los domingos —le explicó Charity entre lágrimas.

—Es el tipo de noticia al que hay que acostumbrarse.

—La verdad es que no estoy dolida porque mi padre quiera casarse de nuevo…

—¿Entonces? ¿Hay algo más que te preocupa?

—Gracias por todo, Kane. Pero no lo entenderías.

—Eso no lo sabes.

Se miraron a los ojos y se le hizo un nudo en la garganta. No podía dejar de mirar sus ojos. Sabía que le sería muy fácil perderse en ellos para siempre.

—Es una locura. Pero me siento fatal porque todos están felices. Tim está feliz aquí, mi padre se va a casar… —murmuró ella sin poder dejar de llorar—. Ya no me necesitan…

Comenzó a llorar aún más y él no pudo evitarlo. La abrazó y

acarició con ternura su cabeza.

No podía ignorar las curvas de su cuerpo ni el olor a jabón que desprendía.

No sabía cómo consolarla. Para colmo de males, su cuerpo iba por libre y no podía controlar su reacción al tenerla tan cerca. Deseaba besarla y perderse en ella, pero sabía que no podía dejarse llevar y consiguió dominar su deseo.

—Lo siento, Kane —le dijo ella poco después—. Ya estoy más tranquila, de verdad —agregó mientras se separaba de él.

—¿Te apetece una taza de té?

—Sí, muchas gracias. Voy a lavarme la cara, ahora vengo.

Charity volvió a la cocina sintiéndose algo mejor. Se sentaron a la mesa con la tetera y dos tazas entre ellos.

Observó las grandes manos de Kane sirviendo el té y le pareció increíble que fueran las mismas que habían acariciado con delicadeza y ternura su cabeza mientras lloraba en sus brazos.

—Siento mucho lo que ha pasado. No sé qué me ha ocurrido.

—Yo creo que es perfectamente normal —repuso Kane mientras se servía el azúcar—. Llevas muchos años cuidando de Tim y de tu padre. Ése ha sido tu trabajo durante casi toda tu vida. Y ahora, de repente, ves que Tim es capaz de cuidar de sí mismo y que, además, tu padre ha encontrado una nueva esposa. Es normal que te sientas así, Chaz. Es un duro golpe.

—Supongo que mi ego era más frágil de lo que creía.

—No soy psicólogo, Chaz, pero tú misma me dijiste que cuidar de tu familia te ayudó a superar la muerte de tu madre. Ahora ha desaparecido de repente lo que era tu misión en esta vida. Es normal que sientas una especie de vacío. Necesitarás tiempo para hacerte a la idea.

—Sí —susurró ella.

Bebieron en silencio unos minutos.

—Ahora, por primera vez en tu vida, eres libre para pensar en lo que quieres hacer de verdad.

—Supongo que sí…

—Podrías pintar o dedicarte a cualquier otra cosa.

—Sí…

Pero en esos momentos no se sentía con fuerzas para hacer nada.

—Reid llamó mientras estabas en el baño.

—¿Ha conseguido hablar con Annie?

—Sí, menos mal.

—¿Cómo está?

—Bien. No fue muy clara al decirle lo que estaba haciendo en Brisbane, pero le dijo que estaba bien —le aseguró Kane—. Y mi hermano me ha comentado que ha encontrado un cocinero. Reid cree que hemos estado abusando de Annie estos años.

—¿Estás tú de acuerdo?

—Supongo que sí. Annie merece vivir un tiempo en la ciudad y decidir qué quiere hacer con su vida. Reid ha encontrado a un tipo en Hughenden que lleva treinta años trabajando de cocinero en otros ranchos.

—Entiendo…

—¿Qué te pasa? Pensé que estarías contenta.

—¿Por qué?

—Por lo que hemos estado hablando. Ahora eres libre y ya no tienes que quedarte aquí si no quieres. Puedes irte del Valle de las estrellas y recorrer el mundo si eso es lo que deseas.

Se quedó mirando fijamente un nudo en la madera de la mesa. Las sugerencias de Kane estaban bien, pero no iban a serle de mucha ayuda.

Porque tenía un gran problema que no podría resolver nunca.

No deseaba recorrer el mundo. Todo el mundo que quería era el hombre que estaba sentado frente a ella en esos instantes. Él la había abrazado como si fuera el más preciado de los tesoros. Sus ojos le recordaban al amanecer y conseguía que se derritiera con una sola mirada.

Pero no podía decirle nada de eso.

—Me iré en cuanto puedas llevarme al pueblo…

No era eso lo que quería, todo lo contrario, pero consiguió controlar sus emociones.

Vio una oscura nube en los ojos de Kane, que se puso más serio aún. Se quedó largo rato sin contestar. Y, cuando lo hizo, no la miró a la cara.

—Tengo que ir a recoger a Vic dentro de unos días. Te puedo llevar entonces.

Capítulo Nueve

Kane tenía muy claro que no iba a poder retener a Charity en Southern Cross, pero durante los dos días siguientes, no hizo ningún esfuerzo por ayudarla a que se fuera de allí.

No sabía por qué, se limitó a dejar que el tiempo pasara sin más. Sabía que cualquier día, Reid, Vic o Annie regresarían al rancho y él tendría que dejar que Charity se fuera. Era una tortura tenerla bajo el mismo techo, pero no quería ni pensar en no tenerla allí.

Intentaba no estar cerca de ella. Trabajaba fuera de la casa casi todo el día o se metía en el despacho. Pero se veían en la cocina para cada comida… y en las innumerables ocasiones en las que buscaba excusas para verla.

Se inventaba de todo para ir a buscarla, observarla mientras trabajaba o escuchar su voz.

Nunca había pasado por algo parecido. Siempre que había deseado a una mujer, había hecho lo necesario para conseguirla.

Pero Charity era distinta. Sabía que, si empezaba algo con ella, querría que durara siempre. Y eso no podía ocurrir. Estaba seguro de que ella acabaría huyendo de su lado.

Se acordó varias veces esos días de un lagarto que había atrapado siendo un niño. Le gustaba tanto que intentó mimarlo todo lo que pudo. Se esforzó mucho cazando insectos de todo tipo para alimentarlo, pero no quería comer. Poco después se dio cuenta de que estaba sufriendo mucho y tuvo que soltarlo.

Creía que a ella le pasaría lo mismo. Su vida estaba al otro lado del mundo y nunca podría vivir allí.

Al tercer día después de volver de la montaña, salió al porche por la mañana y notó enseguida que a Lavender le pasaba algo. No paraba de moverse nerviosa y de gemir sin descanso.

—Será posible… —murmuró.

—¡Dios mío! ¿Qué le pasa? —preguntó Charity saliendo tras él con la cesta de la colada.

—Creo que Annie está de camino —le dijo él—. No sé cómo lo hace, pero siempre parece saber que su ama vuelve a casa. Puede que haya aprovechado un viaje del cartero para llegar al rancho.

Charity se quedó pensativa al escucharlo.

—¿El cartero? ¿También trabaja como taxista?

—No de manera oficial, pero mucha gente aprovecha para que…

Vio que Charity lo miraba con el ceño fruncido.

—¿Y crees que le importaría llevarme a Mirrabrook?

Sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

—Seguro que no, si tienes prisa por irte…

—Bueno, si vuelve Annie, debería irme. Ya no me necesitáis. Tim no tiene que testificar más y me gustaría aprovechar mi tiempo en Townsville para hacer un poco de turismo. Me encantaría ver la Gran barrera de coral.

—Claro, buena idea —repuso él fingiendo que no le importaba lo que hiciera.

Todo se acababa, Charity estaba a punto de irse. No podía creerlo.

—En cuanto meta esto en la lavadora, me pondré a hacer la maleta —le dijo ella.

La miró y vio que también parecía muy tensa y pálida. Pero había también fuerza en su mirada y entendió que quizás necesitara salir de allí y ser libre por primera vez en su vida.

—No te preocupes por eso, concéntrate en la maleta. Puede que no tarden mucho en llegar.

—De acuerdo, no debería hacerle esperar…

Vio que entraba de nuevo en la casa y tuvo que llamarla.

—Chaz…

Creyó que no lo habría oído, pero se giró hacia él.

—¿Sí?

—Quería decirte… —empezó él tragando saliva—. A veces es difícil despedirse cuando hay más gente.

—Sí… —murmuró Charity.

—Por si no tengo después ocasión de hacerlo, quería decirte que…

Vio que Charity se sonrojaba y le costó seguir hablando.

—Cuando vuelvas a casa y empieces a buscar a ese marido, que no se te olvide subir mucho el listón. Te mereces lo mejor de lo mejor…

—Gracias —repuso ella con los ojos llenos de lágrimas—. Si decido hacerlo, recordaré tu consejo.

—Y gracias por venir al rancho. Has encajado aquí a la perfección.

—No he estado mal para ser sólo una chica inglesa, ¿no?

Vio que estaba intentando sonreír y que no podía. Se le partió el corazón.

—Nada mal. Has estado genial.

Charity se mordió el labio inferior y bajó la vista. Después se giró y él se quedó hipnotizado mirando su cuello y el informal recogido que se había hecho en el pelo.

—Una cosa más… —susurró él.

Notó que todo su cuerpo se tensaba, pero no se giró para mirarlo.

—Eres la mujer más bella que he visto en mi vida.

Vio que Charity estaba temblando. Sin pensárselo dos veces, fue hasta ella y la abrazó. Los dos temblaban con la misma intensidad y por las mismas razones.

—Dios mío, Chaz. Tengo que besarte…

—Por favor… —susurró ella.

Charity inclinó hacia atrás la cabeza, ofreciendo sus labios.

Kane se quedó sin aliento. El deseo lo controlaba por completo.

No quería asustarla e intentó ser todo lo delicado que pudo. Fue bajando las manos por sus brazos y las llevó después a su estrecha cintura. Cuando su boca tocó por fin la de Charity, pensó que el corazón se le iba a salir del pecho.

Era la mujer más dulce y tentadora que había conocido en su vida. Sus besos no se parecían a ninguno y quiso perderse dentro de ella en cuanto sus labios la tocaron.

Lo que más le sorprendió fue ver que ella parecía desear aquello tanto como él.

Apretaba su dulce cuerpo contra el suyo y le había rodeado el cuello con las manos.

El beso pasó de tierno a apasionado en pocos segundos. Enterró las manos en su cobriza melena, disfrutando de su sedosa suavidad. La besó por toda la cara y en la base de su cuello.

No pudo ahogar un gemido y la abrazó con más fuerza aún. Le sorprendió no estar asustándola y ver que respondía con la misma pasión que él le entregaba.

Se dio cuenta de que sus cuerpos estaban hablando con total sinceridad y se decían cosas que no habían sabido o querido explicar con palabras.

No sabía si estaba haciendo lo correcto. Sólo podía pensar en hacerla suya.

Quizás tuvieran aún tiempo…

O quizás no.

A pocos metros de donde estaban, Lavender comenzó a ladrar. Intentó no pensar en ello, abrazó a Charity con más fuerza y siguió besándola. No quería dejar de hacerlo, pero sabía que los ladridos de la perra sólo podían indicar una cosa.

Pocos segundos después, oyeron el sonido de un motor.

De mala gana, se separó de Charity y vio que Lavender salía corriendo hacia la entrada del rancho.

Temblando y casi sin aliento, miró a Charity y apoyó su frente en la de ella.

Tenía aún su cintura entre las manos y su aroma lo embriagaba por completo.

Lamentó haber esperado tanto. Ya no tenían tiempo para descubrir lo que ese beso significaba. No había tiempo para nada.

Si pudiera conseguir que se quedara allí…

Si ella quisiera quedarse…

Oyeron un claxon al otro lado de la casa.

—Parece que es el cartero —dijo Charity.

Él no dijo nada.

—¿Kane? ¿Dónde estás? —gritó alguien.

Le robó otro beso más antes de contestar a su hermana.

—¡Ya voy, Annie!

Quería decirle a Charity que no hiciera la maleta, pero ya se había dado la vuelta para ir a su habitación. No se volvió a mirarlo, así que Kane no tuvo la oportunidad de pedirle que se quedara.

Recordó entonces la seguridad con la que Charity le había dicho que se iba.

Cuando Charity llegó a su dormitorio, tenía tantas lágrimas en los ojos que apenas podía ver.

Sacó la maleta de debajo de la cama, abrió los cajones de la cómoda y fue guardándolo todo.

Le temblaban tanto las manos que no conseguía doblar la ropa en condiciones.

El beso de Kane había puesto su vida patas arriba.

En sólo unos segundos, había conseguido robarle por completo el corazón.

Pero tenía que irse.

Las lágrimas rodaban por sus mejillas mientras seguía guardando sus cosas sin pensar en lo que hacía. Era tarea imposible cuando sentía que sus emociones eran un auténtico caos.

Se preguntaba si Kane sabría lo que un beso como ése podía hacerle a una joven romántica e inexperta como ella. Dudaba que supiera cuánto la había afectado. Se imaginó que besaba a Marsha y a otras chicas con la misma pasión. Y que no serían sólo besos lo que tendría con ellas.

Enfadada, colocó las botas sobre una de sus blusas de seda. Decidió que era mejor no pensar en Kane ni pretender que ese beso significara más de lo que significaba.

Pero iba a ser difícil olvidarlo. Ese hombre había conseguido despertar un mundo de sensaciones en su piel, le había dado alas. Nunca había deseado a nadie tanto.

No sabía cómo iba a superar tener que irse del rancho, pero había sido idea suya y tenía que seguir adelante.

Oyó voces en la cocina. Se imaginó que era Annie la que hablaba sin parar con su hermano. También oyó al cartero. Había interrumpido su rutina de la mañana para hacerle el favor de llevarla a Mirrabrook.

No tenía ninguna excusa para quedarse. Annie estaba de vuelta. Pronto regresaría Reid con el famoso cocinero y no había ninguna razón para que se quedara Nº Páginas 89—108

en Southern Cross. No podía decirles que se quedaba porque se había enamorado de Kane.

Fue al baño para recoger su cepillo de dientes. No podía pensar con claridad y no recordaba qué más debía meter en la maleta. Colocó la bolsa de aseo encima de la toda la ropa y se sobresaltó al ver a alguien en la puerta.

Era una joven rubia y esbelta con una cálida sonrisa. A su lado estaba *Lavender*.

—Siento haberte asustado —le dijo la recién llegada.

—No es culpa tuya, es que estaba distraída y no te oí entrar. Supongo que eres Annie.

—Sí —repuso la joven mientras se daban la mano—. Encantada de conocerte, Charity.

Su pelo era más claro que el de Kane, pero sus ojos eran del mismo color.

—Siento que tenga que ser un hola y un adiós. Me ha dicho Kane que te vas a Mirrabrook con el cartero.

—Así es. Voy a verme con mi hermano en Townsville.

Annie asintió con la cabeza.

—Qué alivio que todo saliera bien con el juicio. Me alegra mucho que Tim pueda olvidarse de eso y seguir con su vida —le dijo Annie mientras se apoyaba en la jamba de la puerta—. He oído que has estado cuidando de Kane mientras he estado fuera.

No creía que pudiera hablar de él sin mostrar sus sentimientos.

—Tus hermanos insistieron hasta que accedí a usar tu ropa para no quemarme la piel. He estado utilizando tu sombrero, tus botas y otras cosas.

—No te preocupes, me alegra que te vinieran bien.

—Lo he dejado todo en tu dormitorio.

Annie asintió de nuevo y miró la maleta.

—¿Cómo vas? ¿Te ayudo con el equipaje?

—Creo que lo tengo todo —repuso ella mientras miraba a su alrededor.

—Muy bien. No quiero meterte prisa, pero creo que Ted tiene ganas de ponerse en camino.

—Sí, por supuesto.

Cerró la maleta y la dejó en el suelo.

—Deja que la lleve Kane —le dijo Annie—. ¡Kane! Haz algo y ven aquí, necesitamos tus músculos.

El corazón comenzó a latirle con fuerza cuando oyó las botas de Kane en el pasillo.

Se entretuvo revisando el contenido de su bolso para no tener que mirarlo a los ojos. Vio que llevaba el monedero, el pasaporte, las llaves de la maleta, una bolsita de aseo y el recuerdo que se llevaba de Southern Cross, un suave canto de río con la huella de un helecho fosilizado.

—¿Algo más? —preguntó Kane mientras recogía la maleta.

—No, sólo esa maleta —repuso ella sin levantar la vista.

—Muy bien.

No quería mirarlo, sabía que no podría soportarlo.

—¿Todo listo? —preguntó Annie con entusiasmo.

—Sí.

Annie salió del dormitorio y después ella.

Ted, el cartero, la esperaba ya al lado de la furgoneta de reparto.

—Siento no haber tenido ocasión de conocerte, Charity —le dijo Annie—.

Habría estado genial tener compañía femenina. Me dejas sola de nuevo con estos chicos… Pero bueno, puede que te vea pronto. Tengo ganas de ir a Inglaterra a visitar a mi madre.

—Si vas, tienes que acercarte a Hollydean —le dijo ella mientras observaba cómo llevaba Kane su maleta a la furgoneta—. La casa es grande y puedes quedarte con nosotros.

—Gracias, lo tendré en cuenta.

Vio que Ted ya tenía abierta la puerta del copiloto. Parecía impaciente.

Annie la acompañó y le dio un rápido beso en la mejilla en cuanto se sentó.

—Saluda a Tim de mi parte, ¿de acuerdo? Que tengas buen viaje de regreso.

—Gracias, Annie.

Kane apareció detrás de su hermana.

—Adiós, Chaz —le dijo.

—Adiós —susurró ella con un hilo de voz.

—¿Todo listo? —preguntó el cartero.

Kane le dio un beso en la mejilla tan breve y ligero como el de su hermana, pero sus labios dejaron una huella de fuego en su piel.

Cerró la puerta y lo miró por la ventanilla. Su rostro reflejaba el dolor que sentía y estuvo a punto de salir del coche y abrazarlo. Quería pedirle que le permitiera quedarse allí con él.

Pero la furgoneta ya se estaba poniendo en marcha y Kane levantó el brazo para despedirla.

Miró por la ventana trasera del vehículo y vio cómo Annie abrazaba feliz a su hermano. Después la vio apartarse de él y mirarlo con el ceño fruncido y gesto de preocupación.

Capítulo Diez

—Lo siento, Charity. Pero ya había hecho planes —le dijo Tim.

Su hermano la había llevado a un restaurante en la playa de Townsville. Desde allí podían ver las cristalinas aguas de la bahía de Cleveland y el verdor de la isla Magnetic. La vista había atraído su atención nada más llegar, pero las palabras de Tim acababan de estropearle el día.

—Lo siento muchísimo —aseguró el joven—. Si hubiera sabido que ibas a venir y que querías hacer algo de turismo, no me habría apuntado tan pronto, pero he firmado un contrato y el yate zarpa mañana para Nueva Zelanda. El capitán del barco quiere salir hacia el sur antes de que empiece la temporada de ciclones.

Concentró la mirada en su bebida y agitó los cubitos de hielo con su pajita.

—¿Crees que es buena idea enrolarte en un barco cuando no sabes nada sobre navegación?

Tim frunció el ceño y apretó la mandíbula. Miró hacia el horizonte y ella siguió la dirección de su mirada. Allí fuera estaba la Gran barrera de coral, una de los tesoros naturales de la Tierra, pero se dio cuenta de que no iba a poder ver sus corales ni los peces tropicales que llenaban esas aguas.

—Es algo que quiero hacer —le dijo Tim—. Ya he hablado con papá. Hay un teléfono por satélite a bordo, así que podré llamar de vez en cuando.

Suspiró y trató de superar la desilusión. Le dolía ver que su hermano no la había tenido en cuenta antes de hacer planes, pero imaginó que así eran todos los jóvenes de su edad.

Ella, en cambio, sentía que todo su mundo había cambiado desde que se fue del rancho.

—Supongo que ha llegado el momento de dejar de ser una controladora hermana mayor. Seguro que te va tan bien como te fue en el rancho y será una gran aventura para ti.

—Tú también deberías vivir alguna aventura. Aunque no esté contigo, aprovecha para ver más de este país. Si no quieres estar sola, únete a algún grupo de ingleses de los que pasan por aquí todos los días.

Sonrió, pero no se veía capaz de hacer algo así. No tenía energía

ni humor para viajar con desconocidos.

Tras despedirse de su hermano, entró en una agencia de viajes para intentar cambiar su vuelo de regreso a Inglaterra. No creía que fuera a poder adelantarlo, pero debía intentarlo.

Mientras el agente comprobaba los vuelos en su ordenador se distrajo mirando los árboles de un jardín que había frente a la agencia. Eran iguales a los que crecían en Southern Cross. Se imaginó volviendo al rancho y las caras de sorpresa con las que se encontraría al llegar.

—¡Está de suerte! —exclamó el hombre en ese instante—. Puede salir esta misma tarde para Cairns y tomar allí un avión que la llevaría directamente a Londres. Estaría en el aeropuerto de Heathrow en veinticuatro horas.

Se quedó mirándolo con la boca abierta.

Podía estar al día siguiente de vuelta en casa.

Había estado fantaseando con volver a Southern Cross cuando la interrumpió el agente de viajes. Se preguntó si el destino estaba jugando con ella o si sería acaso un aviso.

Todo había empezado con la oportuna llegada del cartero para sacarla de Southern Cross. Después, los planes de su hermano habían cambiado los suyos y había decidido acortar su estancia en Australia. Para colmo, el agente acababa de encontrar el modo de volver a casa.

Era como si todo el universo se hubiera conjurado para decirle que debía volver a Hollydean y olvidarse de Kane McKinnon para siempre.

Pensó que no tenía sentido luchar contra todo.

—¿Cree que estoy de suerte? —le preguntó—. Así soy yo de afortunada.

«Afortunada» es mi segundo nombre…

Annie acorraló a Kane cuando estaba en el cobertizo limpiando sillas de montar.

—Veo que estás solo —le dijo ella nada más entrar—. Estupendo. Quería hablar contigo.

—Ya estabas tardando —repuso él—. He estado esperando que me cuentes por qué te fuiste de repente a Brisbane.

—No he venido a hablarte de eso.

Miró a su hermana con curiosidad.

—Por mí no tienes que preocuparte —le dijo Annie—. Eres tú el que me preocupa.

—¿Yo? No hay nada de lo que preocuparse, estoy fenomenal.

Annie lo miró y puso los ojos en blanco.

—Si crees que voy a tragarme eso, eres más tonto de lo que pensaba —le dijo—.

Sólo quería decirte eso, hermano, que me preocupas. Yo también pienso mucho en Charity Denham.

La miró sin entender nada.

—¿Qué pasa con ella?

Annie hizo un gesto de desesperación y comenzó a dar vueltas a su alrededor.

La miró y vio que parecía más madura y algo más triste.

—Si vas a decirme que no sabes de qué te estoy hablando, es que estoy perdiendo el tiempo contigo, Kane.

—Eso te lo puedo decir directamente. Estás perdiendo el tiempo.

—Tengo que decirte que aprendí algunas cosas mientras estaba en Brisbane. Y

si has permitido que Charity vuelva a Inglaterra sin decirle lo que sientes por ella…

Atónito, vio que Annie rompía a llorar.

—Si lo has hecho, has cometido el peor error de tu vida.

Su hermana dio media vuelta y salió corriendo del cobertizo.

Se quedó con la mirada perdida en el horizonte. Ya habían salido algunas estrellas. No podía dejar de pensar en lo que le había dicho Annie.

Sabía que tenía razón.

Capítulo Once

—Gabriel, te toca.

Charity miró hacia la multitud de angelitos de seis años que no había salido a tiempo al escenario.

—¿Dónde está Gabriel? —preguntó.

El niño que tenía más cerca, muy crecido desde que ella le diera el papel de San José, se encogió de hombros.

Levantó el brazo y le hizo un gesto al organista para que no comenzara aún con el siguiente villancico. Llamó a los niños disfrazados de pastores para que se acercaran a ella.

—Simón, ¿puedes ir a decirle a los ángeles que no han salido a tiempo?

El niño salió corriendo y ella se pasó las manos por el pelo. No sabía cómo la habían convencido para participar de nuevo en la obra de Navidad. Ya había jurado el año anterior que no iba a volver a hacerlo, pero siempre acababa dirigiendo a los niños.

Siempre salía todo bien el día de la función y a los padres les encantaba, pero los ensayos eran agotadores.

Para colmo de males, ese año tenía que soportar noches de insomnio para terminar de poner a prueba su paciencia.

Su padre no dejaba de decirle que debía salir más y divertirse.

Parecía muy feliz con Alice y se imaginó que deseaban estar rodeados de gente tan feliz como ellos, pero no podía fingir lo que no sentía.

Volver a casa estaba siendo más duro de lo que se podía haber imaginado.

Estaba en Hollydean, allí estaba su vida, pero ya no se encontraba a gusto. Los paisajes y las casas le parecían insulsos y aburridos, demasiado perfectos.

—Los ángeles se están peleando —le dijo Simón cuando volvió a su lado.

—¿No está la señora Waterford con ellos para vigilarlos?

—No, está fuera, hablando con un hombre.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó ella con desesperación—. Que no se mueva nadie hasta que ponga orden entre los ángeles. Y vosotros, los Reyes Magos, espero que estéis listos y esperando en la parte de atrás del salón. La procesión empezará en cuanto los

ángeles terminen de cantar. Virgen María, por favor, no le quites la ropa al niño Jesús…

Comenzó a oír voces y a alguien llorando antes incluso de entrar en la sacristía.

—¿Qué es lo que está pasando aquí? —preguntó nada más entrar.

—Billy le ha roto las alas a Dinah —dijo alguien.

—Porque Dinah le estaba diciendo lo que tenía que hacer y le dijo que tenía de dejar de meterse el dedo en la nariz —añadió otro niño.

—Y ahora le sangra la nariz.

—¡Billy!

Fue hasta el pequeño y se agachó frente a él. La sangre que le salía de la nariz estaba manchando su blanco e inmaculado disfraz de ángel. Parecía asustado por la sangre y empezó a berrear en cuanto la vio a ella.

—Tranquilo, pequeño, no pasa nada —le dijo mientras sacaba un pañuelo de papel de su bolsillo—. Echa la cabeza un poco hacia atrás. Así, muy bien.

Habló con otro ángel por encima de la cabeza de Billy.

—¿Puedes salir y decirle a la señora Waterford lo que ha pasado? Dile que la necesito aquí dentro. Y tú, Maisie, tráeme esa caja de pañuelos de papel —le dijo a otra niña.

Tuvo que usar varios pañuelos para parar la hemorragia. Después apretó con los dedos el puente de su nariz y le dijo que respirara por la boca.

Los niños ya no discutían, sino que la miraban con mucha atención. Charity también los miró. Cuando estaban así parecían ángeles de verdad. Ella, con un vestido verde y el pelo recogido con un lazo de cuadros, era la única que parecía fuera de lugar en aquella sacristía.

Se abrió entonces la puerta de la sacristía y Eileen Waterford entró corriendo.

—Lo siento muchísimo, Charity —le dijo cuando vio a Billy—. Salí un momento para decirle a este caballero cuándo ibas a salir y…

La señora Waterford se detuvo al ver su cara.

—¿Qué te pasa, querida?

Estaba demasiado conmocionada para responder. Se quedó sin respiración al ver al hombre que acababa de entrar con Eileen.

Era Kane. No sabía qué podía estar haciendo allí.

Había copos de nieve en su pelo y en los hombros de su abrigo

oscuro. Tenía las manos metidas en los bolsillos y la miraba con una extraña expresión. Parecía tan divertido con la situación como preocupado.

La señora Waterford los miró a los dos.

—Conoces al señor McKinnon, ¿verdad?

—Sí —susurró ella.

Le latía con fuerza el corazón y notó que se le llenaban los ojos de lágrimas.

Entonces apareció otro grupo de niños con sábanas cubriendo sus cabezas. Los pastores parecían cansados de esperarla.

—¿Podéis daros prisa? Nos estamos aburriendo —dijo uno de ellos.

No sabía qué hacer. Miró su reloj. No quedaba mucho tiempo. Faltaban veinte minutos para que aparecieran los padres de los niños para buscarlos.

Todos la miraban y ella estaba sin palabras.

—No quiero interrumpir —dijo entonces Kane—. Esperaré fuera hasta que terminéis.

Los niños lo miraron entonces a él con mucha curiosidad. Su acento, su ropa y su piel tostada por el sol lo convertían en alguien muy exótico para los pequeños.

—No puedes esperar en la calle —repuso ella—. Hace demasiado frío.

—¿Por qué no espera en la iglesia, señor McKinnon? —sugirió Eileen—. Allí estará mejor.

Lamentó que se hubiera entrometido la señora Waterford. No se veía capaz de continuar con el ensayo si Kane iba a estar observándola.

No se había recuperado aún de la sorpresa, no entendía qué podía estar haciendo allí.

Vio que sonreía, pero había algo de incertidumbre en sus ojos.

—Muy bien, pastores, volved a la iglesia y llevaos con vosotros al señor McKinnon —ordenó entonces sin querer mirarlo—. Billy, no te preocupes, limpiaremos tu traje para el día de la función. Los ángeles, en fila y listos para salir, ¿de acuerdo? Gabriel, tú vas el primero, sabes cuándo tienes que salir, ¿no?

El niño que hacía de Gabriel asintió con la cabeza.

Todos la obedecieron y continuó con el ensayo.

Kane se sentó en la parte de atrás de la iglesia. Era imposible olvidar que estaba allí, pero intentó centrarse en lo que tenía entre manos. Lo miraba de vez en cuando y siempre lo sorprendía observándola con una sonrisa algo seria.

Los padres comenzaron a llegar poco después, cuando los niños entonaban ya el final del último villancico. Los siguientes minutos fueron un caos. Los padres abrigaban a sus hijos, todos hablaban a la vez y le hacían preguntas sobre la función.

Kane seguía esperándola pacientemente en su banco de la iglesia.

Cuando se fueron los últimos, se volvió hacia Kane. Tenía un nudo en el estómago y estaba hecha un flan.

—Bueno, menos mal que ya se ha terminado —comentó ella.

Kane se puso en pie al ver que se acercaba.

—Ha estado genial —le dijo—. Tú has estado genial.

—Gracias —repuso sin poder evitar ruborizarse.

No se acercó más a ella, parecía muy nervioso y no le dio ni un beso en la mejilla.

—Menuda sorpresa… —le dijo—. Me alegra verte. ¿Qué haces en Inglaterra?

—He venido con Annie. Quería venir a ver a nuestra madre y decidí acompañarla.

—Claro… —repuso ella intentando esconder su decepción—. Y, ¿cómo está tu madre?

—Muy bien, gracias.

—¿Y Annie? ¿Ha venido contigo a Hollydean?

—No, sigue en Escocia.

Tuvo que respirar profundamente para intentar calmarse, pero no lo consiguió.

—Entonces, ¿habéis dejado a Reid a cargo de todo en Southern Cross?

—Sí, pero Ferret está con él para echarle una mano.

—¿Qué tal el bebé del capataz?

—Muy bien. Es una niña sana que no para de crecer.

—Cuánto me alegro…

Se quedó demasiado pronto sin temas seguros de los que hablar con él.

—Bueno, supongo que no pensabas que tendrías que ver el ensayo de una obra de Navidad.

—No, pero me ha encantado —repuso él—. Ha sido muy educativo.

—¿Educativo? ¿Es que no conocías la historia del nacimiento de Jesús?

—Claro que sí —contestó Kane con una seductora sonrisa—. Pero me ha ayudado a conocerte mejor a ti.

—¡Ah! —repuso ella bajando la vista.

—Te he visto de otra manera.

—¿Cómo catequista?

—Eso es.

Vio que Kane observaba el interior de la iglesia, las vidrieras, las pinturas de los apóstoles y los altos techos. Después se centró de nuevo en ella.

—¿Estás lista para irte?

—Sí, tengo mi abrigo en la sacristía.

Fue muy extraño caminar por el pasillo central con él. No pudo evitar pensar en sus fantasías infantiles. Siempre se había imaginado yendo hacia el altar con un hombre maravilloso a su lado. En sus sueños, era alguien maravilloso, apuesto, alto y cariñoso. Nunca había visto la cara de ese hombre, pero lo había amado con todo su corazón.

Se preguntó si ese hombre podría llegar a ser Kane McKinnon.

Quería que fuera él. Deseaba tanto que fuera Kane ese hombre que no podía dejar de temblar.

Llegaron a la sacristía y él le ayudó a ponerse el abrigo. Se estremeció cuando tocó accidentalmente su cuello.

—¿Qué te parece este tiempo? —le preguntó ella al salir a la calle.

—Me encanta. La nieve me tiene fascinado. Es tan distinto a lo que tenemos allí…

—Normalmente no nieva tan pronto, pero parece que este año tendremos Navidades blancas.

Caminaron calle abajo y vio que Kane volvía a meterse las manos en los bolsillos de su abrigo.

—Necesitas guantes —le dijo, enseñándole los suyos.

—Creo que sí —repuso Kane—. Ahora soy yo el que estoy fuera de lugar.

Intentó imaginarse cómo sería ver Hollydean con los ojos de Kane.

—Esta parte del mundo es completamente opuesta a la tuya.

—Sí, da un poco de miedo.

—¿Miedo? Al menos nosotros no tenemos serpientes venenosas. ¿Cómo puede la nieve asustar a un McKinnon?

—Bueno, no es este tiempo lo que me da miedo. Es… Es todo esto… Me doy cuenta de que…

Lo miró a los ojos. Parecía tan triste y confuso que le costaba reconocer al hombre seguro de sí mismo que se había estado burlando de ella durante toda su estancia en Southern Cross.

—Lo de Annie sólo ha sido una excusa, Chaz —le confesó con

una tímida sonrisa—. He venido para verte a ti. No he pensado en nada más desde que te fuiste.

Pensé en llamarte o escribirte una carta, pero tenía miedo de no saber expresarme.

Tenía que verte. Pero, ahora que estoy aquí, me doy cuenta de que es una locura pensar que…

Parecía tan emocionado que no pudo continuar hablando y apartó la vista. Ella vio cómo apretaba la mandíbula.

—Eres una delicada rosa inglesa, Chaz. Éste es tu sitio. En mi región ni siquiera tenemos un reverendo en condiciones. Sólo un sacerdote que se pasa una vez al mes por Mirrabrook para celebrar una misa.

Parecía tan desesperado que a ella se le rompió el corazón. Kane no sabía lo enamorada que estaba de él. Lo que sentía no tenía nada que ver con el lugar en el que quería vivir, todo lo que le importaba era estar con esa persona, nada más. Y ella amaba a ese hombre.

—Kane, yo tampoco he dejado de pensar en ti desde que volví a casa.

—¿De verdad? —le preguntó él con los ojos brillantes.

—Has llenado cada minuto…

Kane dio un paso hacia ella y sintió que debía abrirle su corazón.

—Estoy perdidamente enamorada de ti, Kane McKinnon. Tienes que rescatarme de este tormento —le dijo ella mientras tocaba su brazo.

Kane bajó la vista hasta su mano. Parecía haber perdido la capacidad de hablar.

—¿Podrías besarme sin sacar las manos de los bolsillos? —le preguntó ella.

La sonrisa que vio entonces en su rostro iluminó la fría noche.

—Es una pregunta muy *sexy*, catequista…

—Y, ¿qué contestas, ganadero?

Era la primera vez en su vida que le pedía a un hombre que la besara.

—Lo intentaré —repuso mientras se inclinaba hacia ella.

La besó con gran ternura y delicadeza. Era mucho mejor de lo que recordaba.

Empezó de manera muy suave, acariciando sus labios y consiguiendo que se relajara poco a poco.

Tuvo que agarrarse a su abrigo para no perder el equilibrio.

Era increíble. Supo entonces que su vida no tenía sentido sin él, que eso era lo que quería.

Sin usar sus manos en ningún momento, Kane fue dirigiéndola hasta que quedó entre él y la pared de piedra. Ya no tenía que preocuparse por sujetarse y pudo abrazarlo con fuerza, atrayendo hacia ella su increíble y masculino cuerpo.

Se moría por sentirlo más cerca, pero sus gruesos abrigos se lo impedían. Kane profundizó el beso y ella se estremeció. Ya no tenía frío. No le habría extrañado que el calor de sus cuerpos consiguiera derretir la nieve que los rodeaba.

Kane levantó entonces la cabeza y se apartó unos centímetros de ella.

—Dios mío… ¿en qué estaba pensando? —murmuró Kane—. Te empujado contra la pared de la iglesia…

—No pasa nada —susurró ella—. Soy la hija del reverendo, pero no soy ninguna santa.

Kane se echó a reír y ella con él. Se separó de la pared y apoyó la cabeza en su fuerte torso.

Se dio cuenta demasiado tarde de que él seguía con las manos en los bolsillos.

Perdió el equilibrio y cayeron los dos sobre un manto de suave nieve.

Ella agarró el abrigo de Kane y éste cayó encima de ella. No pudo ahogar una exclamación, pero él la silenció con otro beso tan apasionado como el anterior.

Se sentía feliz. Más que nunca. Era genial hacer algo así, tan escandaloso y poco convencional.

—¿Te han besado alguna vez en la nieve, Chaz?

—No, no en horizontal… —susurró ella—. ¿Y a ti?

—Tampoco.

Kane la besó una vez más. Su boca ardía a pesar del frío de esa noche. Ardía tanto como su cuerpo. Se sentía muy *sexy* y más libre que nunca.

—¿Y si nos ve alguien? —preguntó Kane de repente.

Ella también levantó la cabeza y miró la casa parroquial.

—Creo que es demasiado tarde…

Kane siguió la dirección de su mirada y pudo ver a su padre y a Alice en la ventana. Los dos tenían la boca abierta.

—¿Es quien creo que es?

—¿Te refieres a mi padre? Sí, me temo que sí.

Kane gimió y se puso en pie.

—Chaz, lo siento mucho… Lo último que quería era avergonzarte.

—No te preocupes —repuso ella—. Mi padre está tan enamorado

que seguro que no le importa. Sobre todo cuando vea lo maravilloso que eres, Pero no quiero presentaros todavía.

—¿Estás segura?

—Sí —le dijo ella tomando las frías manos de Kane—. Vamos a llevarte a algún sitio algo más cálido.

—¿Adónde?

—A mi casa —repuso ella sin poder evitar que le latiera con más fuerza el corazón.

—Pensé que vivías aquí.

—No, ya no. Cuando mi padre y Alice se casaron, me fui de casa. Ahora vivo en la que era la casa de Alice. Ha sido lo mejor para todos —le dijo ella—. Ven conmigo, está aquí al lado. Mira, es la de la puerta verde —añadió mientras señalaba una de las casas.

Era una vivienda antigua, pero cómoda y con mucho encanto.

—Parece salida de una tarjeta de Navidad.

—Y es muy agradable —repuso ella—. Tiene chimenea y una cama muy cómoda.

Kane se detuvo tan de golpe que estuvo a punto de perder de nuevo el equilibrio.

—¿Cama? ¿Estás segura? —le preguntó Kane con seriedad.

Lo miró a los ojos y se dio cuenta de que había pasado demasiado tiempo reprimiendo lo que sentía por él.

—Sí, Kane, estoy muy segura —le dijo con sinceridad.

Él se quedó callado unos instantes. Después acarició su pelo con ternura.

—Charity, ¿sabes que si entro en tu casa no habrá vuelta atrás?

—Cuento con eso —repuso ella con una gran sonrisa.

Capítulo Doce

Kane tenía la impresión de estar soñando. No entendía cómo podía haber ocurrido todo tan rápidamente.

Había pasado de estar sentado en el banco de la iglesia, angustiado al pensar que se había equivocado y que no tenía derecho a decirle lo que sentía por ella, a comprobar que Charity quería estar con él.

El apasionado beso había acabado con todas sus dudas.

Fueron hasta la puerta de la casa.

—El cerrojo se atasca. Hay que meter la llave en un ángulo especial o no se abre.

—¿Quieres que lo intente yo?

—No, no te preocupes —le dijo Charity mientras giraba la llave.

Al final, le dio un empujón a la puerta y se abrió.

—Me temo que tendrás que agachar la cabeza. La puerta no es demasiado alta —le aconsejó ella—. Y no te quites el abrigo hasta que encienda la chimenea.

Esperó de pie mientras ella se quitaba los guantes y comenzaba a encender lámparas, las luces de un árbol de Navidad y prendía el fuego. Se preguntó si estaría tan nerviosa como él.

—¿Quieres tomar una copa? —le preguntó Charity—. ¿O prefieres algo caliente?

—No, gracias.

Pero lamentó después haber rechazado su ofrecimiento. Decidió que no le vendría mal tomar algo y tener así más tiempo para acostumbrarse a esa situación.

Miró a su alrededor y vio que tenía pinturas y papeles sobre la mesa de comedor.

—¿Has estado pintando?

—No es nada, sólo unas tarjetas de Navidad.

—¿Puedo verlas?

Charity asintió con la cabeza y él fue hasta la mesa.

—¡Has pintado hojas de eucalipto australiano!

Las tarjetas estaban pintadas con acuarelas.

—¿Qué te parece? ¿Te gustan?

—Me encantan. No sabía que fueras tan buena, Chaz. Son preciosas…

—Quería concentrarme en temas y paisajes de Australia antes de que se me olvidaran.

—Lo has hecho muy bien. Esas hojas de eucalipto parecen reales, casi me llega su fresco aroma… No sé mucho de arte, pero estoy seguro de que eres un genio.

Charity hizo una mueca, pero parecía contenta.

—Os envié una de estas felicitaciones a Southern Cross, llegará un día de éstos —le dijo ella—. Ya se ha caldeado el salón. Si quieres, me llevo tu abrigo.

Kane se lo quitó sin dejar de mirar sus pinturas. Todas eran magníficas y muy originales.

—Parece que estoy algo obsesionada con Australia —le confesó Charity cundo volvió de guardar los abrigos de los dos.

Él la miró y se le hizo un nudo en la garganta.

—Eres tan especial, Chaz. Me encantaría poder expresarlo bien con palabras — le confesó él con algo de frustración—. Creo que donde vivo, la gente pierde la habilidad de hablar bien. Algunos de los tipos con los que trabajo no usan más de un par de adjetivos y un par de adverbios distintos. Debería haber repasado el diccionario.

—No necesito palabras, Kane.

—Pero las mereces, mereces bellas palabras —le dijo él tomando sus manos—.

Palabras delicadas y llenas de significado. Debería haber leído algo de poesía. Sé que debe de haber grandes palabras para expresar lo que está pasando dentro de mí, pero no las encuentro.

—Te preocupas demasiado —repuso Charity mientras se fijaba en sus manos entrelazadas—. ¿Qué te parece si empiezo yo diciéndote lo que está pasando dentro de mí?

—Muy bien —consintió él.

—Tengo un deseo dentro de mi cuerpo —comenzó ella con una picara sonrisa—. Deseo ver tu piel desnuda iluminada por la luz del fuego.

Se echó a reír y se sintió algo más relajado.

—Eso no es justo, lo que has dicho no es precisamente poesía… Yo estaba intentando ser muy sincero…

—¡Yo también!

—No, tú estabas siendo muy mala, tratando de seducirme y…

—¿Y ha funcionado?

—Desde luego —repuso él mientras la abrazaba y besaba su delicado cuello.

—Acepto tus besos en vez de palabras.

—Creo que los besos pueden ser palabras —le susurró él sin dejar de besarla—.

Estos besos dicen que Charity Denham es más bonita que un atardecer sobre la nieve.

Le besó el cuello, las mejillas, la frente y los dos párpados.

—Y éstos dicen cuánto te quiero… —añadió.

Charity abrió emocionada la boca como para decir algo, pero él acalló sus palabras atrapando su boca. La abrazó con fuerza, acercando los dos cuerpos. No podía dejar de besarla, el deseo lo dominaba. La amaba con todo su ser y estaba deseando demostrárselo.

Cuando por fin la soltó, Charity estaba sin aliento.

—Vaya… Creo que sé lo que me estabas diciendo con ese beso.

—Que te voy a querer toda la vida.

Vio sus bellos ojos llenos de lágrimas, parecía muy emocionada.

—Ahora me toca a mí —le dijo Charity antes de besarlo—. Este beso dice que yo también te quiero, Kane McKinnon. El mayor error que he cometido en mi vida fue irme de Southern Cross.

—El mío fue dejar que te fueras. Menos mal que le hice caso a Annie.

—¿Qué te dijo?

—Que sería un crimen dejar que desaparecieras de mi vida sin decirte cuánto te amaba.

—Supe desde el principio que me caería bien tu hermana.

Se besaron de nuevo. Ya no necesitaban más palabras.

Era el momento de disfrutar del calor de la chimenea mientras seguía nevando en el exterior. El momento de las caricias, los descubrimientos y el amor.

Capítulo Trece

A mediados de enero, aún cubría Hollydean una espesa capa de nieve, pero el salón de celebraciones del pueblo estaba lleno de risas, luces y calor humano.

Charity, su mejor amiga Emma y Alice, su madrastra, lo habían decorado con velas y guirnaldas de crisantemos blancos, hiedra y capullos de rosa. El ambiente era muy romántico y mágico.

Los invitados eran casi todos feligreses de Saint Alban. También estaba la elegante madre de Kane y su hermana, Annie. Reid no había podido dejar solo el rancho, pero Tim sí que había podido llegar a tiempo para la ceremonia.

Charity no podía dejar de sonreír a todo el mundo. La modista de Hollydean le había hecho en tiempo récord un maravilloso vestido de terciopelo blanco.

No podía creer que fuera el día de su boda.

Su propio padre había celebrado una emotiva ceremonia en Saint Alban. Todo había sido mejor aún que en sus sueños de adolescente. Su maravilloso Kane y ella habían prometido su amor frente a Dios y el resto del mundo.

Todo estaba saliendo a la perfección y sentía que estaba en una nube.

Jack Houghton, el director del colegio local y mejor amigo de su padre, estaba haciendo un brindis.

—Kane McKinnon es un gran tipo. Y está claro que es además un hombre inteligente. Lo ha demostrado al elegir la esposa que ha elegido.

Todos aplaudieron y ella se sonrojó.

—Es un hombre que se ha ganado el corazón de Charity, así que supongo que le ha demostrado cuánto la quiere. Todos los que conocemos a nuestra querida amiga sabemos que no se conformaría con menos.

Miró a su esposo con los ojos llenos de lágrimas. Cada vez que lo miraba sentía que se le iba a salir el corazón del pecho. No podía controlar su inmensa alegría.

Pero vio que parecía algo preocupado y no sabía por qué.

Todos se levantaron en ese instante para brindar por ellos.

Intentó sonreír, pero le preocupaba la actitud de Kane. Se dio

cuenta entonces de que debía de estar nervioso por el discurso que tenía que dar ante los invitados.

Había estado tan ocupada con los preparativos de la boda que no se le había ocurrido ayudarlo a preparar su brindis.

Se imaginó que prefería enfrentarse a una serpiente venenosa que a toda esa gente, pero no podía hacer nada por ayudarlo. Algunos lo aclamaron para animarlo y Kane se puso en pie.

Todos los miraban y él se quedó en silencio. Estaba muy serio.

Pasaron los segundos y seguía sin hablar. Sufría mucho por él.

—Damas y caballeros… —dijo por fin.

Volvió a quedarse en silencio y vio que estaba sudando. La miró y ella sonrió para animarlo.

—Damas y caballeros, Charity Flor Denham, la novia más bella de todos los tiempos, ha prometido hoy convertirse en mi esposa —anunció entonces—. Ningún hombre podría soñar con tanto honor.

Se le llenaron los ojos de lágrimas al escucharlo. Lágrimas de felicidad.

—Quiero daros las gracias a todos por compartir nuestra alegría —prosiguió él—. Primero, a mi madre, porque con su ejemplo me enseñó a reconocer a una buena mujer cuando la encontrara. A Matthew, mi suegro, por la hija que tiene y por la bella ceremonia. Ni Charity ni yo queremos que este día pase sin recordar a su madre, Flor, y a mi padre, Cob. Ya no están con nosotros, pero tendrán siempre un lugar en nuestro corazón.

Charity apretó con cariño la mano que Kane había colocado en su hombro.

—Tampoco puedo olvidarme de mencionar a mi querida hermana. Annie, te debo una —le dijo con un guiño a la joven—. Y también he de darle las gracias a Tim.

No habría podido conocer a su hermana si él no hubiera decidido vivir la aventura de su vida en Australia.

Tim se puso en pie e hizo una cómica reverencia mientras todos aplaudían.

—Quiero daros las gracias a todos los vecinos de Hollydean por la cálida bienvenida y por entregarme a esta mujer tan especial. Sé que queréis mucho a Charity y que la echaréis de menos cuando me la lleve de vuelta a la salvaje región donde vivo —les dijo Kane—. Prometo que no la perderéis para siempre. Nuestro rancho de Southern Cross es vuestra casa. Hay sitio para todos y nos encantan las visitas.

Sonrió al pensar en cuánto iba a disfrutar cuando recibiera a sus amigos y familiares en su nuevo hogar.

—Y volveremos de vez en cuando —concluyó Kane—. Nos disculpamos de antemano por los ruidosos pero encantadores niños que nos acompañarán en esas visitas.

Todos rieron de nuevo. Charity se puso de pie y le dio a su flamante esposo un emocionado abrazo. No había visto nunca un novio tan apuesto, sensible y fabuloso como el suyo.